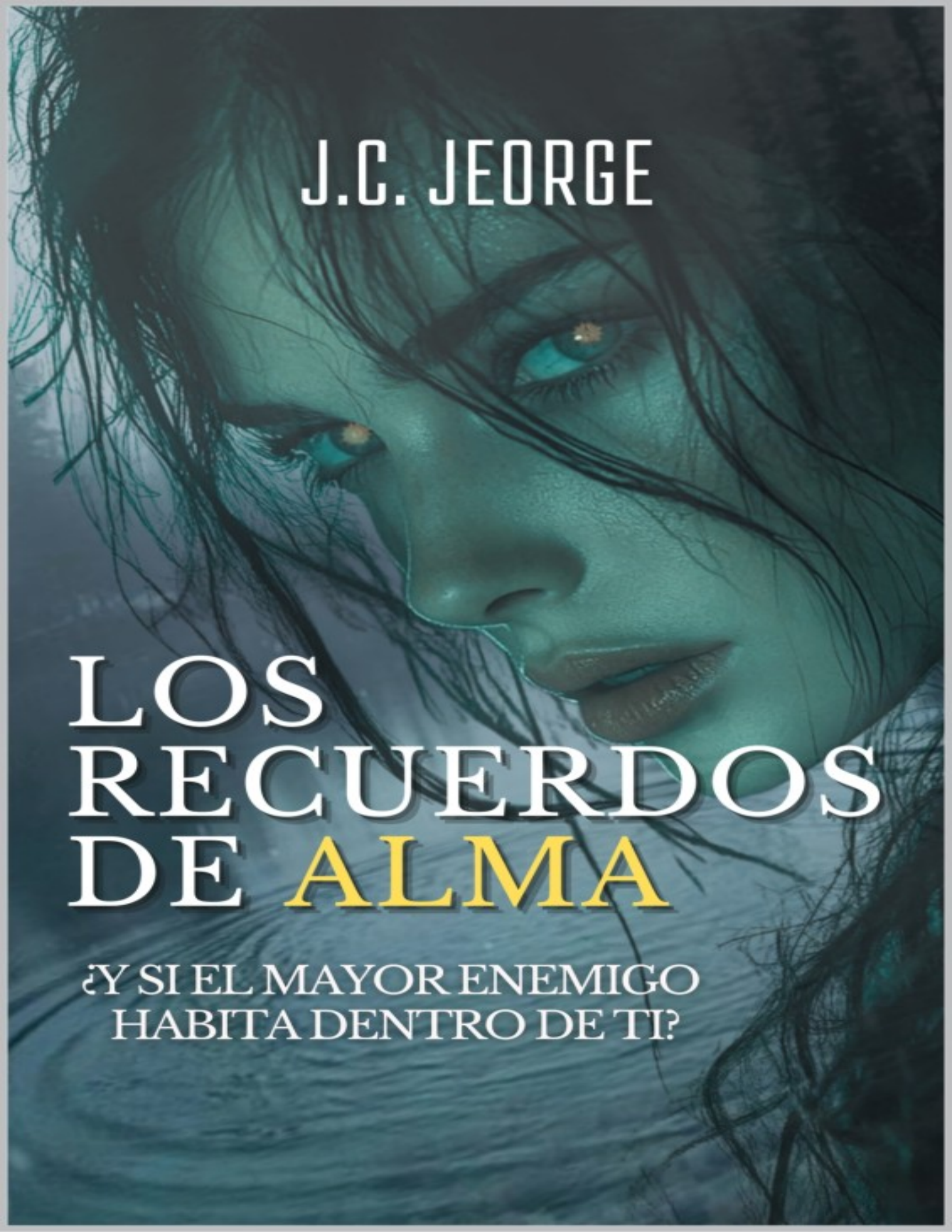

J.C. JEORGE
LOS RECUERDOS DE ALMA
¿Y SI EL MAYOR ENEMIGO HABITA DENTRO DE TI?

LOS RECUERDOS DE ALMA

¿Y si el mayor enemigo habita dentro de ti?

J. C. Jeorge

LOS RECUERDOS DE ALMA

¿Y si el mayor enemigo habita dentro de ti?

Todos los derechos reservados

© J. C. Jeorge 2026
© Editorial: Tormenta de Fuego
© Diseño de cubierta: J. C. Jeorge
© Edición: J. C. Jeorge
© Revisión: Editorial Tormenta de Fuego

Centro Nacional de Registro de El Salvador
Número de registro: 2025001036
ISBN:

A mi amada hija, que despertó los recuerdos de Alma.

"Nada fija una cosa con tanta intensidad en la memoria como el deseo de olvidarla"

Michel de Montaigne

"La vida no es lo que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo recuerda para contarla"

Gabriel García Marquez

"A veces creemos recordar, y en realidad sólo imaginamos"

Henri Bergson

"No temas a la oscuridad que habita en ti; a veces es la única parte que aún recuerda quién eres"

Anónimo Contemporáneo

Índice

Capítulo 1-Remanentes del ayer.

Capítulo 2-Retrospectiva

Capítulo 3-La Sesión

Capítulo 4-Viaje a casa

Capítulo 5-Andalucía de Castella

Capítulo 6-Jimena

Capítulo 7-Revelaciones

Capítulo 8-Encuentro inesperado

Capítulo 9-Pesadillas

Capítulo 10-La Entrevista

Capítulo 11-Margarita

Capítulo 12-La cueva del terror
Capítulo 13- Los montículos
Capítulo 14- Tristeza
Capítulo 15- Los flotantes
Capítulo 16- Bajo sospecha
Capítulo 17- Regreso a casa
Capítulo 18- Paula
Capítulo 19- Remordimientos
Capítulo 20- La Reina sin recuerdos
Capítulo 21- La Reina sin corona
Capítulo 22- El despertar de Margarita
Capítulo 23- La verdad os hará libres
Capítulo 24- El Ojáncano
Capítulo 25- La reina despierta
Capítulo 26- Un nuevo despertar
AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1-Remanentes del ayer.

Alma caminaba por la calle Luchana, en pleno centro de Madrid, respiración agitada. A pesar de haber recorrido una cuadra, los pies los arrastraba como patinando en una pista de hielo seco sobre el cemento de la acera, pero sin perder su elegante estilo, dejando atrás la consulta más inquietante en muchos años, como una sentencia a un futuro oscuro. Venía de la reunión con su psiquiatra, la doctora Paula, donde expuso que las pesadillas por las noches habían vuelto. Sabiendo que luego seguirían las alucinaciones que le contó su madre, Josefina.

Casi seis años pasaron desde aquel infierno, donde creyó haber enterrado ese momento que le cambió la vida, Ahora regresaba como un murmullo oscuro, una sombra envolvente que deseaba arrancarle más que sus recuerdos, su vida. Seis años que tenía en su cabeza, pensamientos, acciones. Para atrás, luego de aquel ataque que la puso en coma, su mente era una pantalla en blanco. Y ahora todo regresaba. ¿Locura? ¿Esquizofrenia? ¿Una trombosis cerebral? Las etiquetas se confundían, pero todas enfocadas en un mismo hilo: la duda de sobrevivir de nuevo. Suspiró entre jadeos, ahogada más por el pensamiento de lo que le estaba sucediendo, que por el aire tibio de la tarde madrileña.

Deseaba estar en casa, la sentía tan lejana, por un momento se le cruzó la idea de tomar un taxi, ¿para cuatro cuadras? Decidió continuar como un peatón más, le ayudaría mucho. Caminaba sin prisa, como si al perderse de esa manera en las calles del barrio, le socorriera como un escudo. Exhaló y se detuvo, al otro lado de la plancha de concreto para peatones, la atrapó la visión de una librería. Una vitrina bañada en rótulos blanco y rojo exhibía varios ejemplares de su última novela. El sobre todo en crema, se movía con la suave brisa, agitándose al mismo ritmo de su castaño cabello y su pañoleta verde oscuro que semejaba una extensión del color de sus ojos, resaltando la piel blanca y suave, como una joven sin advertir que sumaba seis años delante de los treinta.

Alma cruzó la calle con cuidado, reconoció enseguida una de sus novelas, colocados los libros en forma de pirámide, con la enorme letra en su base: *betseller*, miró el título: los muertos también hablan, protagonizada por su detective Filomeno. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al ver su nombre en la portada, era como ver un fantasma que le hablaba. La sensación era doble, alegría por estos años bondadosos de la vida en que sus dos libros se dispararan en ventas como espuma, colocándola como un referente de los mejores escritores actuales de España y del habla inglesa. Pero también la tristeza de que ese nombre fuera real. Seis años es poco tiempo para determinar todos tus valores y fortalecer tus cimientos de vida. Se alejó de sus libros, buscó otros autores, una nueva historia que la mantuviera a salvo de la suya.

Escudriñó la estantería, dejándose atrapar primero por los títulos, las portadas, como buscando en un mapa secreto las señales que le permitieran continuar. Cuando entrara, leería las sinopsis o consultaría en su móvil reseñas de ellas. No era un capricho de lectora, se conmutaba en un ritual. Estaba a un paso de entrar a revisar cuatro novelas y un libro motivacional, que le llamaron la atención.

No advirtió la mirada de dos camareras, del local continuo. Una hacía la señal con la mano hacia el interior del lugar. Era un bar y café, de los que abundan en la zona. No prestaba atención hasta que escuchó su nombre.

—¿Lili?

Se volteó y miró a la chica, eventualmente de su misma edad, pasados los treinta. Se asustó, la camarera se le abalanzó, abrazándola como si la conociera. Se soltó, la agarró de las manos y se le empañaron los ojos.

—Antes que digas algo, soy Blanca, me decías Quita, lo terminamos adoptando, en especial cuando trabajabas en este bar. Leí tu historia amiga, lo de tu memoria, tus recuerdos olvidados.

—Hola, soy Eva, nos conocimos un par de meses antes de tu partida.

—Hola Eva, hola, Blanca.

—Quita, por favor llámame Quita. ¿Te acuerdas de Raúl el chef?

Un alegre regordete de cincuenta años, la escaneaba alborozado, mientras se secaba las manos con el delantal.

—Pasa, por favor, te prepararé algo, será cortesía de la casa. No creo que doña Elvira se oponga, está en la caja, se alegrará de verte —dijo Raúl.

Un poco a empujones, otro a voluntad propia, se dejó engullir por el cómodo lugar, lleno de madera clara. Al fondo, una señora se apoyaba temblando en el mostrador, muestra de un levantarse en sobresalto. Con su barbilla colgante y unos labios partidos por la edad, le daban un aire de parábola invertida a su rostro mientras le sonreía, muy al estilo de un alegre payaso.

—Miren quien se dignó a visitarnos. Seis años, seis años mi niña. Que cojones, ya puedo morir en paz. Quita, Eva, ordenen una mesa, tenemos una invitada distinguida, va en serio. Raúl, qué esperas gordo mantecoso, prepara uno de tus platos favoritos.

—Estoy confundida, muchas gracias, pero en realidad me gustaría sólo tomar un postre y un café, si no es molestia.

—Sale un café con leche, tres de azúcar y un pastel de queso para Lidia—dijo Quita, mientras se perdía en la cocina—Eso te encantaba.

—Me encanta todavía, ¿puedo sentarme?

Eva se apresuró jalando una silla. Se sentó, mientras observaba acercarse a doña Elvira, una señora regordeta y aplastada, con cerca de setenta años.

—He transitado en varias ocasiones por esta acera, nunca reparé en el restaurante.

—Veía tus pasos mi niña, Eva te vio en un par de ocasiones, Quita se ponía nerviosa, eran tan unidas. Sólo el gordo falló de verte, pasabas en los momentos en que esto era una locura. La pandemia nos jodió, como a muchos. Siempre hay visitas, luego del encierro esto se topa hasta el culo, ya sabes, nos defendemos.

—Nunca me hablaron.

—Una celebridad, tu historia, no sabíamos cómo reaccionarías— dijo Quita, mientras le dejaba una taza humeante, junto con el postre. Se alejó.

—¿En verdad trabajé aquí?

—Eva, trae el álbum, le demostraremos que estuvo aquí mi niña, a lo mejor las teclas de su cabeza le recuerdan algo y dejamos de comentar tantas pendejadas.

—No se olvide de la apuesta doña Elvira.

—No gordo de manteca. Apostamos, a que un día entrarías como si nada, saludando a todo este grupo de idiotas. Perdí, me equivoqué. En serio, ¿sigues sin recordar un puto día en que servías en este lugar?

—Lamento decirlo, no recuerdo nada.

Eva llegó con el libro abierto, mostraba varias fotos. Allí estaba, en ocasiones con Quita, otras abrazado con Raúl, lo cual aún en la foto se veía que le incomodaba la postura. Con doña Elvira y una muy particular de todo el grupo tomada al exterior, frente al local. No recordó nada, ni viéndose en las imágenes, laberintos oscuros de su mente. Le estaba doliendo la cabeza, tomó un sorbo de café con leche. Se deleitó con el sabor, tal como ella lo preparaba en el apartamento, hasta le enseñó a su esposo Daniel Alonzo a servir de esa manera.

—No olvidé cómo te gustaba Lili. ¿Puedo llamarte así? —dijo Quita.

—No pasa nada, puede que, al repetirlo tanto, me ayude a recordar. ¿Saben qué?, voy a la librería que está a la par y les traigo una novela a cada uno, se las firmo y me cuentan más sobre mí.

—Sale —dijo Eva.

Alma Lidia salió despacio, volteando por cada tres pasos que daba, aquello era de locura. Veía la sonrisa en cada uno de ellos, pero no se movieron. Por un momento pensó que Quita, le acompañaría.

—Hola — dijo al entrar.

—Hola, ¿le puedo ayudar en algo…?

La dependienta se llevó las manos a la boca, la reconoció de inmediato a la escritora, luego se soltó y agitó los brazos.

—No puedo creerlo, es usted.

Luego de varios intentos logró calmarse.

—Soy la dueña de la librería, me llamo Estela, soy una seguidora y admiradora suya. Quisiera estrecharle la mano, pero los protocolos

de seguridad se deben de seguir.

Alma Lidia se quitó el guante, extendió su mano y se la sujetó.

—Luego se aplica alcohol, mucho gusto en conocerla. Gracias por exhibir mis libros. Le podré dejar firmados algunos, si gusta, para una venta especial.

—¿En serio? No sabe lo que eso significaría para levantar los ánimos por acá. Las ventas son bajas, el encierro provocó que todo fuera en línea. ¿Pero no vino por eso, ¿verdad? ¿Es para criticar algo? Eso es, algo no le gustó. La vitrina, la estantería, la cantidad de libros.

—Tranquila Estela. Sólo vine a comprar cinco libros para unas personas. Por cierto, son del restaurante pegado a su negocio.

—¿Habla del negocio de doña Elvira?

—¿La conoce?

—Corazón de oro, aunque mal hablada. Era una gran persona.

—¿Era?

—¿No supo? Ella murió el año pasado, el gordito también. Nunca supe su nombre. Se los llevó la pandemia.

—¿Cómo que están muertos? Si acabo de hablarles.

—Me temo que eso no es posible. ¿Habló por teléfono con ellos? ¿No serían otras personas?

—No, por teléfono no, fue acá, a la par, ellos están en el restaurante.

Alma Lidia sintió que se mareaba, aquello le resultaba bizarro.

—El restaurante está cerrado, tiene un año de estarlo.

—Venga, vamos juntas.

Alma la sacó casi a tropezones, sólo para comprobar, que era cierto. Un cartel anunciaba que estaba clausurado hasta nuevo aviso. Intentó entrar, pero la puerta estaba con llave. Miró por la vitrina, nadie. Era un oscuro lugar, lleno de sombras. Se sentó en las gradas, Estela hizo lo mismo, mientras le apoyaba su mano en el hombro.

—¿No sé qué decirle? Espere, casi lo olvido por completo, Blanca me dejó su número, por si un día pasaba por acá. Creo que presentía, el que usted caminara por esta calle tendría que ser un milagro, me dijo que tuviera fe.

—¿Me lo regala por favor?

—Enseguida le traigo el papel.

—Espere, mientras lo busca, le firmaré algunos libros.

—¿Estará bien, no quiere que llame algún conocido suyo, para que la venga a recoger?

—Estaré bien, no se preocupe, mejor entremos.

Pero no lo estaba, por dentro su mundo se retorcía, su mente le estaba jugando una mala pasada. Le agradeció, firmó los libros, se tomó una foto con Estela. Ella le dijo que la pondría afuera, si no le importaba. Alma Lidia le dijo que estaba bien, que, si con ello le ayudaba a obtener ventas, ambas se beneficiaban.

Al salir, un fuerte viento se cruzó, agitando su ropa, moviendo su cabello como llamas alrededor de la piel blanca de su rostro y su mirada se quedó fija en el bar y café. Hablaría con Quita al llegar a casa. ¿Le llamaba así? Comenzó a caminar mirando a todos, de manera tímida. ¿Eran Reales? Lo pensaba mientras la tarde amenazaba con dormirse en coloridos destellos.

Algo sintió de repente, de que alguien la observaba. Giró lentamente sin encontrar nada, al menos a nadie que pudiera ver. Un escalofrío le recorrió la espalda, la abrazó el viento de nuevo en ráfagas, como si la quisiera arrastrar de nuevo al restaurante, y por un instante creyó escuchar su nombre susurrado entre las hojas que se agolpaban en la puerta. Alma apretó el paso, sin atreverse a mirar atrás.

Capítulo 2-Retrospectiva

Se preguntaba cómo había llegado hasta la calle Fuencarral, cerca del corazón de Madrid. Esa arteria que corre de sur a norte, entre los barrios de Chueca y Malasaña, parecía latir con una vida propia: ruido, luces, pasos, sombras. Desde la Gran Vía hasta la glorieta de Quevedo, el asfalto respiraba el pulso de la ciudad.

El viento era áspero y frío, levantando sus pequeños rizos en destellos que parecían fragmentos de luz. Desde lejos, cualquiera habría dicho que aquellas hebras castañas eran estrellas titilando entre los huecos del cabello.

Miró los edificios como si quisiera fotografiarlos con la mente. En el cuarto nivel, su pequeño refugio elegante la observaba desde el balcón, silencioso. Contó los años: seis desde su renacimiento. Seis años desde que su vida empezó a discurrir entre esos espacios minimalistas, asépticos, donde cada cosa tenía su lugar, pero no su historia.

Sin embargo, las alucinaciones habían vuelto. Las primeras se habían desvanecido en la niebla de la amnesia; tras el ataque, su memoria se borró como una pizarra húmeda. Despertó en un mundo que no le pertenecía.

Miró a ambos lados de la calle, luego se apoyó en la pared. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y dejó escapar un suspiro profundo. La consulta con Paula, su psiquiatra, había sido lo de menos. El verdadero problema vino después. El incidente… esa visión tan vívida que le erizó la piel.

Volvió a llamar a Paula, quien le consiguió cita para el día siguiente. Ambas sabían que no podía esperar. No era miedo lo que la empujaba, sino la posibilidad de perder, otra vez, la frontera entre lo real y lo que solo vivía en su mente. Aceptar personas, objetos, presencias… como si fueran tangibles. Integrar un mundo paralelo al suyo.

Tecleó el código de acceso en la puerta mientras el viento la empujaba hacia el interior oscuro del pasillo.

Casi nunca usaba el ascensor. Le gustaba subir las gradas, sentir el esfuerzo, tonificar el cuerpo, mantener la mente enfocada en algo físico. Pero aquella noche estaba ida. Pulsó el botón y se dejó llevar. El trayecto fue un soplido.

Al llegar, sacó las llaves, y apenas cruzó el umbral se quitó el abrigo y la bufanda de mariposas verdes y flores silvestres. Le fascinaba todo lo que evocara la naturaleza: los cuadros, las texturas, las pequeñas esculturas de madera. Cada rincón de su apartamento era un recordatorio bucólico, una tregua frente al concreto de la ciudad.

Sus ojos, de un verde brillante, eran el reflejo de ese mundo que anhelaba.

Lo oyó en la cocina. De inmediato, se abalanzó sobre Daniel Alonzo, le estampó un beso que contenía tanto alivio como amor, y lo envolvió entre sus brazos. Apoyó la cabeza en su pecho cubierto por una camiseta gris, escuchó los latidos firmes de su corazón, y luego se apartó apenas para mirarlo.

Sus dedos recorrieron la pequeña barba negra, rozando un rostro de cansancio amable. Los ojos color avellana la observaban detrás de unos lentes que reforzaban esa mezcla de ternura y solidez que tanto la anclaba.

—¿Qué pasó amor?

—Regresaron—Mientras lo decía, un pequeño sollozo se fue despertando en su interior —Las alucinaciones regresaron.

—Serviré la cena, que te parece si te relajas, tomas una copa de vino, te sientas a la mesa y me esperas. Hay mucho de qué hablar.

Ella asintió moviendo su cabeza de manera afirmativa.

—Me parece.

—¿Tranquila?

—Claro —se quitó las gotas que corrían por sus ojos y le estampó otro beso.

Agarró la copa y le dio un sorbo lento, apenas lo suficiente para templar la garganta. La dejó sobre la encimera antes de avanzar hacia el pequeño comedor de madera y hierro. Se sentó frente a la ventana, contemplando el ir y venir de la vida en los apartamentos

de enfrente. Las cortinas se movían, las luces se encendían y apagaban como si cada ventana respirara su propia historia.

No podía quejarse, se repetía. Seis años de buena vida. Antes de eso todo había sido un vacío, un túnel sin forma ni memoria. Apenas destellos, fragmentos dispersos de un pasado que sólo cobraba sentido por las conversaciones con su madre. A veces la observaba y sentía que hablaban dos extrañas: una mujer que recordaba demasiado y otra que lo había olvidado todo.

Se humedeció los labios y escuchó el murmullo de la ciudad adormecida. El ruido de los autos se desvanecía bajo la sábana del crepúsculo, y un silencio blando se colaba por las rendijas. Salió al balcón, respiró hondo. El viento le trajo el aroma a asfalto caliente y pan recién horneado de alguna cafetería cercana. Cerró los ojos un momento; al abrirlos, contempló la serpiente de cemento que se extendía unos metros abajo, serpenteante y viva.

Era conocida, incluso famosa, una escritora de renombre con dos novelas traducidas a varios idiomas. Tenía un esposo al que amaba, una vida cómoda, luminosa. Todo parecía misericordioso con ella… hasta aquella tarde. La gota se deslizó por su mejilla, tan discreta que no supo si era lágrima o rocío.

La voz de Daniel la sacó de su trance. Lo escuchó llamarla desde la cocina, y volvió a mirar el horizonte. El sol se escondía tras los edificios, regalándole sus últimos destellos anaranjados. Faltaban sus recuerdos, pensó. Lo que su mente guardaba eran apenas sueños fracturados, sombras que la acechaban en la oscuridad de cada noche.

Durante la cena, lo observaba con atención. Cada gesto, cada sonrisa de su esposo era un ancla. Pensaba que conocerlo era su mejor defensa contra los fantasmas de la memoria y el peso de la fama.

Sola, habría sucumbido. Pero aquel hombre, con su serenidad y su cariño, era su refugio frente al vértigo de lo que su mente se negaba a recordar

—¿Qué pasó amor? —Preguntó Daniel.

—Con Paula, lo de siempre, no tuvimos mayor avance, más allá de expresarle mis sueños, que han regresado.

—¿Los que contaste?

—Si, esos.

—¿Qué sucedió en la librería?

Se acomodó en la silla, subió los pies, tratando de adoptar una forma de loto y relajarse, pero no pudo. La edad y falta de ejercicio le estaban pasando factura.

—¿Si te cuento que fue real, me creerías?

—Amor, no soy psicólogo, mucho menos un psiquiatra. Pero mi lógica me indica, un desvarío de tu mente, escarbando en tus recuerdos.

—Unas apariciones me dijeron que era camarera. Eso es lo que me dijo un fantasma, un recuerdo o lo que fuera aquello.

—¿Has hablado con esa amiga?

—Le hablaré en cuanto terminemos de conversar.

—¿Qué tal si lavo los platos y mientras lo hago, tú le llamas? Bueno, te aconsejo hablar primero a tu madre y preguntarle.

—Tienes razón.

Marcó el número, el aparato sonó, timbrando la llamada intermitente. Su madre contestó al cuarto sonido.

—Hola hija, ¿todo bien?

Le hizo señales Alonzo para que la dejara sola, comprendió, levantó la mesa en dos movimientos, perdiéndose en el pasillo de la cocina para ejercer su labor.

Lidia se enroscó en el sofá de la pequeña sala color crema. Agarró unos cojines verdes y naranjas, los cuales acomodó a su lado.

—Si Josefina, todo está bien —Un día tendría que declararla oficialmente madre y no tendría que llamarla por su nombre. Por el momento no le nacía. Eso le molestaba, si en verdad era su madre, tendría que aprender a decirlo.

—Me alegra hija, estaba preocupada, hace dos semanas no tenía noticias tuyas.

—Lo lamento, en verdad. En realidad, no he estado bien. Tú decías que antes, no sé cómo decirlo. Antes del desmayo, con el cual olvidé toda mi vida. Mi rutina era diferente. No escribía, hacía

otras cosas, otras formas de ganarme la vida. ¿Recuerdas el último trabajo que tuve?

—Claro, eras camarera en un restaurante, no recuerdo el nombre. Más bien era un bar café de la zona donde vives.

—¿Recuerdas a las personas, los nombres de las personas que trabajaban conmigo?

—Doña Elvira, un chef, que estaba pasado de peso y tu gran amiga, Blanca, la Quita.

Escuchar el nombre fue un golpe en su mente. No lo inventó, venía de lo más profundo de sus recuerdos. El problema radicaba en la manera en que sus evocaciones se estaban manifestando, con alucinaciones tan reales.

—Gracias Josefina, te hablo luego.

Le colgó, seguía recriminando su forma de actuar con ella, fría, en cierto modo como amiga. Será que, en el fondo, su corazón era un vacío enorme que debía ser llenado con los recuerdos de su pasado. Eso le pesaba, deseaba ser distinta. Tal cual la describían, alegre, bromista con todos los deseos de comerse la vida. Quizás muchos de sus sentimientos, dormían dentro de sus recuerdos. Hacía todo lo posible por ser distinta, o por lo menos como era Alma antes de perder su memoria. No sabía en lo que se convirtió.

Buscó en su agenda y encontró el papel que le dio Estela, en la librería.

—¿Hola?

—Hola, ¿Blanca?

—¡Lili! Dime Quita por favor, que grata sorpresa. Sabía que un día me llamarías, aunque fuera desde el asilo.

—Me alegra localizarte. Necesito hablar contigo.

—¿Desde cuándo eres tan directa mi amiga? Recuerdo que hasta tartamudeabas para pedirme algo.

—La vida misma nos va cambiando, nos adecua según nuestras circunstancias Quita.

—Por lo menos ya me llamas como amiga. Sé que no debo recriminarte, ni siquiera he participado de tus últimos años. Supe lo de tu memoria. Pensaba que, a estas alturas, en especial con tu llamada, que te hubieras recuperado. Veo que no es así. Los

cambios no vienen solos, los acompañan sentimientos encarnados en dolores, sufrimiento o, por el contrario, en alegría, felicidad. ¿Cuánto de ello tienes por dentro amiga?

—Sé que me llamas amiga, no puedo decir lo mismo. No te recuerdo en verdad y lo lamento.

—Huy, eso dolió. Por años las mejores amigas, bueno, ni tanto, en realidad fueron tres años. Partiéndonos el lomo en el restaurante, aunque era más un café, donde las señoras de los fines de semana nos visitaban hablar temas post jubilación. Ya de por sí era titánico aguantar a la niña Elvira, que en paz descanse. Multiplícala por veinte señoras de esas y teníamos una mañana de locos. Pero no me quejo, te conocí, nos ayudaba a sobrevivir, a perseguir sueños. Hablando de eso, nunca me contaste que fueras escritora. No sólo eso, que fueras un cerebro, te has vuelto una celebridad a nivel de España, que talento. Supongo que, a nivel mundial también, supe que han traducido tus dos novelas al idioma anglosajón. Bien por ti mi amiga, pero nunca supe que eso querías.

—Fue algo que salió, luego del suceso. Como si hubiera despertado a un ser que dormía dentro.

—Vaya monstruo que te tenías. ¿Te encuentras en Madrid?

—Si, de eso quería hablarte, veo que en realidad trabajé en el restaurante.

—Lamento que no lo recuerdes. Anotaré tu número cuando colguemos y te enviaré fotos de nosotras, del lugar, de doña Elvira, del gordo de gran corazón. Ese Raúl, como lo extraño.

—Entonces fue verdad, ambos murieron.

—La maldita pandemia se los llevó. Tanto que nos cuidamos, pero a la gente poco le importaba, sin mascarillas, llegaban con gripe, asumimos que era gripe. Pero no, era esa cosa, la primera en caer fue doña Elvira. Como la pobre no tenía familiares cercanos, nos tocó turnarnos. Le pegó al gordo, ya sabes, su diabetes, sus problemas respiratorios, le insistí en que dejara de fumar. Ese vicio lo empujó a que el virus le diera con todo. A Eva le dio, pero no fue tanto. Dijo que un par de días sentía que se iba, pero se fue recuperando. Por cierto, le perdí la pista hace seis meses o más. Te extraño amiga.

—¿Tienes tiempo para que nos reunamos? Me gustaría platicar más tranquilas.

—Claro, me encantaría. Tú dices sapo, yo brinco. Era uno de nuestros lemas, perdón, se me salen frases que no van.

—Se supone que para eso son los amigos. A lo mejor nos reunimos y los recuerdos se empiezan a meter en mi cabeza.

—Sólo indica el lugar y cuándo, allí estaré.

—¿Puedo avisarte mañana? Dependo de una sesión con una doctora para definir muchas cosas y del tiempo que dispondré.

—Claro, no hay problema. Doctora de medicina o loquera.

—Más bien del tipo loquera.

Ambas rieron, Lidia recordó que tenía mucho tiempo de no alegrarse con una frase, como dicen un chistorete. Eso la puso de mejor humor ante los últimos acontecimientos.

—Te hablo mañana Quita, nos ponemos de acuerdo.

—Sale amiga, cuídate mucho, en verdad, de corazón, que alegría escuchar tu voz, saber de ti. Pero lo más importante, creí que la fama te había encumbrado, veo que sigues casi tan normalita como siempre.

—¿Lo dices por mis recuerdos olvidados?

—Nada que ver, lo digo por tu humildad, esa que se te desborda. *Chao* amiga, cuídate mucho y espero con ansias mañana tu llamada.

Colgaron. Para Alma, por un momento fue una catarsis, aunque sin recordar, sintió que hablaba con una amiga. Fuera de su esposo, era una solitaria estos años. Sólo conocía a dos personas cercanas a ese término de amistad, Paula, su doctora y su editora. Tendría que prepararse, la cita le podría deparar sorpresas. Esperaba que le ayudara. No deseaba regresar a sus mundos, donde se confundían la realidad y la alucinación. Era el momento de hablar de unas vacaciones a su pueblo natal, Andalucía de Castella y tratar de recuperar sus recuerdos de una vez por todas.

Capítulo 3-La Sesión

El tiempo se deslizaba con parsimonia sobre la terraza del consultorio. Alma Lidia removía la manzanilla con miel, sin prisa, como si en cada giro de la cuchara buscara ordenar el torbellino que llevaba dentro. Durante casi diez minutos no cruzaron palabra.

Frente a ellas, los girasoles se mecían al ritmo del viento, una coreografía perfecta que contrastaba con la tensión muda entre ambas. El cabello de Alma se agitaba de forma desigual, atrapando destellos de luz que se perdían en los mechones oscuros de su acompañante.

El silencio olía a té tibio y a distancia. Ninguna se atrevía a romperlo, como si al hacerlo algo más que el sonido se viniera abajo.

—Linda tarde, Paula. Qué bella vista —dijo Alma Lidia, llevando la taza a los labios con una delicadeza calculada.

Lo hizo como quien lanza una cortina de humo. Sabía que esas palabras eran una invitación a la calma, una forma de frenar el inicio de la sesión. Paula sonrió apenas, sin dejarse engañar.

Alma había insistido en sentarse fuera. No soportaba la oficina: aquel rectángulo ocre y oscuro la engullía cada vez que cruzaba la puerta, como si tragara una parte de su memoria y no se la devolviera jamás.

Desde allí, en cambio, la terraza la abrazaba con la luz del sol que caía sobre las plantas, encendiendo los verdes y dorados. Parecía una cueva iluminada, un refugio donde, por un instante, la esperanza todavía respiraba.

—Como dos amigas Alma, míralo como una reunión de amigas.

—¿No lo somos?

Sus rostros se encontraron, Paula sujetó la mano suelta de Lidia con sus dos manos.

—Claro que sí, primero soy tu amiga antes que tu doctora, siempre estaré para ti. Más que una sesión de terapia siempre ha sido una charla entre amigas, que se cuentan sus oscuros secretos.

—Los míos Paula, tú guardas los tuyos, muy a tu favor, por cierto, de manera convincente y cerrada.

—Soy abierta amiga, me conoces. Recuerdos, sueños, tristezas, cosas cotidianas y normales. Antes que respondas, nada comparado a lo que tú has vivido.

—Vivencias que no le deseo a nadie. Pero he denotado que utilizaste la palabra normal. ¿Soy anormal para ti?

—Por eso te aclaré, nada como lo que tú has vivido.

Pequeño silencio entre ambas, eso permitió a Paula anticiparse y tratar de tomar el control de la sesión.

—Lidia. Siempre has aceptado tu vulnerabilidad. Cuando te abriste conmigo, aceptaste tu realidad, sin ocultar nada. Tu miedo radica en que un día de estos de declare por completo loca.

—Directa y al punto.

—Soy tu amiga y confidente antes que tu doctora. Recuerda que por eso has venido tanto tiempo a mi oficina. Pero mantienes ese temor.

—Sabes porqué y en especial hoy con estas alucinaciones.

—Hace unos meses eran recuerdos en tu mente.

—Los tengo de nuevo Paula.

—¿Diferentes?

—Más perturbadores.

—Te traté en un inicio con delirios de persecución, mal diagnóstico. Casi te declaro una psicopatía aguda, la demencia con cuerpos de Lewy. Lamento decirlo.

—Me creí loca entonces, por todo lo que me estaba pasando. O que me estaba volviendo loca.

—Eso me llevó a recordar a Carl Gustav Jung, evité entender tus imágenes mentales de tu inconsciente. Asocié la realidad y le puse nombre a tus problemas, cuando te pertenecían.

—Como tú dijiste Paula, nunca entiendas lo que proyecta tu pensamiento, sino a ti mismo.

—Pero no hay que desviarse Lidia, quiero que me cuentes todo.

Alma dejó escapar un suspiro largo, profundo, como si en él intentara tragarse al mundo entero.

Recordar era morir, y lo sabía. Cada vez que un fragmento regresaba, algo dentro de ella se resquebrajaba, como si la vida misma se disolviera entre las grietas del pasado.

Pero aquello… no era un simple recuerdo.

Lo estaba viviendo. Otra vez.

—Empecemos por tus sueños, luego ahondamos en tus alucinaciones.

—Los sueños comenzaron hace unos meses, dos para ser exacta.

—Corto tiempo hasta tus visiones.

—Me agrada eso, ya no le llamaste alucinaciones.

—Perdón, utilicé mal el concepto anterior.

—Claro.

—¿Los mismos personajes?

—En realidad no, a pesar de la luz que emanaba de ellos, pude ver sus rostros. Flotaban sobre el río. Noche estrellada.

—Antes eran de día.

—Un cambio en los sueños que todavía no descubro el significado. Podría incluirlo en alguna de mis novelas.

—Por cierto, leí las dos, buena lectura y una gran imaginación. Pero de eso hablaremos en otro momento.

Lidia observaba la terraza. Esperaba —con una mezcla de miedo y resignación— que, en cualquier momento, los recuerdos volvieran a abrir la puerta de aquel mundo que una vez se le había proyectado como una fantasía.

Para su alivio, nada ocurrió.

Regresar a aquella noche oscura de su vida, a los días en que confundía la realidad con su propio delirio, sería insoportable.
Ningún alma se acostumbra a las sombras, ni siquiera cuando estas prometen refugio.

Volvió a tragar aire, como si intentara ahogar dentro de sí el temblor que la recorría. Necesitaba hablar, decir algo, cualquier cosa que disfrazara su miedo.

Miró a su doctora con un gesto de súplica, su rostro mostraba aflicción, ayuda para que destapara los cuerdos mundos de su mente, donde pudiera vivir de manera normal. Agradecía que no

estuviera internada, se supone que lo había superado, por varios años vació su alma de esos momentos de alucinación que ni siquiera recordaba.

—Mucho silencio Lidia. ¿En qué piensas?

—Perdón, repasaba.

—Relajada, no te voy a comer, no al principio.

—Muy divertida.

—Dime una cosa Paula, antes de continuar. ¿Cuál fue tu diagnóstico, de manera extraoficial?

—Nada que no haya escrito en tu informe, tú lo has leído.

—Lo del informe fue un favor personal, de lo cual te estoy muy agradecida. Creíste que podías ayudarme, tomándome a tu cargo.

—Lo cual dio resultado.

—Hasta ahora, estoy preocupada Paula, quiero recordar, no que los recuerdos sean alucinaciones presentes.

—El cuerpo tiende a reaccionar a ciertas condiciones de diferentes maneras. Tu mente actuó de la misma forma. Recuerda que las emociones, el estrés, el miedo, son acelerantes de cambios químicos, incluso en tu mente. Afectando muchas funciones corporales. El primero de esos reflejos del cuerpo es la migraña, el aumento del ritmo cardíaco. Puedo enumerarte diferentes factores causales, con sus secuelas. Tu cerebro es una máquina de dar órdenes todo el día, tú lo influencias, variando tus estados de ánimo.

—Pero no me internaste.

—¿Dónde empieza la locura y termina la cordura? ¿Se puede medir? Establecer los límites no debe ser responsabilidad de una evaluación de libros. Aunque los tratados sean exposiciones de eruditos que dictaron una dicotomía de la mente y denuncian la urgencia de estudiar los raros seres humanos que han perdido la cordura. No, claro que no lo hice, tenía que darte una oportunidad de demostrarme que aquello era temporal, esperando que no llegaras al punto de no retorno. Vi interesante la disociación de tu mente, en extremo brutal. Tenía que encontrar el origen que estaba creando órdenes a tu cerebro de divagar de esa manera para olvidar tu realidad.

—Sabes, el mundo está lleno de ilusiones, pero cuando las externas, te acusan de loco.

—Así funciona el mundo mi querida Lidia, emborráchate de visiones, pero nunca las proyectes. Quédate a nivel de imaginación mental.

—Pero fue todo tan real para mí, Paula.

—Porque tu mente le indicaba al cerebro que aceptara esa nueva realidad que imaginabas, como verdadera. Estrés o demencia. Debía averiguar bajo qué rango. Claro, me caíste tan bien desde el principio. Me dije: estudiemos a esta jovencita.

—Gracias por el cumplido, pero treinta y seis años no es juventud.

—Tenías veintinueve cuando te vi por primera vez, una jovencita. Pero volvamos a tu relato. Según recuerdo, los seres luminosos flotantes, nunca fueron una amenaza, por el contrario, te pedían ayuda.

—No hablaban, nunca lo han hecho, pero escucho sus gritos dentro de mi cabeza, pidiendo ayuda. Luego, al otro lado del río, veo sombras que se mueven, quieren pasar, pero no pueden. Todas las noches que lo sueño, es lo mismo. Luego la oscuridad absoluta, siento que caigo en un vacío y me despierto.

—Describe el bosque.

—Oscuro, tupido de árboles, tétrico, sin poder observar qué hay más allá.

Mientras hablaba, el temor se deslizó por su voz, apenas perceptible, como un hilo de agua que se cuela entre las grietas del silencio. Temía al mañana, a la posibilidad de despertar y no reconocerse. De perder el talento que la había sostenido como escritora, su única ancla con el mundo real. Sentía que una parte de sí misma, una Alma Lidia antigua, reclamaba su lugar desde algún rincón oscuro del pasado. Esa otra mujer que había existido seis años atrás, atrapada en sombras, parecía querer regresar para ocupar su sitio.

Le narró a Paula lo del restaurante y la librería, con la minuciosidad de quien teme olvidar. Cada detalle, cada palabra, cada gesto, como si al pronunciarlos buscara asegurarse de que todo

había ocurrido de verdad. Pero, en el fondo, sabía que los sueños eran solo eso: sueños. Vivir una realidad que no existía era distinto. Era como cruzar una puerta sin retorno.

Paula la escuchó en silencio, con esa serenidad profesional que Alma siempre envidiaba. Luego, con voz suave, le aconsejó no abandonar los medicamentos, mantener la calma, y tomarse un descanso. Le pareció excelente lo de viajar a su pueblo natal. Tal vez el regreso a sus raíces dijo, le ayudaría a reconciliarse con lo que fue… o con lo que aún temía ser.

—¿Y si nunca vuelvo a recordar Paula?

—En realidad eso es lo menos que debe importarnos amiga, ya vives una vida, un presente, eres feliz. Tus visiones son las que debemos controlar, si es posible, que nunca regresen, desaparecerlas de tu mente y de tu vida para siempre. Estaremos en contacto, quiero que me llames todos los días, cuando regreses retomaremos las sesiones.

Alma se despidió con un leve movimiento de cabeza, cerró la puerta y comenzó a alejarse. El miedo se le instaló de nuevo en el pecho: debía pasar otra vez frente al restaurante.

Se detuvo un instante y miró hacia atrás. Paula la observaba desde el balcón, con una mano alzada en despedida. Le pareció que movía los labios, quizá para decirle adiós. Alma no quiso confirmar la sospecha; regresó a sus pasos, siguiendo su camino, intentando convencerse de que todo estaba bien.

Paula permaneció inmóvil, los codos apoyados sobre el pasamanos de hierro forjado. Exhaló despacio, como si cada aliento pesara más de lo que debía. No se atrevió a girarse, aunque sabía que no estaba sola. Detrás de ella, una sombra humana se recortaba contra la penumbra del salón.

—Es el momento de seguirla —dijo la voz a sus espaldas.

Capítulo 4-Viaje a casa

Alma Lidia llegó al moderno edificio del centro de Madrid. Las oficinas de la editorial ocupaban el octavo piso. Con cada éxito suyo, la empresa había ascendido también: tres niveles en cuatro años. Entre ventas de libros, derechos cinematográficos, conferencias y cursos de escritura, la maquinaria del éxito no dejaba de girar.

Laura, su editora en jefe, supo aprovechar el talento de Alma con precisión quirúrgica. "Simbiosis", lo llamaba: ambas se beneficiaban, ambas crecían.

Aunque cansada, Alma decidió no tomar el ascensor. Se detuvo un momento en la entrada, recuperando el aliento. Frente al acceso principal, junto al rótulo de la editorial, estaba su fotografía y las portadas de sus dos novelas. Sonrió apenas. La imagen la observaba desde el vidrio con una perfección que ya no sentía propia.

Le exigían una tercera novela. Los gastos seguían creciendo, mientras las ventas comenzaban a enfriarse. En el mundo editorial, un par de años de silencio bastaban para sepultar una carrera. Los escritores de renombre resistían más tiempo, pero no para siempre.

Una secretaria la condujo por el pasillo principal. El recorrido se convirtió en una especie de desfile: una docena de empleados se detuvieron para saludarla, algunos con libros en la mano, otros improvisando sonrisas. Dos de ellos buscaron algo sobre sus escritorios —quizá una copia que firmara—, pero al no encontrar nada, se rindieron y se unieron a los saludos.

La sala de espera estaba llena. Alma pensó que la mayoría serían escritores noveles, aguardando una oportunidad para que Laura leyera sus historias. Ella intentó sentarse, aunque no fue necesario: la asistente, con un gesto suave de manos, le indicó que siguiera adelante.

Los rostros la miraban con una mezcla de admiración y asombro. Era su heroína, la diosa de las letras que descendía del

Olimpo para caminar entre los mortales. Para muchos, verla bastaba para justificar el día.

Pero Alma no se inmutó. Su mente permanecía lejos de ese lugar. El mundo real lo vivía por dentro, y allí, en el silencio más profundo, libraba una batalla que nadie más veía.

—Pase, la está esperando.

—Gracias Carla, muy amable.

Laura se encontraba hablando por teléfono, le hizo un gesto que se sentara, le estrechó la mano y haciendo a un lado el aparato le dirigió unas palabras.

—Un segundo Almita, sólo termino la llamada. ¿Algo de tomar?

—Estoy bien, gracias —lo decía, mientras tomaba asiento.

Laura le hizo señales a Carla, indicando que le trajera dos cafés y terminó con el pulgar arriba.

Alma contempló el interior con una calma ensayada. El espacio era una composición minimalista de blancos y grises: un orden que rozaba la perfección. El suelo, cubierto por una alfombra de tonos oscuros, absorbía el sonido de los pasos; el techo, de tabla blanca, devolvía una luz fría que caía desde las luminarias LED suspendidas y distribuidas de manera simétrica en todo el cielo.

Los muebles de madera quebraban el equilibrio, introduciendo un matiz de humanidad entre tanta neutralidad. No había colores, solo matices de silencio. Aun así, el conjunto resultaba armonioso, casi hipnótico.

En el muro del fondo, una estructura de regletas de madera sostenía un marco de hiedra artificial que, a su modo, pretendía humanizar la perfección metálica del espacio. En el centro, unas letras de acero inoxidable reflejaban el nombre de la editorial.

—Disculpa Almita, esto es un caos como puedes ver, tu llamada repentina y cambios en la agenda.

—Si quieres regreso en otro momento Laura.

—Vamos, sabes que tú eres prioridad uno en la editorial. Esto se ha logrado gracias a ti, por eso tenemos otra agenda con escritores bastante aceptables en ventas, que terminan de

conjuntarse con tus libros. Que te digo, vamos bien, pero, necesitamos la tercera novela amiga. ¿Ya tienes un borrador?

—Estoy por iniciarla.

—Vamos, que pasa Almita, no me digas eso. Si deseas unas vacaciones, muy de acuerdo, pero llevamos año y medio desde tu segundo lanzamiento. Tus lectores pasan saturando nuestros correos, pidiendo, suplicando. Si no fuera por tus charlas, seminarios y presentaciones, Almita, Almita, estuviéramos llorando. Alégrame, dime que tienes la idea, que tu detective Filomeno volverá a la acción.

—No te preocupes Laura, ya me encuentro trabajando en ello.

—Almita, pero si me dices que la estás iniciando, pero que te encuentras trabajando en ello. Vamos, endúlzame los oídos con buenas noticias.

—Tengo algunos inconvenientes con mi salud.

—Estás con la loquera esa, cómo se llama, se me escapa el nombre.

—Paula.

—Eso, Paula. ¿Qué te ha metido esta vez? Mira que esos medicamentos no me convencen mucho, estuve investigando un poco. Merman el lado del cerebro de la creatividad. Es lo menos que deseamos Almita.

—Tampoco lo deseo. Pero repito, no te preocupes, en unos meses te presento el borrador.

—Qué te parece si lo dejamos por escrito, que tal en cuatro meses. Tú me presentas un borrador en cuatro meses y asunto arreglado, todos contentos.

—Lo que tú quieras Laura.

—Almita, Almita, no es lo que yo quiera, te consentimos, eres nuestra estrella. Aquí se hace lo que tú digas. Pero alimentamos familias.

—No tienes hijos, ni esposo Laura.

—Hablo de los empleados, no me saques el tema Almita, que así me siento bien. Mi vida es mejor sin los compromisos familiares, prefiero deambular por el mundo, que estar atada. Pero quien sabe, acabo de agarrar el timón de los treinta y siete, me siento joven.

Como sea, te necesitamos. Tienes el ejemplo afuera de mi oficina. Esos jóvenes y no tanto, traen sus manuscritos. Están aquí porque me encantaron las sinopsis. Sabes el porcentaje que representan, el cinco por ciento de todos los correos. Como pueden quedar, pueden ser rechazados. Ninguno dar el ancho. Gracias Carlita por el café, diles a los escritores que en un momento los atendemos. ¿Te suena familiar? Me ganaste desde que entraste Almita y no soy melosa, lo contrario a ti, que me acabas de sacudir el ánimo con tu sarcasmo directo, que por cierto lo amo. Nos ha ayudado mucho en las conferencias. Entonces Almita, si no es por el borrador de tu nueva novela, ¿qué te trae por acá? ¿Tu cheque? ¿Tienes algún problema con tu depósito?

—Nada Laura, primero, deseaba saludar a mi amiga.

—Lo cual siempre te agradezco, tu sola presencia levanta el ánimo de todo el equipo. ¿Sabes cuántos de los que trabajan acá, desean ser escritores? Todos Almita y tú eres su inspiración.

—No creo que sea tan así, no sabía.

—Claro que no, pero cuando vienes, toda la semana es más eficiente. ¿Qué tal si te contrato como CEO? Para mejorar las cosas por la oficina. Esa chispa, el entusiasmo del grupo. ¿Qué te parece?

—¿Es broma, verdad Laura?

—Claro, no lo tomes literal. Pero ven más seguido. Volviendo al tema, había algo adicional luego de saludar a una amiga.

—Tomaré unos días, quiero fuentes de inspiración, que me permitan despertar a Don Filomeno de su letargo.

—Eso sí me gusta Almita, ¿pero no muy lejos? No quiero perderte en un viaje por el Caribe o que irás de apoyo a países en conflicto.

—Para nada, es acá cerca, a mi pueblo natal, Andalucía de Castella. Queda a una hora de Madrid.

—Me encanta, ¿con tu madre?

—Claro.

—Eso será bueno para tu salud. De paso, no olvides tu laptop, tus apuntes y tu agenda. Comunícate por favor Almita, no me dejes sola lidiando con tus redes. Mira que tengo a cinco personas encargadas de contestarlas. Sólo dejo tu post, ese no lo toco.

—Lo siento por ello.

—No lo sientas, sabes para esas chicas lo que representa estar en tu piel, ser tú, contestar como si Alma Lidia Flor Vega, la famosa escritora mundial redactara las notas. Son felices.

—¿Siempre tengo accesos a mis redes?

—Almita, son tuyas, no hemos cambiado ninguna clave. Por eso las chicas son de extrema confianza. Antes de que den un me gusta, un comentario, cualquier cosa, lo tienen que revisar conmigo.

—Claro.

—No te veo muy convencida Almita.

—Lo estoy, se me vienen otros pensamientos.

—Que sean de Don Filomeno. Sería fabuloso. Lo siento, no quería decir eso. Sé a lo que refieres Almita. Pero qué más da, tu vida es una maravilla, puedes adaptarte a ello y disfrutarla.

—Lo mismo me dijo Paula.

—Ves, ya no me cae tan mal, te apoyamos.

—A lo mejor un día nos reunimos las tres.

—Eso sí no lo creo Almita. Esa tu amiga no me inspira la mínima confianza.

—Dice lo mismo de ti, a lo mejor son iguales en el fondo.

—Qué te parece si redactamos lo del borrador para cuatro meses y nos comunicamos. Terminemos el café. Pico cerrado.

Laura pidió una carta compromiso, le redactó a Carlita su contenido y mientras se elaboraba, pasaron tres escritores, charlaron, dieron su mejor esfuerzo en presentar su documento. Luego la editora la miró, suspiró, puso los papeles en una torre.

—Te imaginas Almita, estos son los chicos nuevos que desean tu puesto. Los físicos representan el dos por ciento de las cantidades de manuscritos que poseemos. El correo está saturado. Claro, por medio digital recortamos de la misma manera, vemos el contenido de la sinopsis, si nos parece vamos con los primeros tres capítulos. La mayoría son denegados en el primero. Cuando las historias valen la pena, pero el escritor es un mediocre de pacotilla en cuanto a su narrativa. Les indicamos que la mejoren. Son contados con la palma de la mano, los que se acercan a tu lenguaje Almita. Pero lástima, muchos se pierden en la historia, luego que atrapan.

Firmaron la carta, sacaron copias, Alma se quedó con la suya.

—Cuento contigo Almita, que descanses, te recuperes, tu imaginación regrese. Quiero ver otro caso del oficial.

—Detective.

—Eso quería decir. ¿Puedo saber cuánto tiempo estarás ausente de la ciudad?

—Lo necesario Laura, no tengo una fecha de regreso, si me lleva más de cuatro meses, hago una excepción, traigo el manuscrito para su revisión.

—Lo discutimos juntas, me gustaría más.

—Claro.

—Un honor Almita, recuerda que tienes la suerte que, por la pandemia, congelaron todas las charlas. Estoy negociando hacerlas en línea, ganaríamos más, pero de ello te aviso. ¿Podrías conectarte si resultan los planes?

—Por supuesto, sin problema.

Se despidieron con un leve choque de puños. Laura se quedó mirándola, con los brazos en triángulo apoyados en la cintura, como si aquel gesto bastara para retener el instante. Suspiró, complacida por haber descubierto un talento como el de Alma, y volvió a sumergirse en su faena entre manuscritos y contratos.

Afuera, la realidad la esperaba con su ruido habitual. Varios empleados y aspirantes a escritores la rodearon; todos querían una foto, un saludo, una prueba de haber estado junto a "la escritora del momento". Sabía lo que vendría después: las redes llenas de frases como *"adivina con quién me encontré"*.

Sintió alivio cuando por fin cruzó las puertas del edificio. No le gustaban los lugares repletos de gente; la fama era una jaula luminosa donde cada mirada pesaba. Aun así, era parte del trato: venía en el paquete del éxito.

Caminó hacia casa. Daniel debía ser el último en enterarse de sus planes de vacaciones. En el trayecto, pasó frente a la librería de Estela. La vio detrás del mostrador, vendiendo uno de sus libros autografiados. Se saludaron a lo lejos con un pulgar alzado. Alma decidió acercarse: posó con la joven compradora, una chica de unos veinticinco años, de aire intelectual y sonrisa nerviosa. La emoción

de la muchacha era genuina; tener la firma de su autora favorita era un privilegio, pero estar frente a ella… eso pertenecía a otro plano. Alma sonrió con cortesía, acostumbrada a esa devoción que ya no la conmovía.

Al salir, Estela le agradeció moviendo los labios tras el cristal. Alma alzó la mano en respuesta y se detuvo un instante frente al local contiguo, el restaurante. Una ráfaga levantó su bufanda naranja y agitó sus rizos como llamas al viento.

No esperaba otra alucinación. Aunque, en el fondo, una parte de ella la deseaba.

Siguió caminando hasta perderse en la esquina. Sabía que todo cambio comienza en la mente, y que resistirse solo aumentaba el peso invisible que cargaba. Quizá ese esfuerzo por recordar —esa obstinación por recuperar lo perdido— era lo que realmente la estaba agotando. Tal vez debía dejarlo ir, cerrar el ciclo, aceptar el vacío.

Recordó las palabras de Paula: *"La locura ha transformado al mundo, Alma. Sin ella no existirían los inventos ni las revelaciones."* Su locura había dado vida a *Don Filomeno*, aquel personaje que en el fondo era su espejo. Había buscado curarse, cuando tal vez lo que necesitaba era comprender que su herida era su don.

Sonrió para sí, mientras la brisa arrastraba su risa entre los coches. Se sacudió los pantalones caqui, como si con ese gesto pudiera desprenderse del pasado. En el fondo, una sospecha persistía: que la verdad —la suya— seguía allí, esperando ser desenterrada. Como el secreto mejor guardado de sus propias páginas

Los árboles disipaban un tanto el calor del pavimento de la acera, el viento cargaba el ambiente con el sabor del pan recién horneado, mezclándolo con perfumes y libros. Lidia se encontraba en la cuadra opuesta, enfrente, su apartamento. Giró su vista y Daniel Alonzo la saludaba. Pensó en su felicidad, la cual estaba a un paso de sacrificar en su obsesión por recuperar sus recuerdos. Tenía que convencer a su esposo de emprender un viaje a su lugar de origen. Antes de atravesar la calle, se aseguró que fuera segura, un ciclista pasó a su lado saludándola, a lo mejor la reconoció o por el

respeto a su belleza. Dio unos pasos sin percatarse del hombre de chaqueta negra y gorra, semejaba una sombra en su envoltura, su mirada fija en ella, acelerando el paso, sería a mitad de calle pensó. La mano en el bolsillo derecho, apretando su arma, un revólver, debía ser memorable su muerte, que todos escucharan, que todo el mundo supiera. El objetivo lo tenía definido, la cabeza. Levantó el brazo mientras el brillo metálico cegaba al tiempo. Daniel Alonzo lo vio, pero no distinguió el arma, estaba por advertirle a su esposa, cuando un ruido lo hizo girar hacia el otro lado. Un sedán gris apareció de la nada, en dirección a los dos, al principio parecía apuntar a Lidia. Daniel le gritó, ella vio el auto y se cortó, se quedó parada en medio de la calle, cerró los ojos y escuchó un golpe seco. Abrió los ojos y vio el cuerpo en el aire, lanzado varios metros adelante, el arma salió despedida, girando como un fragmento de luz hasta desaparecer en las rejillas de una alcantarilla. Quedó doblado de una forma antinatural. El coche, sin frenar, siguió su camino hasta perderse entre bocinazos. Alma continuaba petrificada, sintió el viento del auto rozándole su cuerpo. No vio la sombra que salió del cuerpo, desapareciendo entre los árboles. No sintió cuando Daniel Alonzo la sujetó de los hombros preguntando si se encontraba bien.

Horas más tarde se encontraba en la comisaría, declarando todo lo sucedido. Un veterano policía se ocultaba tras una computadora anotando las palabras y conversando con ellos.

—El vehículo se dio a la fuga —dijo el oficial —lastimosamente no hay cámaras en esa zona.

—Parecía intencional, oficial, se salvó de milagro y le dio al tipo que, si no estoy equivocado, estaba a un paso de dispararle a mi esposa.

—Descubrimos el arma, señor. Tuvo la suerte que ese carro se atravesara. Sabemos de la fama de su esposa. ¿Pero saben de alguien que quisiera hacerle daño?

—No señor agente, pero como escritora muy conocida, estoy consciente que puedo tener detrás a personas que no me ven con buenos ojos. Pero jamás creí que las cosas pudieran llegar lejos.

—Existen personas que desean ser famosas a costillas de otros, aunque ello sea de manera fatal. Usted lo sabe. Deberán cuidarse mucho. Si desean les puedo asignar a un par de oficiales, por un tiempo claro, por si detrás de esto descubrimos que no actuaba solo.

—No, le agradezco por ello, pero no.

—¿Pero ¿qué dices amor, luego de lo que acabas de pasar?

—Saldremos de vacaciones, como comprenderá, su personal no podrá acompañarlos.

Daniel Alonzo la miraba asombrado, cruzó los brazos tratando de entender en qué momento tomó esa decisión.

—Bueno, les agradezco su declaración y les estaremos informando, le pido el favor de comunicarse conmigo o la estación para decirme hacia dónde se dirigen. Le doy mi número. No se confíen, por favor tomen todo con precaución. Un crimen acaba de pasar a su alrededor y eso no es algo de tomarla a la ligera, en especial sabiendo que soy el objetivo principal.

—Claro, gracias oficial, hasta pronto.

Salieron en silencio, cenaron en un restaurante de la zona, la escritora se tomó fotos, aunque con cautela, firmó libros, hasta llegar agotados al apartamento. Ninguno de los dos quiso tocar el tema, lo retomarían por la mañana, todo con el enorme deseo de olvidar por completo lo bizarro de ese día.

Por la mañana, luego del extraño suceso, hablaron sobre tomar un descanso.

—¿Con respecto a las vacaciones? Porque tengo unas ideas al respecto.

—Ni te imaginas la mía, te irás de culo.

—Que son esas palabras amor, raro escucharte hablar de esa manera, por lo general soy el malcriado.

—A lo mejor se me está pegando.

Ambos rieron hasta dejar los ecos por el pasillo y subieron al dormitorio.

—¿Tahití amor? Eso está lejos, lo que menos me recomendó mi editora.

—¿Qué te parece entonces una vuelta por París?

—Nada mal, muy romántico, pero te la pondré fácil.

—Esto se pone bueno. Vamos a escuchar tu propuesta.

—Sencilla, apunto a mi tierra natal, Andalucía de Castella.

—No me jodas, ¿a tu ciudad? ¿Es en serio?

—No bromeo amor. Ya lo pensé. ¿Qué te parece si nos vamos en dos días?

—¿Te pasa algo Lidia?, porque mira, eso de rechazar los dos lugares que, a cualquier persona, le daría envidia de saber que has ido. Y te conformas con ir a tu pueblo. Buena esa.

—Son muchos factores, lo sabes. La cercanía con Paula, mitad vacaciones, mitad trabajo. Laura me sentenció con su deseo de cuatro meses del borrador de la novela.

—¿Tienes algo elaborado?

—Nada, que se lo he dicho, pero es como hablar con una pared. Quiere resultados.

—Con todo lo que te está pasando. Pero creo que tienes razón. Los últimos acontecimientos no son para descuidarlos. Vamos, mañana empezamos armar maletas Lidia y nos vamos de vacaciones. ¿Cuánto tiempo has pensado?

—No lo he pensado, un mes, seis meses. No estoy segura.

—Mis clientes pueden esperarme, pero no tanto, además, necesito estarles controlando los parches de seguridad. Les vendí los programas que salvaguardan sus sistemas, pero debo estar atento. Un par de meses no estarían mal, un mes, mucho mejor. Tiempo suficiente para tu descanso y para incorporarme a revisar mi trabajo.

El día transcurrió sin ningún sobresalto, vieron una película, revisaron las redes e hicieron el amor.

Alma tuvo otra pesadilla, su cuerpo ya no flotaba, se encontraba al otro lado del río, donde se encuentran las sombras. No tardan en verla, corre y mira un puente que nunca había soñado. Lo atraviesa, se voltea, los seres están al otro lado. Vuelve sobre sus pasos y exhala un grito de terror, frente a ella se encuentra una enorme sombra. Se despierta agitada. Daniel Alonzo la tomó entre sus brazos tratando de tranquilizarla.

Salieron temprano por la mañana, en la camioneta de ella, una suburbana, todo terreno. Los asientos traseros parecían un almacén de equipaje, como mudanza y no un viaje de vacaciones. Contemplaron hermosos paisajes mientras ascendían por las montañas al norte de Madrid. Escucharon música, les encantaba la electrónica, ese ritmo de Mark y las originales de los dioses de los RPM, conversaron sobre la situación en España y global, de cómo la pandemia afectó sus vidas. A mitad de camino, encontraron una gasolinera para reabastecerse; por suerte, un oasis de bebidas y comidas les extendía sus brazos. Entraron, tomaron una mesa, mientras veían el menú. Unas personas se acercaron, se tomaron fotos con ella y les firmó un par de libros. Se encontraba en esos menesteres, cuando al alzar la vista, le pareció ver a Quita que entraba en los baños; antes de desaparecer, se volteó, la miró seriamente. Se la tragó la entrada. Salió rápido al interior, el momento sería raro si era ella. ¿Por qué no la saludaría? Estaba por entrar, cuando estuvo a punto de chocar con un par de señoras sexagenarias, las dejó salir.

—¿Quita?

Silencio completo, el cual daba una respuesta concreta.

Al cruzar el umbral, el mundo se torció.Ya no estaba en los baños.El suelo se disolvía bajo sus pies y el aire olía a humedad y piedra.

Frente a ella, el río. La noche entera respirando sobre la corriente.

La pálida Luna, derramaba su reflejo sobre el agua, creando una franja de luz que temblaba como una herida abierta.

No era un sueño —lo sabía con certeza—. Lo estaba viviendo.

Caminó por la orilla, despacio, conteniendo la respiración. Reconoció ese sitio: el otro lado. El de las sombras.

Un escalofrío la recorrió. Recordó aquellas historias donde, si uno moría en el sueño, el cuerpo también caía. Y pensó que, quizá, si controlaba esta nueva frontera, podría doblegar a sus demonios, cerrar el ciclo.

Pero sus manos temblaban. Su cuerpo era una cuerda tensa.

Avanzó hacia la luz. A medida que se acercaba, las figuras comenzaron a definirse: seres suspendidos sobre el agua, envueltos en resplandores. La miraban. Gritaban sin voz.

Las palabras no venían del aire, sino de su cabeza.

Regresa.

Una y otra vez. Como una gota que taladra.

El río respondía con su murmullo, el viento con su canto entre los árboles, y ella —incapaz de detenerlo— repetía el eco en su mente, con una mezcla de miedo y deseo.

Regresa, murmuró también.

Y el sonido se volvió un vértigo.

—¿Quiénes son ustedes? —Gritó.

El sonido se volvió agudo, se tapaba las orejas, como si con ello dejara de escucharlo. La hizo arrodillarse. De pronto, silencio total. Los seres miraban de frente sobre su espalda. Ramas rompiéndose, maleza en movimiento, agitación. Algo se aproximaba, miró de soslayo, muchas sombras se le acercaban. No eran minutos, eran segundos para decidir hacia dónde huir. Los ruidos eran más cercanos, casi los tenía a unos pasos. Destruyó su inercia inmóvil, saliendo disparada para escapar. Huir era imposible, los ruidos estaban más cerca, tuvo que tomar una decisión, la única plausible. Esta vez ningún puente cercano y si acaso estaba en los alrededores, la oscuridad no le permitía encontrarlo. Se tiró al río, se sumergió mucho por la carrera, descubriendo que era más profundo de lo que se veía en la superficie. Se quedó un par de segundos sin movimiento, esperando, escuchando. Un chapoteo de algo que entrara en el agua. Cuando lo oyó, tragó líquido, estaba perdida, se agitó, trató de abrir los ojos. De pronto estaba respirando, se encontraba en los baños. La ducha abierta la humedecía por completo. Su short caqui de safari, su blusa, sus botines con calcetines; todo estaba empapado. Daniel la contempló y rápido cerró la llave. Alma se tiró a sus brazos, comenzó a llorar. A él no le importó que lo mojara.

—Tranquila, todo está bien.

Algunas personas se agolparon en la escena, le entregaron una toalla, con la cual la cubrió. La frotó de arriba abajo, tratando de

secarla, demasiado empapada, pero ayudaba. Se la dejó sobre los hombros.

—Otra alucinación.

—Ya me contarás, lo primero es secarte y que te sientas bien.

Les pidió a las personas que la cuidaran. Salió disparado hasta el vehículo, sacó una mudada y una toalla. Regresó por sus pasos, no sin antes cerrar con llave el carro. Se lo entregó.

—¿Podrás con esto? ¿Quieres que te acompañe?

—Por favor, quédate.

Les pidieron a las personas que esperaran afuera. Todas fueron muy amables, ninguna puso disgusto, muy por el contrario. A solas, reanudaron el intercambio de palabras.

—¿Deseas contarme mientras te cambias o luego?

—Te he contado de mis pesadillas, no le llamo sueños como Paula, porque los sueños son hermosos, tranquilos. Esto nada que ver.

—Claro, los seres flotantes sobre el río, las sombras, la noche, el bosque.

—Hoy fueron mi alucinación, dejaron mis oscuros momentos de sueño. Cuando creí que no podía ser peor.

—La misma escena.

—Peor, entré al baño, fue como un portal místico, me encontraba en el dintel de la puerta. Al entrar, ya estaba en el bosque. Digo distinto, por varias razones. Uno, lo estaba viviendo, no era un sueño, segundo, me encontraba del lado de las sombras de la noche. Lo cual me sucedió en la última pesadilla. Pero estaba un puente cercano. Hoy, nada. Aparecieron las sombras y me seguían, las sentía a mis espaldas muy cerca cada vez. Tomé una decisión, me arrojé al río, me quedé quieta por un momento y esas cosas entraron al agua. Eso me desesperó, tragué agua, cerré los ojos y luego respiré, me encontré en la ducha.

—Eso es lo más importante, que te hayas bañado.

Le arrojó la toalla.

—No es broma.

—Quería tranquilizarte.

—Lo sé amor.

Se abrazó de nuevo.

—¿Y ahora? ¿Qué haremos Daniel? Comienza a salirse de control.

—No te preocupes, algo haremos, lo primero será que le hables a tu loquera y le pidas consejo, si aumentas la dosis o tenemos más sexo. Te recomiendo lo segundo.

—Estoy preocupada. Pero eso del sexo es un buen consejo.

—Yo tengo hambre, termina de vestirte, que ordené dos desayunos. Comeremos, descansamos y nos vamos. Nos encontramos a mitad de camino todavía, una hora más de viaje.

Envolvió toda la ropa mojada, las metió en una bolsa, por aparte, en otra, metió los zapatos y salieron del baño. Mientras una sombra se ocultaba en una puerta del inodoro, ligeramente abierta. Alguien les estuvo observando.

Treinta minutos más tarde y eran polvo de estrellas en la carretera, velocidad crucero hasta casi olvidar el incidente, mientras cantaban las melodías en inglés de los ochenta que tanto les gustaban, luego de la electrónica. Por dentro, Alma se decía que esto se estaba saliendo de control y pensando en serio en internarse.

Capítulo 5-Andalucía de Castella

Llegaron al atardecer, justo cuando los últimos rayos del sol se deslizaban sobre los tejados y encendían de cobre las montañas del fondo. Andalucía de Castella se alzaba sobre un montículo, con sus

casas dispuestas en terrazas y calles que serpenteaban con leves pendientes, como si el pueblo hubiese aprendido a descansar sobre su propia calma.

La ciudad parecía suspendida en un equilibrio antiguo: una plataforma casi recta, de calles adoquinadas en piedra bola, tan perfectamente alineadas que nadie tropezaría jamás. Las fachadas, pintadas de blanco, resplandecían con una luz que parecía venir de adentro; los techos altos, coronados con tejas rojizas, ofrecían un contraste de pureza y tiempo.

Las puertas, mitad madera, mitad hierro forjado, hablaban de manos artesanas y generaciones de oficio. En los ventanales, la madera regleteada se mezclaba con los brillos del aluminio moderno, como un diálogo entre siglos.

Atravesaron la plaza central, un espacio que cumplía dos promesas: plaza y parque, aunque lo primero predominaba. El quiosco se erguía de lado, como si rehusara el centro, rodeado de buganvillas en tonos que iban del fucsia al rojo más encendido. El aire olía a pan, a frituras, a noche próxima.

El ayuntamiento y la iglesia dominaban la escena con la solemnidad de siempre, mientras el comercio nocturno se abría paso en los portales, prendiendo luces y voces.

Entre giros y callejones hallaron por fin la casa amarilla. Era fácil reconocerla: una de las pocas con ese color cálido que parecía resistirse al blanco del resto. Lo supo antes de leer el número, antes de verla del todo.

Su madre la esperaba en el umbral, junto a un par de faroles encendidos, envuelta en una luz que mezclaba la nostalgia con la bienvenida.

—Hola Josefina.

—Hola mi niña —lo decía mientras la abrazaba.

—Mamá Fina.

—Danielito, ¿qué tal mi hijo? Me alegra verlos, en verdad, será una alegría tenerlos en casa. Llenarán de alegría la casa de este vejestorio.

—Vamos Josefina, que apenas si estás llegando a los sesenta. Ni los cincuenta y seis tienes.

—Quería sacarte el humor mi hija, pero veo que sigues de sarcástica y amargada.

—Ni se imagina mamá Fina, insoportable.

—Ándale, ayúdala, dos en mi contra, que buena recibida.

—A ver, a ver, nada, aquí no pasa nada, los llevo a su cuarto, descargan y nos preparamos para cenar. Tengo varios platillos listos. Hay vino y sidra en la heladera, para más tarde, sé que les gusta tomarlo después de una comida. Podemos charlar en la Terraza.

—Me parece —dijo Lidia.

Subieron por las escaleras. La casa, de dos niveles, respiraba una calidez envolvente; la madera dominaba cada rincón, impregnando las estancias con su aroma tenue y familiar. El vestíbulo del segundo piso, cuadrado y amplio conectaba los dormitorios como si los abrazara. Entraron al de la derecha, un cuarto que daba a la calle y se abría a un pequeño balcón enrejado.

Alma Lidia lo recorrió con la mirada. No recordaba nada de todo aquello. Apenas un par de visitas borrosas a su madre acudieron a su mente, como reflejos temblorosos en el agua. Los cuadros, los retratos, las fotografías sobre las cómodas parecían piezas de un rompecabezas que alguien había armado con recuerdos ajenos.

Le gustaba que cada habitación tuviera su propio baño; ese detalle le ofrecía una intimidad que ahora anhelaba más que nunca. Buscaba en cada objeto un eco, una vibración mínima que despertara la memoria dormida. Quería que algo —una textura, un olor, una forma— le devolviera la certeza de haber vivido allí alguna vez.

Pero lo que más la conmovía era la sensación de haber llegado a un lugar que podía llamar hogar. No por las paredes ni por el techo —a eso, pensaba, se le llama casa, residencia, albergue—, sino por Josefina.

Ella era el verdadero significado de “hogar”. Su sola presencia daba nombre al sitio. Aunque un día sus recuerdos regresaran y descubriera que aquella mujer no era su madre, sabía que, en su corazón, Josefina siempre representaría el ideal de una mamá.

Cenaron juntos en el comedor y terminaron los postres en la terraza. Desde allí, el patio se extendía en una vista apacible, cuidado con esmero y buen gusto. Había en cada rincón el toque de una mano delicada, de alguien que amaba en silencio la vida que mantenía unida bajo ese techo.

—¿Tendrás tiempo mañana Josefina? Quiero recorrer el pueblo, tomarnos un café.

—Claro y Danielito ¿vendrá?

—No puedo, gracias por la invitación, si realizan un recorrido por la tarde, con mucho gusto. Tengo que chequear vía remota, si el sistema de seguridad es impenetrable.

—¿Qué te dijo Paula, mi niña?

—Que me tomara los medicamentos, relajarme. Visitar el pueblo, que quizá algún sitio u objeto me activarían la neurona de los recuerdos.

—¿Tú qué piensas?

—Pues por lo visto, no mucho Josefina, no me queda pensar, sino seguir las reglas. Además, tengo una novela por desarrollar y la editorial, o mejor dicho Laura, me han dado un plazo.

—¿Mientras estás acá de vacaciones, tendrás que escribir? No lo veo con buenos ojos.

—Es algo que me apasiona Josefina, por ello es como disfrutar dobles vacaciones. Mi problema es todo lo que se está dando dentro de mí, me estoy perdiendo.

—¿A qué te refieres?

—He comenzado a alucinar, no te lo quería decir para no asustarte.

—Pero necesario, así debo de estar atenta a cuanto ocurra. Te imaginas te pasa en la casa y te sucede algo. No me lo perdonaría. Además, siempre he respetado todas tus decisiones, antes y después del incidente. Te toca vivir tu vida. Recuerdo el tiempo de infancia, ese tiempo nos perteneció a tu padre y a mí, por un tiempo. Luego creciste otro poco. Me volví orientadora, no tenía que disciplinarte, eras muy bien portada. El problema era tu hiperactividad. No podías estarte quieta ni un momento. Tienes

varios recuerdos en tu cuerpo. Ese bosque si hablara. Por suerte tu rostro nunca tuvo que pagar los platos rotos de tus actividades.

—¿Cuál es el punto Josefina? ¿O sólo lo dices, para hacerme recordar?

—En parte sí, pero no es para ello, el punto es que hace mucho eras muy independiente, pero nunca olvides que tu madre siempre estará en lo que tú elijas. Siempre te apoyaré, aunque las cosas que hagas no siempre estaré de acuerdo. Prudencia mi niña, esa que casi nunca has tenido. Claro, eso te ha permitido subir a donde te encuentras, pero hay tiempos o decisiones en la vida, que deben ser tomados con prudencia. Ella te da calma, de eso necesitas mucho, para dominar tu interior. Si te controlas, aún en los momentos más acelerados de tu vida, podrás con todo. He visto tus últimos seis años y es como si lo que te estoy diciendo lo hubieras realizado a partir del suceso. Tienes calma, tu hablar y actuar son más pausados. Ya no eres la niña atolondrada y acelerada que eras, en eso has cambiado. No quiero que confundas mis palabras. Cuando te digo que seas prudente, ya lo eres, pero no quiero que entres en desasosiego y desesperación por encontrar tus recuerdos. A lo mejor eso está provocando que ellos regresen de golpe y tú no puedas asimilarlo, por eso se te convierten en alucinaciones. Confundiendo pasado y presente.

—Suenas a Paula, Josefina.

—Eso te iba a decir cariño, mamá Fina hablando como una psicóloga. Quién lo diría, mis respetos. Ni yo se lo pude decir mejor.

—La edad mis queridos, eso te enseña mucho. Además, veo algunas series de esas plataformas, te enseñan algo. Creo que allí las he visto.

—Puede ser Josefina, pero la verdad es que tienes razón, siendo algo que no puedo controlar. Esa desesperación por recordar, por no ser diferente, ser como los demás.

—Lo eres mi niña, sólo que no te has dado cuenta de ello y sigues persiguiendo fantasmas, olvidando todo lo real que te rodea, que te ama.

—Pero tengo la esperanza de recordar, por eso he venido al pueblo.

—¿Cuántas personas, mi niña, piensas que quisieran estar en tu lugar? Ser exitosa, famosa, vivir la vida que deseas vivir. No dejes que los demonios del pasado te atrapen, déjalos pasar de largo. Relájate y disfruta esto como unas vacaciones, ¿o no son eso Danielito?

—Claro mama Fina, estamos para divertirnos y relajarnos, ambos con nuestras ocupaciones que debemos atender.

—Yo que ustedes, ni eso haría. Andaría afuera, viendo paisajes, comiendo, disfrutando el ambiente. Pero ya eso es pedirles como que no respiren. Mejor traigo más pan, todavía hay café para disfrutarlo.

—Nos encantaría Josefina.

Se quedaron a solas, por un momento sin decir nada. Viendo la cortina de estrellas que matizaban el cielo.

—Tiene razón amor, debes de usar el sentido inverso. Hacer como si has venido a disfrutar unas merecidas vacaciones, sin apresurar el momento, a lo mejor en la tranquilidad encuentras los recuerdos.

—Les entiendo, entiendo a Paula, a Josefina, a ti Daniel. Comprendo sus puntos de vista. Me disculpo por ser egoísta, pero quiero saber si la vida que me han contado existió.

—Por lo mismo Lili, no te pido que dejes de buscar tus recuerdos. Deja que ellos vengan solos, mientras disfrutas de tu vida. Relaja tu cuerpo, tu mente.

—No lo sé Daniel, sé que tienen razón.

—¿Pero?

—Pero nada, he regresado, hora de seguir tomando café con este rico postre.

Puso una bandeja con panes horneados, de diferentes formas y sabores que se degustaban al respiro. De alguna manera, ese instante, el momento, bajó en Lidia, el estado de ansiedad, relajando sus nervios, algo que hace mucho no sentía. La palabra que más le definía ese instante, era seguridad. Protegida por dos seres que la amaban.

—Me iré a dormir Josefina. Gracias por esta velada de revelaciones y café, por cierto, el pan estaba delicioso.

—De la panadería de Gertrudis, cinco casas más abajo, como buscando el puente y la encuentras.

—¿Tiene sillas y mesa para sentarse?

—No, pero te puedo llevar a otro lugar, es una cafetería que vende muchas cosas, todas deliciosas.

—Excelente, tú serás la guía oficial. Seguro que no irás Daniel.

—Iré, pero las alcanzaré luego, primero las pruebas. Buenas noches, mamá Fina.

—Buenas noches, Danielito, que descanses, buenas noches mi niña y te pido perdón de nuevo, por ser tan atrevida.

Alma se detuvo y agarró a su esposo, parando sus pasos.

—Me disculpas amor, quiero hablar un último detalle.

—Claro amor, te espero.

Lo vio alejarse y metió las manos en los bolsillos, haciendo un giro parsimonioso hasta verse de nuevo rostro a rostro con su madre.

—¿Puedo hacerte una pregunta Josefina?

—Claro hija, pero me asustas.

—¿Cómo soy ahora? Es decir, qué cambios has visto en mí que antes no tenía.

—Te has vuelto dócil, amable, aunque has sustituido este último porque antes eras amorosa. Introvertida, escondida, callada, pensativa, enigmática. Antes, eras la ola que rompe contra el acantilado, alegre, risueña, bromista, soñadora, inquieta, viajera y me llamabas mamá. Espero no te molestes, te pido doble perdón, por el anterior comentario y estas palabras de una vieja que ya no sabe lo que dice.

—No te preocupes Josefina, no te niego que me ha molestado lo primero, estos comentarios nada que ver, vienen de tu interior y aprendo a conocerme, pero no pasa nada, mañana me desquito conque pagues la cuenta. Buenas noches, que descanses también.

Se despidieron, desapareciendo lentamente por el pasillo. Josefina permaneció en la terraza, acomodó los pies en un taburete y apuró el último sorbo de café, mientras la noche descendía sobre el patio con un murmullo apacible. Pensaba en todo lo que estaba ocurriendo, en lo extraño que resultaba tenerla de nuevo allí, bajo el

mismo techo. Pero lo importante, se repetía, era eso: tener a su hija cerca. Lo demás —el mundo, los años perdidos, las razones— ya no importaba.

Esa noche, Alma volvió a soñar.

Por la mañana pensaría que se debió a la cena abundante o al vino dulce que Josefina insistió en servirle. Pero en el momento, dentro del sueño, nada de eso tenía explicación. Los seres flotantes regresaban, pidiéndole ayuda. Gritaban sin voz, desde algún punto más allá del río. Ella trataba de alcanzarlos, pero algo era distinto esta vez.

El escenario había cambiado. No había sombras acechando, ni aquella densidad maligna que siempre la envolvía. Todo estaba cubierto por una claridad nueva, como si la noche respirara calma. Los seres la miraban, y sus rostros le resultaban familiares. ¿Serían del pueblo? ¿Alguno de esos rostros que cruzaría mañana en las calles? Intentaba convencerse de que era casualidad, un reflejo de la memoria confundida.

Avanzó hacia ellos. El aire parecía más denso, los movimientos se volvían lentos, pesados. Uno a uno, los seres se desvanecieron, disolviéndose en el resplandor que venía del bosque.

Allí quedó, frente a una luz que vibraba entre los árboles. Pensó que era una ciudad. ¿Qué otra cosa podría emitir una claridad tan intensa? Pero no podía avanzar. La luz la mantenía fija, suspendida, como si el suelo la retuviera. Intentó retroceder; el esfuerzo era casi inútil, pero consiguió moverse unos pasos.

El viento empezó a soplar entre las ramas. Por un instante creyó escuchar voces, susurros que se confundían con el sonido de las hojas. Después, el sueño la envolvió por completo. No llegó a ver las sombras cuando se abalanzaron sobre ella.

Capítulo 6-Jimena

Salieron temprano, cuando los primeros rayos del sol apenas rozaban el horizonte. La mañana se abría despejada, con un viento silbante y frío, pero de una belleza que invitaba a respirar hondo. Les agitaba el cabello con suavidad, intentando deshacer los nudos de la noche, aunque ambas habían previsto su juego: una trenza, firme y elegante, sujetaba su pelo.

El pueblo despertaba despacio. Pocas personas cruzaban las calles, pero todas se saludaban con esa cordialidad que sólo se encuentra en los lugares donde el tiempo parece ir más lento.

Josefina llevó a su hija a una cafetería muy elegante, como todo en aquel sitio. Los cielos de madera con vigas a la vista sostenían lámparas colgantes que derramaban una luz cálida. Los asientos, pintados de blanco, contrastaban con las mesas teñidas del color del cielo, un azul apacible que se fundía con la mañana.

No había mucha gente para ser martes. Eligieron la terraza, desde donde se dominaba la plaza y la pequeña laguna alimentada por un río que serpenteaba entre las piedras. Más allá, dormían las montañas, cubiertas de un verde profundo que se perdía en la neblina lejana.Sentadas, recibieron el menú, mientras el murmullo del agua acompañaba el inicio de un día que prometía calma.

—Lindo lugar Josefina, te perdono por lo de ayer, vale la pena tu retribución. Vamos a ver qué ofrecen. Espera, ¿no será que el lugar es para suavizar otra noticia?

—No mi niña, no hay más sorpresas, eso espero, por lo menos de mi parte, es todo.

—Sabes, mi presente no me preocupa, lo estoy viviendo cada día, el futuro, tampoco, es obra de mi presente. Trataré de que mi pasado encaje en ellos de la misma manera. Ya todo sucedió y sigo viva.

—Gracias a Dios, me permite seguirte disfrutando mi niña, mira quién viene por allí.

—¡Daniel Sani

—Buena broma amor.

Le estampó un beso, abrazó a Josefina y tomó asiento en lo que le pareció un lugar mágico, lleno de madera y plantas.

—Lindo lugar amor.

—Josefina lo escogió, me gustó mucho.

—Se mira el centro y la parte baja de la ciudad, la cordillera al fondo. Fantástico. Pero tengo hambre, el paisaje y el ambiente no me darán de comer. Pidamos.

Se divirtieron por casi una hora, conversando sobre lo atractivo del pueblo, de esos lugares que parecían resistirse al paso del tiempo. Josefina hablaba con nostalgia, como si quisiera dejar grabadas en la mente de su hija las calles, los colores, los olores de su infancia. Para Alma, en cambio, era como descubrirlo por primera vez. Sabía que no recordaría todo lo que su madre le contaba, pero haría el intento por retener lo esencial: los mojones visuales de su pueblo, las pequeñas anclas de su memoria perdida.

Estaba en ello cuando, de pronto, vio pasar a una joven. Se levantó de golpe, con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—¡Esa muchacha! —exclamó—. Ella… ella estaba en mis sueños.

Josefina la miró sin comprender, y Daniel se tensó de inmediato.

Dejaron a Josefina en la cafetería. Daniel cruzó a la acera contraria mientras Alma seguía a la joven a pocos pasos. El aire parecía haberse vuelto más espeso, casi inmóvil. La muchacha se detuvo, giró con brusquedad, y sus miradas se encontraron.

Por un instante, el tiempo se suspendió.

Daniel no supo qué hacer: no sabía si aquella coincidencia representaba un peligro para su esposa. La más sorprendida fue Alma Lidia, atrapada entre el miedo y la necesidad de comprender lo que estaba viendo

—Hola, ¿la escritora Flor Vega verdad?

—Hola, si, ¿te conozco?

—Creo que no, aunque todos los del pueblo nos conocemos. Tú fuiste alguien del pueblo antes de mudarte.

—Sigo intrigada, porque creo que de alguna manera te conozco.

Daniel se cruzó la calle, llegando junto a ellas.

—Hola, siento el retraso, ¿me presentas amor?

—En realidad, no me has dicho tu nombre.

—Margarita, vivo unos doscientos metros de acá, en aquella parte baja del pueblo —señalando un sector de casas que se perdían entre unos árboles.

—Mucho gusto, soy el esposo de Lidia.

—Gusto en conocerte.

—Daniel, a secas.

—Hola Daniel. Su esposa es una fabulosa escritora, es un honor estar con ella.

—¿Te gustaría acompañarnos a tomar una taza de café? —dijo ella.

—En realidad tengo el tiempo medido, pero me encantaría visitaras mi casa, dejaré mi dirección, pero antes, si no es inoportuno, ¿podemos tomarnos una foto? De inmediato la subo a las redes.

—No hay problema, Daniel nos hará los honores.

Les tomó varias, Margarita sonreía en extremo, no todos los días puedes tomarte fotos con famosos. Le dio las gracias y se marchó.

—¿Por qué la seguiste amor? —Daniel se lo decía, mientras la joven se alejaba despacio, viendo su teléfono y escribiendo algo, suponían que subiendo en las redes las fotos.

—No tuve tiempo de explicarlo, necesitaba hablar con ella, por eso la invité al café, pero la iré a visitar pronto, no sea una premonición.

—No entiendo todavía.

—Lo sé amor, es que ella es una de las personas que he visto flotando. Sus rostros son iguales.

—¿Parecido o era ella?

—Era ella, no cabe duda.

Se dieron media vuelta. Lidia lo tomó del brazo y se apoyó en su hombro, buscando entrelazar su mano con la de él. Caminaron en silencio, tratando de encontrar de nuevo la cafetería donde las esperaba Josefina. No advirtieron que la joven se había detenido. Los observaba desde la distancia; la sonrisa se borró lentamente de

su rostro, dando paso a una expresión seria, casi fría. Sacó el teléfono, les tomó varias fotos mientras se alejaban. Esperó a que desaparecieran entre la multitud antes de continuar su camino.

Llegaron donde se encontraba Josefina, estaba con alguien, una joven de la edad aproximada de Alma.

—Mira mi niña a quién me encontré.

La chica se levantó y abrazó efusiva a Lidia.

—Hola amiga, años sin verte, que gusto encontrarte.

—Jimena mi niña. Tu amiga de infancia, el otro terremoto que te hacía caso en tus locuras.

—Hola.

—Sólo un hola, así simple. Ah, no te preocupes. Tu mami me ha contado todo. La parte oculta claro, sales en los diarios, en televisión, tu parte pública es imposible no haberla seguido. Tengo muchos recortes pegados en la pared de la casa. Me gustaría enseñártelos. Claro, si tú quieres.

—¿Ahora?

—Claro que no, me imagino que el galán a tu lado es tu esposo.

—Perdón Jimenita, sí, es mi yerno Daniel Alonzo.

—Gusto en conocerte, cuídala mucho, tienes un tesoro entre tus manos.

—El gusto es mío Jimena —Daniel notó lo hermosa que era, su cabello ondulado corto, con acentos café, una mirada avellana de ojos redondos y piel blanca. Demasiado blanca pensó, pero lo impresionó. Destacaba por su vestido amarillo de algodón y una bufanda roja. Pensó que era una persona de buen gusto, aparte de buena apariencia.

—¿Te encuentras ocupada Alma?

—En realidad si Jimena.

—Me van a disculpar, pero se las voy a robar, si me dan permiso, prometo cuidarla y llevarla intacta a su casa. Me dirijo al río, una explanada hermosa para ser exacta, descansar y comer algo de lo que llevo en esta bolsa.

—Por mi encantada Jimenita, ¿tú qué opinas Danielito?

—No estoy seguro, tú sabes mama Fina, con todo lo que ha pasado.

—No te preocupes, cuidaré bien de ella. Josefina me estuvo contando muchos detalles al respecto, no pienso despegar un ojo de mi amiga, además, hay mucho de qué hablar.

—No puedo Jimena, gracias por la invitación, será otro día, tengo agendado varios asuntos que tengo que resolver.

—Vamos mi niña, Jimena es tu mejor amiga, tu gran amiga de infancia, no puedes despreciarla así.

—No pasa nada Josefina, la entiendo, fue una invitación de golpe, lo dejamos para otro día, ¿o no amiga?

—Cierto, regálame tu número para estar en contacto.

—Claro.

Garabateó en una servilleta el número de su portátil y se lo entregó, mientras la observaba con duda e incredulidad. Al ser rechazada le sentó mal, más bien fue la sorpresa de la negativa ante su también sorpresiva invitación. Pensaba que era demasiado bueno para ser cierto, tener esa oportunidad de estar a solas con Alma.

—No me lo tomes a mal Jimena, agradezco tu invitación, ya tendremos esa charla de amigas.

—Por supuesto, me disculpo, muy prematura, sólo cuídate mucho, el pueblo, aunque tranquilo, están sucediendo cosas no muy buenas.

—No entiendo Jimena, ¿de qué me hablas?

—Se refiere a los desaparecidos mi niña.

—¿No has vistos los rótulos en varios murales y postes del pueblo amiga? Personas desaparecidas en varios meses.

—Sigues con secretos Josefina.

—No lo creí relevante hija, lo he visto como algo muy particular, no creí necesario mencionarlo.

—¿Cuándo pensabas decirlo?

—Amiga, no quiero ser la incitadora de una pelea madre e hija, las disculpas, sólo consideré que debías saberlo. Entiendo que en el pueblo todos conocen tu problema. Pero es muy peligroso si alguien quiere deambular solo por el pueblo de noche.

—Para nada Jimena, gracias por el aviso, ya que mis seres queridos no me advierten de los nuevos peligros que tenemos.

—Amor, tampoco sabía, llegamos ayer y no le puse atención a los rótulos hoy por la mañana. Tu amiga tiene razón, creímos que era muy seguro poder caminar por las calles de noche.

—Todavía lo es amigos, sólo que no lo hagan solos. No sabemos a lo que nos estamos enfrentando.

—Podrían ser personas que buscan otra vida, otro inicio. —dijo Lidia.

—Puede ser, la policía sabrá al respecto, pero no se han pronunciado, cuando uno les pregunta, dicen que siguen buscando pistas.

—¿Conocías alguna de ellas Josefina?

—Si mi niña, una vecina, una gran amiga. Tomábamos el café por las tardes, en la terraza.

—¿La reportaron los familiares?

—Primero me preguntaron a mi si se quedó en casa, ante mi negativa, pusieron la denuncia, las acompañé para dar veracidad al suceso. Lleva dos semanas desaparecida.

—Menos mal que ya no tenías secretos Josefina, no quiero imaginar que otra sorpresa tendrás guardada por allí.

—Bueno, los dejo, antes que sea el ángel de la discordia. Josefina, amiga, cuídate mucho, en verdad es un enorme placer el tenerte por acá, ¿cuánto tiempo piensas quedarte?

—No menos de un mes.

—Tenemos tiempo de sobra para ponernos al día. Daniel, un gusto, cuídala galán. Está guapo tu esposo, cuidado, no por los secuestros, andan muchas chicas solteronas buscando y no les importa su estado.

—Mucho gusto Jimena, pero sólo tengo ojos para una escritora.

—Alma, amiga, de nuevo, hasta luego, tienes mi número, háblame, sino seré la tóxica amiga que tendrás día y noche marca que marca.

—Estaremos en contacto y de nuevo las disculpas por no acompañarte, sólo terminamos el desayuno por acá y hacer tareas.

Jimena se marchó parsimoniosa, viendo a todos lados, en un giro les hizo ademán con la mano, regresó a su postura de caminado y se perdió en las calles de Andalucía de Castella. Alma no la perdió de vista hasta que se esfumó de su campo visual.

—¿Qué pasó hija? ¿Por qué no la acompañaste?

—Me aclaras algo Josefina, claro, si lo sabes. Se fijaron que siendo su gran amiga de infancia, que no ha perdido sus recuerdos, jamás me llamó por un diminutivo o apodo. Siempre mi nombre a secas. ¿Sabes Josefina cómo ella me decía?

—No me fijé en ese detalle hija, a lo mejor por la forma en que le hablaste, recuerda que siempre ha sido sensible.

—¿Cómo me decía Josefina?

—¿Amor, no crees que estás exagerando las cosas?

—Lili, siempre te ha dicho Lili. También Lid como apodo. Pero creo que fue más por herir sus sentimientos. Puede pensar ella también, yo lo haría, que te has vuelto altanera mi hija, no desconfiada.

—Mamá Fina tiene razón, desde tu hola, hasta la forma fría de tratarla. Suficiente para cambiar su modo y mantener distancia.

—Hace años que no sentía algo así, ¿sabes? Perdón si parezco desconfiada, pero desde aquella chica que me pidió un mechón de cabello, en el seminario de escritura que patrocinaba la editorial de Laura… —hizo una pausa, buscando en la memoria—. Claro, hubo un par de casos más, nada grave, pero desde entonces evito quedarme a solas con personas que apenas conozco. Podría contarlas con los dedos de una mano. Laura, Paula, Daniel, Josefina y recién he agregado a Quita. Está Carlita, la asistente de Laura. Puedo sumar a Estela, la de la librería, que me ha inspirado confianza. Se imaginan, siete personas en toda mi vida que puedo darles un voto de confianza, unos más, otros menos, en seis años de vida con recuerdos.

—Eres muy selectiva amor, romántica y un ángel; a esa chica, la del mechón, recuerdo que ni le acusaste. La dejaste ir.

—Le firmé diez libros, ¿qué deseabas que hiciera? Además, se disculpó llorando.

—Claro, a lo mejor para arrancarte otros mechones, confesó que deseaba tenerlos para las buenas vibras de escribir. Inspiración espiritual le llamó. La dejas y tendría una esposa sin pelo.

—¿Todo eso te pasó hija? ¿Por qué no me contaste?

—Todos tenemos secretos Josefina, estoy bromeando y me desquito por ocultarme lo de las personas desaparecidas. Se me escapó, al menos soy sincera. Tengo la excusa de mi memoria.

—Muy cruel con Mama Fina amor, mejor me retiro, se acerca la hora de la reunión en línea. Ver cómo se encuentran los sistemas de seguridad de las oficinas. Así que Chao, las dejo charlando, creo que tienen mucho que hablar.

Le estampó un beso a Lidia y se marchó por las pintorescas calles de piedra gris, caminando como si todo el tiempo del mundo le perteneciera. Alma se giró a su madre y le dirigió una tierna mirada.

—Lo siento Josefina, en verdad lo lamento. Pero debes entender que soy reacia a las personas, en especial a las que no conozco. Si las charlas y seminarios, no entiendo cómo pude darlas. Por eso rechacé a Jimena, en verdad no es nada personal. En especial si ella y tú dicen que es mi gran amiga de infancia. Pero, insisto, no me llamó por ningún apelativo de entrañables compañeros. A lo mejor como tú dices, se puso a la defensiva y se cerró. La llamo mañana para invitarla a cenar. ¿Estás de acuerdo?

—Me encanta la idea, tengo suficiente para hacer una variada comida, por ese lado no te preocupes. Me alegra que la invites hija. Recuerda que ella ha tomado muchas malas decisiones, y algo raro no lo dudo.

—¿A qué te refieres?

—Ella fue de las últimas reportadas como desaparecida, hace como dos meses de ello y luego se aparece como si nada.

Alma se quedó pensativa y con más preguntas que respuestas.

Capítulo 7-Revelaciones

Los ecos del pasado resonaban en la estancia, sin poder penetrar en su memoria. Agolpados en instantes, colgaban de las paredes, mostrando una historia de su tiempo, que no recordaba. Sentada al borde de la cama, como un barco de búsqueda de un tesoro perdido, se aferraba a los vestigios de los olores matinales, respirando profundo y apretando las sábanas con sus manos. Miraba la costa de sus recuerdos, pero su mente era una embarcación a la deriva que no tocaba puerto. Buscaba un faro entre la neblina, que la salvara. Una pared de oscuridad la bloqueaba, hundiendo cualquier atisbo de luz. Aferrada al mástil, se estaba dejando llevar por la marea hacia las aguas profundas del olvido.

Miró las fotos sobre la cómoda. Era ella, sin duda. Pero esa vida no le pertenecía. Había imágenes recientes, de los últimos seis años junto a Josefina, su madre. Fugaces visitas a la casa que la vio correr en la infancia, frenar en seco los giros de la adolescencia y despegar en la madurez. En una de las fotos, sus padres aparecían a su lado; ella, una niña, con una sonrisa desbordada que ya no reconocía.

Se preguntó qué era la vida sino una secuencia cíclica —nacer, crecer, reproducirse, morir—, una repetición que parecía no tener propósito. Recordó la tumba de su padre, el día en que lo visitaron. Un golpe en el pecho, el cuerpo desplomado, la voz quebrada de Josefina nombrando algo que no entendió: *paro cardiorrespiratorio*. Lo vio caer en su mente, como si lo contemplara a través de un cristal empañado. Pero la escena era ajena. No recordaba nada, sólo la sensación de haber perdido algo que jamás recuperaría.

Se levantó, lavó, tomó una ducha y bajó las gradas, se asombró no encontrar a Daniel. Sólo a su madre.

—Buenos días, Josefina.

—Buenos días mi niña, siéntate, estoy terminando de preparar el desayuno, ya te sirvo.

—¿Quieres que te ayude?

—Ya casi termino.

—¿Has visto a Daniel?

—Salió temprano, fue a la ferretería a comprar unas cosas, en realidad no le entendí a lo que se refería. Dijo que no tardaba.

—Unos cuadros tienen los clavos casi caídos, les pondrá anclas plásticas y creo que comprará unos tornillos para sustituirlos.

—No me fijé hija.

—No te preocupes, son de mi cuarto y aparte de la limpieza me imagino que lo mantienes tal cual lo dejé.

—En eso tienes razón.

—Que rico huele todo Josefina.

—Ya te sirvo hija, me alegra que se sienta bien, ya me dirás cuando lo saborees.

Ambas se sentaron y disfrutaron del desayuno, Alma tenía una pregunta atorada, pero lo dejó estar hasta que terminaran. Pan, huevos, frijoles, crema, queso y café con leche, desfilaron por la mesa. Sin faltar el jugo de naranja. Cuando estaban descansando y el viento se volvió la única entidad parlante, lo soltó.

—Josefina, quiero hacerte una pregunta. No espero que me contestes, si no lo deseas.

—Me preocupas hija, mucha preguntadera y me da miedo, siento que será muy personal.

—¿Con lo sucedido antes y lo que está pasando ahora, consideras que me estoy volviendo loca, que siempre he estado loca y que necesito tratamiento en una institución?

Se le quedó mirando sorprendida, la agarró a quemarropa la pregunta, era algo que ella misma siempre se cuestionó, la premisa nunca se anteponía en su cerebro, era una dicotomía de luchas sentimentales. Siempre ganaba lo maternal, pero en el aire flotaba esa nube siniestra. Ahora era más fuerte, ante la confesión de su hija del regreso de las alucinaciones. Ya casi olvidaba todo, el triunfo profesional de Alma, verla como una triunfadora, aunque para ella, su puesto de camarera, verla con amigos que la querían, ya era un triunfo y satisfacción de madre.

—¿Por qué la pregunta?

—Josefina, lo que vivo, lo que respiro, lo que siento, me pertenecen. Pero no puedo ser objetiva conmigo, siempre seré benevolente, misericorde, en especial con esto. Si varias personas a las que me une un enorme sentimiento me dicen que estoy loca, algo cierto será.

—Nunca pienses así hija, millones pueden amarte, hasta tu madre y decirte tantas veces como quieran que estés loca. Pero eso nunca será una verdad, porque eso dependerá en exclusiva de ti. Así que nunca digas eso mi niña. Que, si lo pensé, perdóname por hacerlo. Tu condición empeoraba y estaba desesperada, porque nunca lo acepté, lo pensé, pero nunca lo aprobé. Luego apareció tu ángel de la guarda. Tu amiga Paula, psiquiatra de profesión, pero un alma que te rescató del abismo y te trajo de los oscuros rincones en los que te debatías. Pude respirar aliviada, cuando poco a poco vi que tu vida se volvió grandiosa, que la enfermedad se esfumó, tu fama, tu esposo. Volviste y sólo eso me hacía feliz, aunque ya no me visitaras, aunque tuviera que saber de ti por medio de los periódicos. Cada llamada que me haces son mis momentos de felicidad, saber que te encuentras bien, que vives una vida que tantas personas anhelan. Pero siempre estaban las pequeñas piedras del pasado, ese muro infranqueable que no te permite completarte. Para mí ya eres completa, eres feliz. Es todo lo que puedo contestar mi hija.

Ambas se abrazaron, Alma sintió un enorme peso en su corazón, quería arrojarlo, pero se le fue hasta volverse un nudo en la garganta. No lloró, pero los espejos del alma se volvieron brillantes por unos breves momentos.

—Gracias por sincerarte Josefina.

—Deseaba con toda el alma este momento y confesarte mi niña, es mi mayor deseo de que seas la chica alegre que me gastaba bromas todo el tiempo. No importa si eso te vuelve una camarera de nuevo, quiero verte feliz. La antigua Alma que deseaba recorrer el mundo, viajar por todos los rincones del planeta. Te has vuelto seria, pensativa, ensimismada hacia tu interior, como si te buscaras por dentro y buscaras algo que sólo creo, lo puedes encontrar afuera. Pero te digo, algo, ese es mi anhelo, pero ante todo eres mi amada hija y por ello, siempre te aceptaré como seas, como te transformes,

siempre esta será tu casa. Voy un momento a la cocina y traigo los panecillos que dejé a fuego lento.

Se alejó bajo la mirada de Alma, quien ya no dijo nada. Seis años y nunca escuchó esas palabras de su madre, tomó un sorbo de café y se quedó contemplando el bello jardín de la terraza, pensando que, con toda la entrega de Josefina, ¿por qué sentía que no era su madre?

Capítulo 8-Encuentro inesperado

Daniel Alonzo se sentía inusualmente inspirado. Una brisa descendía desde las montañas y corría por el valle, fresca y ligera, como si quisiera elevarlo con ella. Hacía años que no sentía esa sensación: el cosquilleo en la piel, el impulso infantil de correr bajo la lluvia, de hundir los pies en el lodo sin pensar en el tiempo ni en la edad. Por un momento, sus cuarenta y dos años se disolvieron. Volvía a ser un chaval. —Demasiado tiempo encerrado —pensó.

Desde el mirador de la plaza, contemplaba el resplandor que el sol arrancaba de la laguna. El bosque parecía inclinarse para abrazarla, y el amanecer, con sus tonos dorados y naranjas, vestía el pueblo de una luz amable. No estaba solo. Los lugareños también se acercaban temprano, atraídos por la calma del lugar, por ese espectáculo gratuito que la naturaleza ofrecía cada día.

Daniel sonreía sin darse cuenta, con una curva apenas visible en los labios. Pero su atención no era completa. Algo en su entorno lo mantenía alerta. Sintió una presencia demasiado cercana, el roce casi imperceptible de alguien detrás de él.

Pensó primero en las bolsas que llevaba —clavos, anclas plásticas, nada de valor—, luego en su cartera, guardada en el bolsillo trasero, al otro lado. Su instinto le advirtió que algo no iba bien. Giró el rostro discretamente, buscando a otro posible cómplice que lo distrajera, pero todos estaban a varios metros.

Cuando volvió la vista al frente, se encontró con ella.

Jimena.

El sobresalto lo recorrió entero. Estuvo a punto de dar un brinco.

—¿Te asusté?

—Hola, no, fue la sorpresa.

—Ante todo buenos días, esposo de Lidia. No recuerdo tu nombre, siempre soy mala para nuevos nombres.

—Daniel.

—A secas.

—Daniel Alonzo.

—Lindo nombre. Un gusto encontrarte, muchos en el pueblo bajamos o subimos a contemplar este amanecer, luego a nuestras actividades.

—Me imagino. ¿Eres la amiga de mi esposa?

—Ella misma. ¿No me digas que ya me olvidaste? Si ayer nos vimos. Olvídalo, tablas, nuestras memorias no andan bien por lo que veo.

—Un punto a mejorar, en eso estoy de acuerdo.

—¿Cómo está mi amiga?

—Pregunta retórica, general, parece tener varias connotaciones.

—Es una simple pregunta, discurro, no tiene ningún truco en ello.

—Bien, considero que se encuentra bien, luego de que entre mamá Fina y mi persona la regañamos.

—¿Pasó algo? —. En su mirada se despertaba la picardía de alguien que sabe.

—Vamos, fue por ti, así que deja esa sonrisa de advertencia, como si no supieras.

—Eres listo Danielito. Veo a mi amiga de infancia y me gano un desprecio. Al principio lo tomé por lo sano, una celebridad, años de no vernos, su problema. Pero luego me digo que está en lo cierto.

—¿A qué te refieres Jimena?

—Nada, estoy hablando en voz alta, pero repito lo dicho.

—Me refiero a estar en lo cierto.

—¿Quién es Alma Lidia? ¿Puedes responderme?

—Mi esposa. ¿Cuántos años has convivido con ella?

—Quince, dieciséis años, luego encuentros esporádicos ante la muerte de su padre. Se marchó a Madrid.

—La conoces mejor que yo. Los míos han sido seis años de una compañía de ensueño.

—Con la nueva Alma Lidia, la escritora.

—Si es una insinuación a que vivo de su dinero, muy equivocada.

—No te preocupes Danielito, tienes mucho dinero de tus programas, aún sin ella vivirás bien.

—¿Perdón? ¿Sin ella?

—Todo sucede Danielito, por ser jóvenes maduros no estamos exentos de irnos de este mundo o de alguien.

—Te hemos defendido para que la apoyes, a lo mejor contigo recuerda.

Ella lo miró directamente, por un instante como para afirmar sus palabras.

—Recordará Danielito, o una u otra, quienquiera que sea, pero recordará.

—¿Piensas que se volverá loca y tendrá diferentes personalidades, de eso hablas, te atreves a decir eso?

—Confundes mis palabras Danielito, ella seguirá siendo Alma, sea la de los recuerdos, sea la nueva Alma que has conocido. Todo se encuentra en su interior, pero debe tener ayuda para lograr su propósito o cumplir su destino.

—¿Cuál es ese destino?

—¿Crees en lo sobrenatural Danielito?

—Para nada, son cuentos chinos para manejar y entretener a las mentes débiles. ¿Por qué lo dices?

—Conocí una chica, una niña muy alegre, vivaz, risueña. No sabes cuánto reíamos juntas, me gustaba ser una especie de payaso para ella, eso me daba vida, poder ser divertida e importante para alguien. Por eso mi amistad con Lidia se solidificó, hicimos un vínculo. La muerte de su padre me la arrebató, no cambió en absoluto, pero un halo de vida se fue desvaneciendo en ella. Andalucía de Castella ya no le era suficiente para todo lo que deseaba demostrar.

—¿Qué deseaba demostrar?

—Que era digna de su padre, logrando enormes cosas, se propuso triunfar a toda costa, aún de ir desechando a todos alrededor, aunque fuera de manera inconsciente.

—Cuando se fue a Madrid ¿ya no se comunicaron?

—Pocas ocasiones, nos fuimos alejando, me dediqué a cuidar a mis padres por completo, hasta sus muertes. Así que solo unas

cuantas llamadas en festividades hasta el suceso. En su memoria no existo. ¿Muy raro creo, olvidar a su entrañable amiga de infancia? No me hagas caso, no comprendo ni entenderé esos desvaríos mentales. Apenas si los entiendo al ver a los abuelos que se les desvanece la memoria sin recordar más a sus seres queridos. Muy triste.

—Pero Lidia lo hará, recobrará su memoria.

—Es un hecho, acabo de afirmarte que sucederá de una manera u otra, sólo prepara tus maletas para un viaje a la chica que termine siendo, pueda que no te guste lo que veas.

—Sigues muy enigmática. ¿Por qué debo creerle a una amiga que la desconoce, que está hablando en claves de ella? En realidad, no sé nada de ti Jimena.

—No espero que me creas Danielito, hasta he pensado que en su momento no puedas conocer a ninguna de ellas.

—Del lugar que vengo eso me suena amenaza.

—Acá donde te encuentras es charla amena sin sentido. No te lo tomes literal, sólo digo que grita por ayuda.

—Al fin estamos de acuerdo en algo. ¿Se te ocurre un primer paso?

—Hacerle una visita, platicar, recordarle viejos tiempos, ese es mi primer paso.

—Visto bueno a esa sugerencia, veo que mejora la charla.

—Prefiero de esa manera Danielito, las cosas no pintaban cuando mencioné lo sobrenatural. Poner los pies en la tierra le dicen.

—Incoherencias para mí, esto es ciencia, lo que le sucede a Lidia es en su cerebro, millones de neuronas dormidas y recreando recuerdos que ella vive.

—Alucinaciones.

—No he dicho eso.

—No es necesario, lo dejas claro.

—Veo que te gusta encasillarla y no de manera positiva.

— Sigue pensando lo que consideres, pero cuando suceda no me digas que no te lo advertí. Hasta luego Danielito, nos estaremos viendo hasta el fin de tu tiempo. Le dio una palmada en la espalda, sin notar el halo de luz que emanaba de Jimena.

El esposo de Alma la contempló mientras se alejaba, frugal, como si acabara de dictar una loable conferencia, se pavoneaba, quedó con más dudas sobre quién era de verdad Jimena y de sus intenciones. En especial la insistencia de que él se iba de este mundo, ¿amenaza, broma, presagio? ¿Quién era Jimena en realidad? Sin saber que su tiempo en La Tierra iniciaba una posible cuenta regresiva.

Capítulo 9-Pesadillas

El dormitorio parecía una oficina improvisada: papeles sobre la cama, notas abiertas, un caos ordenado bajo la penumbra. Afuera, la noche se deslizaba por el pueblo, encendiendo faroles como luciérnagas disciplinadas que iban marcando el paso del silencio.
Alonzo recogía hojas dispersas, más por distraer la mente que por poner orden. De vez en cuando, alzaba la vista hacia su esposa. Ella ayudaba con la misma seriedad de siempre, aunque su mirada vagaba lejos, en otros mundos. Las palabras de aquella amiga —la chica que decía conocer a Lidia desde hacía años— aún le retumbaban: *cosas sobrenaturales, almas que no eran suyas, presencias ajenas en su interior.* Trató de tomarlo por el lado racional, como un brote de creencias ancestrales que sobrevivían en la memoria colectiva del pueblo. Pero algo le incomodaba. ¿Y si no era solo eso? Recordando los rumores de los últimos días: personas que habían muerto sin explicación, una enfermedad que nadie lograba definir, desapariciones que coincidían con el regreso de las alucinaciones de su esposa. ¿Pura casualidad? Encajaba demasiado bien para serlo.Y ahora aparecía Jimena, ¿una adivina?, ¿una farsante?, ¿una mente rota?, con palabras que no podía olvidar.

—Amor, Lidia ¿Confías en Jimena?

—¿A qué viene la pregunta?

—Me la encontré en la mañana en la plaza.

—¿Y?

—Considero que no debes de confiar en ella.

—¿Es mi amiga de infancia? ¿Dónde me pone esa confianza? Estoy entre dos mundos, atrapada entre personas que no recuerdo, a las cuales debo de dar mi voto de compañerismo porque formaron parte de mi pasado.

—Te entiendo amor, pero por lo mismo, debes ser cautelosa. Con sinceridad, de todo el pueblo, sólo confío en tu madre.

—Tienes razón, pero la fe en las personas de mi lugar de origen, en especial las que formaron parte de mi vida, no dejan de penetrar en mi interior.

Apretaron sus almas entre suspiros, dejando que el silencio les hablara mientras se miraban y se alimentaban uno del otro.

Formaron parte esa noche de la quietud, a su modo, entregados, arropados juntos.

Esa noche volvió a soñarlo. El río. Los Flotantes. Brillaban como luciérnagas varadas, destellando en la oscuridad. En su cabeza resonaban los gritos, pidiendo ayuda, uno tras otro, hasta confundirse con el murmullo del arroyo.

Sin pensarlo, se metió al agua. Era extraño: apenas le cubría los tobillos, podía ver el fondo, como si caminara sobre un cristal líquido. Avanzó entre sombras y reflejos, saltando para alcanzar a alguno de los cuerpos que flotaban cerca. Rozó uno.

Entonces todo cambió. El torrente se tragó su serenidad y recuperó su profundidad. Se hundió. El pánico la devoró.

Luchó por subir, pero el agua era densa, pesada, como si tuviera voluntad. Rayos de luna se filtraban desde la superficie, moviéndose como lanzas danzantes. Miró hacia abajo: en el fondo, distinguió tumbas. Cruces de madera cubiertas por algas. Nombres borrados por la corriente.

Intentó nadar hacia arriba, pero algo la sujetó. Una mano fría, despellejada, le atrapó la pierna. Tiró de ella hacia las profundidades. Otra más se unió. Luego otra. Las sombras se cerraron a su alrededor, abrazándola, impidiéndole gritar. Solo un silbido escapó de su garganta, ahogado bajo el agua.

Despertó gritando. Su esposo la sujetó, la acuñó contra su pecho. Ella temblaba, empapada en sudor. Josefina irrumpió en la habitación. El silencio siguiente fue más helado que el sueño.

—Ya pasó amor, sea la pesadilla que hayas tenido, ya pasó.

—¿Qué sucedió hija?

Enlazada con Daniel, sentía el deseo de dejarse ir, dormirse, sin responder.

—Pesadillas.

—Al menos eso ha sido, no alucinaciones, sólo una terrible pesadilla.

—¿Cómo te sientes hija, quieres una pastilla?

—Estoy bien Josefina, lo peor ya pasó. Eso creo. Gracias.

—Estaré en mi cuarto por si necesitas algo, ¿o deseas que me quede contigo?

—Estoy bien, no te preocupes, ve a dormir y de nuevo gracias.

Se recostó en el pecho de Daniel, escuchó sus latidos y su cabeza subía y bajaba con los ritmos de respiración de su esposo, eso la relajaba.

—¿Cómo estuvo amor, agitado, lograron atraparte?

—Sí, me atraparon bajo el río.

—¿Algo diferente?

—Mucho amor, intenté ayudar a los seres flotantes, lo extraño es que el río carecía de mucha profundidad, no pasaba de mi tobillo. Brinqué y al caer me fui hasta el fondo. Vi tumbas en el lecho del río. Eso me asustó y busqué la superficie, fue cuando algo me atrapó sin dejarme subir. Sentía que me ahogaba. Me desperté gritando. Se están volviendo de miedo mis sueños, muy seguidos.

—Pero soportables, las alucinaciones son otro nivel.

—¿Consideras que debo llamar a Paula?

—Creo que no, ya suficiente tienes con los tranquilizantes recetados, te duplicará la dosis y no veo que ayuden mucho.

—Muy cierto. Temo que pronto venga otra alucinación, está sucediendo luego de pesadillas recurrentes. Si continúan tendré que internarme.

—Yo te cuido, recuerda que puedo trabajar desde casa, estarías en cuarentena hasta que te pasen. La psiquiatra que haga las visitas a domicilio.

Lo envolvió, era su consuelo, la única persona después de su madre que la alentaba. Pero sabía que su vida se estaba desmoronando y que debía actuar, antes que se volviera por completo loca, sumergida en un mundo que no entendía, ni conocía, perdiéndose de la realidad.

Daniel la abrazaba, mientras en su mente resonaban las palabras de Jimena.

Capítulo 10-La Entrevista

Alma se dejaba acariciar por el viento. Los mechones castaños se le enredaban en el rostro, ocultando las lágrimas que se negaban a caer del todo. Caminaba despacio hacia la comisaría del pueblo, sin avisar a nadie. Había dejado una nota para su madre y un breve mensaje para su esposo: *me tardaré*.

En el pueblo, el tiempo no corría, reptaba. El reloj de la plaza le recordó a un caracol que avanzaba sin prisa, ajeno a la urgencia de los tiempos modernos y su rapidez.

La comisaría era un par de casas unidas, gemelas de color crema con bordes marrones, abrazadas bajo el mismo techo. El acceso principal, al costado derecho, era un portón abierto que en otro tiempo habría sido una cochera. Al fondo, una pequeña recepción de madera olía a barniz viejo y café recalentado.

Una agente atendía a una mujer de rostro cansado. Hablaban en voz baja, y el nombre de una hija desaparecida se deslizaba entre sollozos. La oficial revisó una libreta y movió la cabeza en silencio. La mujer se marchó despacio, con el cuerpo inclinado, como si cargara sobre los hombros el peso del mundo.

Alma la siguió con la mirada, sintiendo la punzada de un impulso: pedirle que le mostrara una foto. Quizás reconocería a la muchacha entre los rostros de los *Flotantes*. Pero se contuvo. Había demasiado dolor en esa escena como para hurgar en él.

Entonces, una voz la llamó desde el fondo del pasillo.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Claro, perdón, la persona se me hizo conocida —lo decía mientras se volteaba hacia recepción. —¿me decía?

—¿Si le podemos ayudar en algo?

—No tengo cita previa, pero deseaba hablar con el oficial a cargo de la comisaría, si se encuentra disponible, claro.

—El subinspector Ramos se encuentra muy ocupado, pero si me dice el motivo, puedo ver si le atiende.

—Soy escritora, pero aparte soy de acá del pueblo y deseaba poder hablar con él. El motivo sería de carácter muy personal.

—Veré que puedo hacer. Pero sin citación será muy difícil. ¿Su nombre?

—Alma Lidia Flor Vega.

La oficial levantó de inmediato el rostro y abrió los ojos en una expresión de sorpresa.

—¿La famosa escritora de las aventuras de Don Filomeno?

—Quite lo famosa y sí, está frente a ella.

—En verdad es un honor, la admiramos, en mi grupo de lectura hemos leído sus dos novelas y nos da un orgullo enorme el que sea de esta ciudad. Le preguntaré si puede atenderla.

—Se lo agradecería mucho.

Luego de unos momentos la vio regresar con una enorme sonrisa.

—Dice que puede pasar, que se encuentra ocupado, pero que puede darle unos minutos. ¿Le molesto?

—¿Sí?

—Una selfi para el club de lectura, seré la envidia de todos y le dará prestigio a nuestro nido de libros.

Contestó de manera afirmativa y se formó junto al rostro de la oficial, ambas sonrieron y el *flash* se activó un par de ocasiones.

—¿Su nombre oficial?

—Teresa García.

—Muchas gracias, oficial García, ¿me puede mostrar el sitio?

La voz provenía de una mujer uniformada que la condujo por un pasillo angosto. A cada lado se abrían espacios donde el aire olía a papel viejo, tinta y café rancio. Entre las mesas, los oficiales se inclinaban sobre pilas de documentos, murmurando nombres, fechas, lugares.

Alma avanzaba despacio, siguiendo el eco de sus propios pasos. Le pareció que cada carpeta abierta escondía un fragmento de historia inconclusa.

Al final del pasillo, una puerta con letras doradas en la madera rezaba: **Comisario Rojas**.

La agente le abrió la puerta y, antes de marcharse, le dedicó una sonrisa breve, apenas un gesto que se adivinó más en el movimiento de sus labios que en la expresión del rostro. Alma respondió con un leve asentimiento, sabiendo que aquel umbral no era uno cualquiera: al cruzarlo, algo de su pasado podría despertar.

—Pase, pase.

—Gracias por recibirme sin cita previa subinspector Ramos.

—No todos los días tenemos a una celebridad de España, pero sabe ¿cuál fue el motivo de no tardarme en recibirla?

—¿Me ilustra?

—Pertenece a este sitio, nació acá, es una hija de Andalucía de Castella. Sólo espero que no venga a poner una queja o algo peor. Aunque qué otro motivo le traería a una comisaría.

—Gracias por sus palabras, seré honesta.

—Por favor.

—Vine a mi pueblo a descansar y realizar el avance de mi próxima novela. Deseaba entrevistarlo referente a unos sucesos para ver si puedo tomar de ellos las ideas.

El oficial se quedó pensativo, sus manos dieron esa actitud en forma de pirámide mientras apoyaba los codos sobre el escritorio y la veía penetrante.

—Le diré, sé por dónde va la cosa, pero me disculparé por ello, al ser casos abiertos, no podré darle información alguna.

—Oh no, me ha malinterpretado subinspector.

—¿A qué se refiere?

—Entiendo que no puede hacerlo. Quiero que comprenda que soy de acá, pero he vivido en la ciudad y no estoy al tanto de los sucesos. Sólo deseo que de manera superficial me indique qué ha pasado en mi pueblo. Como si hablara con cualquier ciudadana que le pide el favor de informarle.

—Bueno, en ese caso, puedo atender de manera superficial y no oficial sus preguntas.

—No hay preguntas, sólo que me hable sobre todos los acontecimientos que tienen a la policía y a la Guardia Nacional, colocando carteles y creando rumores en las personas sobre sucesos que han trastocado la vida de un lugar tranquilo.

—Sigue siendo un lugar tranquilo.

—Pues según algunos ciudadanos, incluyendo a mi madre, añadiendo los rótulos en paredes y postes, no parece ser así.

El oficial se inclinó hacia atrás sobre la silla, sin despegar sus manos, con sus dedos casi apuntando a la escritora.

—Sólo son dos casos, a lo mejor nunca se han relacionado, posible no tengan nada que ver uno con el otro. Sabe de lo último, personas desaparecidas en todo el pueblo.

—¿Sabe cuántas son?

—Me dijo que sin preguntas.

—Lo siento, tiene razón, lo dije, me arrepiento.

—Pero le responderé. Se han reportado en los últimos meses veinticinco desapariciones. Todos jóvenes o adultos jóvenes que no tenían motivos para largarse de casa. Es nuestra primera hipótesis por si desea preguntar. Pero son demasiados en un lapso muy corto. Sospechoso. Investigamos los pueblos cercanos, cámaras de vigilancia de cuanto pudimos incautar. Nada. Evaporados, un sin sentido que perdura. No sabemos su condición en estos momentos. Nada más que se fueron. Los familiares preguntan a diario, se molestan, hemos hecho lo posible. Mira esta pila de documentos, son de cada uno de ellos. Son copias claro. Los originales se encuentran archivados y otras copias las tienen los agentes encargados del caso. Dos tercios del tiempo de ellos son dedicados a buscarlos, entrevistar, atar cabos. Hacen lo que pueden.

—¿Y ese otro montón de documentos a su lado derecho?

El oficial suspiró y no le dijo nada de hacer la pregunta, miró con tristeza y frustración la torre que se alzaba en su escritorio.

—Es el otro caso. Hace seis años —Hizo una pausa, como buscando en su memoria la película que proyectaría, pero que era real y le dolía. —murieron de manera casi consecutiva ocho personas del pueblo, todos en una noche. El diagnóstico fue ataque al corazón. Siempre personas jóvenes y adultos de ambos sexos., fuertes, de buena salud. Investigamos, nadie con antecedentes cardíacos, por el contrario, varios de ellos tenían reciente un chequeo. Todo bien. Lo más extraño, nos enviaron noticias a los dos

días posteriores, de seis personas fallecidas bajo las mismas circunstancias, pero todas de Madrid.

—Donde vivo.

—Exacto.

—¿Me investigaron?

—Por completo, pero no encontramos evidencia alguna. Además, unos minutos del fallecimiento de la última persona tuvo usted su fatal ataque y se fue directo al hospital. La dejamos como una superviviente de todos ellos. Catorce muertes, una sobreviviente. En realidad, fueron órdenes del Comisario Rojas.

—¿Estoy entre esos papeles?

—Así es, pero no puedo pasarle su expediente.

—Comprendo.

Alma se llevó una mano a la boca, parecía que no cerraba sin ayuda. Aquello se volvía más loco cada vez.

—¿Puedo saber por qué descarta la hipótesis de huir de la ciudad?

—No puedo hablar por todas ellas, pero un caso en particular hace que todo tome un giro diferente. Le pido que no lo comente con nadie, aunque sea algo que se habla en todo el pueblo.

—¿Referente al caso especial?

—Exacto. La desaparición del comisario Rojas.

—¿No ha pensado que él sea el líder de una secta que se los ha llevado muy lejos?

—Ahora comprendo el pensamiento de los escritores, pero le diré señorita Flor…

—Señora.

—Señora Flor Vega, esto es la vida real, conocí al comisario y le puedo asegurar que su imaginación ha volado muy alto.

—Me disculpo, enarbolo ideas y siempre ha sido en voz alta, he sido persona muy solitaria. Lo siento mucho al respecto y como dice subinspector, ese detalle pone las cosas bajo otra perspectiva. He quedado bloqueada con esto último. Ver la posibilidad de ser la única sobreviviente de un raro caso colectivo que afectó a personas de mi pueblo.

—Le pediré un favor, usted es una celebridad, una escritora y puede negarse, hacer lo que desee. No podré impedirlo, pero el favor es que mientras no se tenga resuelto cualquiera de ambos casos, lo mantenga en silencio y no lo utilice como material de sus novelas.

—Tiene mi palabra, por las personas de este pueblo.

—Se lo agradezco.

—Me ha dejado con más preguntas que respuestas, venía por una entrevista y me llevo un caso en el cual estoy involucrada.

—Le aclaro que no en calidad de sospechosa, sino como víctima.

—Claro, la triste sobreviviente. ¿Cree que ambos casos estén unidos?

—Por la naturaleza de ambos y la distancia en tiempo, diría que son dos casos diferentes, pero nunca hay que dar por descartado nada. Uno es de muertes, el otro, desapariciones. Este mundo es muy bizarro y loco.

—Si puedo ayudarle en algo cuente conmigo.

—Con su discreción será suficiente. ¿Le puedo ayudar en algo más? Tengo que seguir revisando otros casos y como puede apreciar, hay muchos oficiales afuera que desean platicar conmigo.

—No, le agradezco su tiempo subinspector y le deseo mucha suerte.

—Lo aprecio. Recuerde, hay cosas en la vida, oscuras, que llenan el alma de los hombres de una maldad que nunca entenderemos y en ese manto negro, buscamos las respuestas que esa malignidad deja a su paso. Sea lo que esto sea. No soy muy creyente de lo que no veo, pero hay cosas señora.

Ambos se levantaron mientras ella asentía de manera afirmativa a sus últimas palabras. Se quedó admirado de la bella presencia y de una luz especial que emanaba de la escritora, algo sin poder describir. La vio salir y conminó a sus subalternos a pasar.

Alma salió a la calle, eran cerca de las once, pero sentía que la mañana empezaba, un frío enorme recorría su cuerpo. Por alguna razón, que intuyó en la mirada del oficial, ambos casos estaban relacionados y ella sentía que de alguna manera formaba parte de

un enredado evento, el subinspector lo sabía y le mintió de la misma manera en que ella se guardó la verdad de objetarle que mentía.

Capítulo 11-Margarita

Alma estaba azorada. Pequeños pigmentos de su historia parecían desprenderse del aire, como si el mundo los recordara por ella. Todos conocían su biografía; ella, en cambio, era una desconocida dentro de su propia vida.

Miró a su alrededor. En la acera, bajo la sombra generosa de una encina que se alzaba más de quince metros, un pequeño café bar ofrecía tres juegos de mesas y sillas, dispuestas con una simetría casi obsesiva. Aquel orden le resultó reconfortante, como si el mundo aún guardara algún sentido.

Tomó asiento, dejando que el murmullo de la calle la envolviera. El viento arrastraba el aroma del café recién molido. Una joven vestida de negro, con pantalones de mezclilla y blusa blanca, salió del interior y se acercó con una sonrisa contenida para tomar su pedido.

—Buenos días, gracias por visitarnos, le tomo la orden.

—Hola, buenos días, un capuchino con una quesadilla por favor.

—¿Algo adicional?

—No, por el momento sólo eso.

—Enseguida se lo traigo. ¿Le dejo el menú?

—Gracias, si por favor.

Relajada. Esa palabra la definía. Por primera vez en mucho tiempo se sentía libre, una mujer anónima entre desconocidos. La chica del bar no la reconoció, y aquel simple hecho le supo a descanso.

Apenas cinco minutos después, degustaba su bebida, dejando que el calor del café le templara el alma.

No imaginaba que, a pocos metros, alguien la observaba. Margarita permanecía inmóvil, los ojos fijos en ella, el cuerpo rígido como una cuerda tensa a punto de romperse.

Avanzó despacio, midiendo cada paso. Del bolsillo interior de su chaqueta extrajo una hoja metálica, delgada, que destelló con la luz del mediodía. Diez metros. El arma subió, oscilante, buscando impulso. Cinco metros. El filo relució una última vez antes de caer.

El brazo descendió, pero se detuvo a mitad del movimiento. Una mano firme lo contuvo. Era Jimena. Con un gesto seco le arrebató el cuchillo.

Alma, que apenas alcanzó a ver el intercambio, pensó lo peor. Giró instintivamente y se estrelló contra la mesa; la taza rodó, el líquido manchó la acera, y ella cayó al suelo, temblando, sin entender aún si había escapado de un ataque o de una pesadilla.

—Alma, tranquila, ¿qué pasa amiga?

—¿Qué pasa, me quieren matar?

—Tranquila, nada de eso, Margarita me debía un cuchillo que le presté hace unos días, le dije que nos viéramos acá.

—¿Y quieres que te crea?

—Si te lo quisiéramos enterrar ya no lo estuvieras contando, deja esas tonterías amiga, veo que tu imaginación de escritora vuela alto.

—Es la segunda vez que me lo dicen.

—Ya ves, vamos, levántate y tomemos un café las tres, yo invito, por arruinar tu bebida.

Le tendieron la mano, la levantaron, ayudados por dos señoritas del establecimiento.

—Pensé que Margarita intentaba apuñalarme, por lo menos su postura lo indicaba. Veía que tú la detuviste.

—Me entregaba el cuchillo, nada más, estaba por hablarte cuando me interrumpió entregándome de inmediato lo prestado.

No se lo creyó, pero con tantas alucinaciones no podía afirmar que lo que vio fue un evento real.

—además, hablamos de Margarita, puedes preguntar por ella en todo el pueblo y te darán referencias impecables de esta dulce chica.

Levantó la mano y ordenó lo mismo que en su momento Alma tenía.

—Con tres de azúcar en uno por favor.

—Soy su admiradora, este pueblo la idolatra. Me disculpo si le di una mala impresión, no era esa mi intención.

Un silencio incómodo se apoderó de las tres, sin dejar de mirarse a profundidad.

—¿Y eso que te encuentras sola Lili?

Eso la desdibujó, salvo que su madre le hubiera dicho, la estaba tratando con el nombre de pila de su infancia.

—Fui a buscar tema de novela a la comisaría, al salir y caminar un poco me encontré con este lugar, me gustó y deseaba relajarme, sola.

—Ya entendí, entendí amiga. Te dejamos sola entonces.

—Quiero hablar con Margarita, pero será otro día, ¿nos puedes dejar a solas, jovencita, lo siento, pero quiero tener una conversación privada con Jimena.

—No hay problema, no se preocupe, en sí es un honor poderme sentar a su lado, ¿me deja tomarle otra selfi con las tres’

—Claro.

—¿Me esperas en el parque abajo Margarita? Deseo conversar algo contigo.

—¿la regañarás por intentar matarme por la espalda?

Ambas la miraron con los ojos como platos soperos y boca abierta.

—Es una broma, vamos, ya se amargaron igual que yo.

Margarita se fue cabizbaja, sin despedirse de la pena, se la tomó en serio, pero trataba de interpretar el papel de avergonzada. Jimena tomó asiento y le recriminó.

—Le heriste sus sentimientos amiga.

—No me disculpo sabes, tengo muchas cosas en la cabeza y todavía tengo mis dudas al respecto, por cierto, gracias por salvarme.

—No crees lo que te he dicho.

—Una parte de mi te lo acepta, pero la otra mitad me dice que por alguna razón espero que expliques, detuviste el ataque.

—Y no explicaré nada amiga, estás intratable, mejor me voy, deseabas hablar conmigo, pero veo que no será en términos amistosos.

—Ya, olvídalo, siéntate, son muchas cosas en mi cabeza y si lo que dicen es verdad, de que éramos uña y mugre, no deseo estropearlo con mis hirientes palabras. Terminemos de tomar el café, considero que ambas tenemos mucha actividad que realizar.

—¿A qué viniste Lili? Digo, tienes todo en tu ciudad, no te falta nada. No me digas que tu madre, la visitas cada dos años y eso es mucho decir de tus venidas.

—Vacaciones y trabajo, nada más. Por cierto, ¿en qué trabajas? Te veo caminando por el pueblo todo el día.

—Desempleada, no tengo la inteligencia para escribir libros y vivir de ellos, dándome el lujo de regresar a mi pueblo a vacacionar.

—Eso dolió sabes y lo lamento. No debí preguntar.

—Pero lo hiciste y ya no puedes retractarte. Me retiro, como dije, si no tienes algo especial por el cual me pediste que me quedara, me voy. Pero no sin antes pagar, cumplo mis promesas.

—Anda vamos siéntate, por favor, de nuevo lo lamento, pago yo y no me salgas con tu orgullo. Si necesitas dinero, préstamo, estoy a la orden.

—Me defiendo, no te preocupes, hago mis cosas.

—Que no sean brujerías, porque estaríamos mal.

Ambas rieron y disiparon el roce que estaba creciendo entre ellas.

—Quería que me hablaras de nuestra amistad, de las cosas que hacíamos, pero dado el tiempo, mejor lo retomamos para otro día.

—Lo veo justo Alma, amiga, mira que todavía tengo el arma.

—Por ello no te digo nada, jaja. ¿Me perdonas?

—No tengo nada que disculpar, las amigas se toleran todo.

—Gracias.

Se abrazaron pidiéndose disculpas. Alma vio alejarse a Jimena, con miles de pensamientos en su interior y algo que no terminaba de encajar en todo el episodio. Le pidió la cuenta a la camarera y mientras la esperaba notó otra sombra en su mesa, dio un nuevo respingo de susto.

—Hola Lili.

—¿Quita? ¿Eres tú?

—Soy yo, me reconociste.

La abrazó de manera efusiva, el dueño del restaurante se quedó extrañado y pensativo de la pose de Alma, pero no le dio importancia, al igual que la mesera.

—En realidad fueron de las fotos enviadas a mi celular, por ellas pude reconocerte, lo siento.

—Es algo amiga.

—¿Qué haces acá?

—Vengo de visitar a tu madre para preguntar por ti, quedé con miedo de que algo te hubiera pasado. Como quedamos que me hablarías para concertar una cita, luego tu número me mandaba a la contestadora, tu editora Laura no quiso decirme tu ubicación.

—Bien por ella, sabe que ni a mi madre le puede decir dónde me encuentro.

—Acabo de arribar, caminé un poco por las calles y vi un sendero muy hermoso en el bosque, junto a un río. Salí, anduve unas cuadras y te vi hablando con alguien, por suerte se alejó cuando me acercaba. Necesito mostrarte el lugar del cual acabo de salir. ¿Tienes tiempo amiga?

—Luego vamos a casa y te preparo un té.

—Será un verdadero placer y un honor doña super escritora.

—Mejor vamos, creo saber el sitio que me indicas. Pero ve adelante, te seguiré.

Quita no quiso que Alma fuera atrás. La tomó del brazo y caminaron juntas, como dos buenas amigas. Aquello la desarmó; no estaba acostumbrada a ese tipo de cercanía. Su esposo, su madre, incluso Laura o Paula, sí… pero de nadie más. El sendero, tal como lo había presentido, conducía al río de sus sueños. Un prado hermoso los envolvía, sereno y luminoso, aunque en el fondo Alma sintió el mismo escalofrío que la recorría cada vez que soñaba con aquel lugar.

—Es aquí, ¿verdad Quita?

—No amiga, este creo que ya lo sabes, es más adelante, como a cien metros hay un cruce pedregoso que permite ir del otro lado.

Eso la puso en alerta. Conocía aquel paraje como la palma de su mano y, aun así, nunca recordaba haber visto algo tan hermoso. El río relucía con un brillo distinto, casi irreal. Un escalofrío le recorrió la espalda; algo no encajaba. ¿Cómo había llegado Quita tan lejos, si ni siquiera conocía el camino?

—No crees que es mejor volvernos a casa Quita.

—Sólo será un momento, mira allá está.

Un pequeño montículo de piedras emergía en medio del río, como si siempre hubiese estado esperándola. El corazón se le paralizó: era el mismo de sus pesadillas, el refugio y a la vez la trampa de sus noches sin descanso, donde las sombras la acechaban sin rostro. Sintió que el aire se espesaba, que todo sonido se apagaba bajo la corriente. Hipnotizada por la memoria, avanzó sin pensarlo, hasta encontrarse al otro lado.

—Ven Lili, es una vista al otro lado de ese paraje, es hermoso

—Bueno, sólo a eso y regresamos, espero que valga la pena.

—Claro, vamos.

Alma la siguió unos treinta metros del arroyo, cuando sintió que se desvanecía, su pie no encontró nada firme al dar el paso, era un agujero tapado por la maleza. Su pensamiento fue de incertidumbre al ver que su amiga lo atravesó sin caer. Un grito salió de sus pulmones mientras flotaba en el aire hasta detenerse en un

suelo de arena, que por suerte le amortiguó el golpe, pero un dolor intenso provino de uno de sus tobillos. La altura era casi el triple de su estatura, se consideraba afortunada.

—Quita, avisa a mi casa, ve donde mi madre o con las primeras personas que encuentres, necesito ayuda. ¿Dónde estás?

La vio asomarse, con una mueca maquiavélica en su rostro, sin decir nada, Alma no comprendía esa actitud, ese comportamiento. Gritó su nombre, pero la expresión insana del rostro le respondía, se dio media vuelta y se fue.

Buscó su teléfono luego de gritarle de lo que se iba a morir, que al salir no quedaría nada de ella. Habló a su madre sin pensar, luego se preguntaría por qué a ella y no a su esposo Daniel.

—Hola, hola, ¿Josefina?

—Hola hija, te estamos esperando, ¿pasa algo?

—Mi amiga Quita, me engañó, me acaba de traer a un hoyo al otro lado del río y caí, me he lastimado el tobillo y no veo la forma de salir.

—¿De qué hablas hija? Quita se encuentra acá en casa desde hace más de una hora y te está esperando.

Eso la desbalanceó, tuvo que ser otra alucinación, el agujero que se abría en varias cavernas, lo miraba girar, estaba al borde de un desmayo.

—No ahora Alma, no sabes lo que te puede pasar.

Respiró hondo y trató de calmarse ante los bizarros acontecimientos.

—Hija, ¿estás allí? Háblame, dices que caíste en un hoyo, dime dónde te encuentras, le hablo al departamento de bomberos.

—Unos cien metros adelante del prado de la poza del final del sendero. En ese punto cruzan el río, unos pasos en el bosque y verán el agujero. El lugar está muy oscuro.

—Ya hablo hija, aguanta.

Le colgó, se mantuvo sentada, no deseaba lastimar el tobillo más de la cuenta. El dolor era soportable por el momento, pero no podría caminar sin ayuda, no mientras el malestar no bajara. Marcó de nuevo.

—¿Daniel?

—Hola amor, ya me contó Josefina, tranquila, voy corriendo, estoy entrando al sendero que conduce al sitio.

La escuchó llorar y se preguntaba qué le estaba pasando a su esposa, ¿sería el estrés de no recordar, la presión de la editorial? Consideró mala idea venir a Andalucía de Castella y se lamentaba de su impotencia de no poder ayudarla como merecía. Corrió con prisa hasta detenerse en lo que semejaba un hoyo profundo, la altura lo intimidó, eran cerca de seis metros, tanto en su radio como en su altura, abajo, pudo ver a Alma que lo miraba con una expresión de horror y alivio en su rostro. ¿Qué era ese lugar?

Capítulo 12-La cueva del terror

Alma miró a su esposo en lo alto, se quedó contemplando entre las sombras de aquel agujero.

—¿Eres real? ¿Eres tú Daniel?

—¿De qué hablas amor? Claro que soy yo. ¿Qué te ha pasado?

Ella se puso a llorar, aquello estaba llegando a niveles insostenibles donde la realidad se mezclaba con alucinaciones, sin saber diferenciarlos.

—Tranquila amor, ya vienen los bomberos, si pudiera bajar lo haría en este instante, pero tómalo con calma. Tengo una idea, pero tendría que dejarte sola por un momento. Busco una escalera para ayudarte. ¿Te parece?

—No, quédate, no soportaría en este momento estar a solas. Perdón por el llanto, me derrumbé, no va conmigo lo sé, pero ya no soporto esto, se están incrementando. Creo que de verdad necesito ayuda.

—Te entiendo amor, pero tranquila, luego de esto a descansar, un chocolate caliente, una sábana, una silla haragana. Tú tranquila, Josefina les habló a los bomberos, no tardan. ¿Te encuentras bien?

—El tobillo, creo que se ha inflamado, tuve la suerte de caer sobre un montículo de arena, un poco raro, pero me ha salvado de dañarme de verdad. La altura es grande.

—Mucho amor. ¿Consideras que no estás en peligro? ¿Has iluminado alrededor?

—Sí, no hay animales, ni nada de eso. Pero sí algo muy raro.

—¿Raro, a qué te refieres?

—Hay senderos que se pierden, sin saber hacia dónde conducen, van en dirección hacia el bosque, pero lo más anormal es que me encuentro en una especie de cámara, con montículos como el que detuvo mi caída.

A lo lejos entre los ruidos naturales, se escuchaban acercarse unas sirenas.

—¿Puedes moverte, caminar?

—Voy a intentarlo.

Alma se levantó y fue de nuevo hacia el suelo con un dolor insoportable, su pie no fue capaz de sostenerla. En varias de sus investigaciones de sus dos novelas, la llevaron por la travesía de buscar en las redes y en hospitales. Para su entendimiento no era una luxación, era una inflamación muscular, un esguince, una torcedura muy fuerte, por el momento. Esperaba que no fuera grave, no deseaba pasar el siguiente mes enyesada. Deseaba que fuera un simple doblón de tobillo, algo que un par de días pudieran sanar. Se alegraba de ver a su esposo arriba y escuchaba que los bomberos se acercaban. ¿Qué sucedió? ¿Otra alucinación? Si Quita no hubiera estado en casa con su madre, la estuviera culpando y tendría que acercarse rápido a la comisaría para poner la denuncia al teniente Ramos. ¿Y qué eran esos montículos que rodeaban su periferia? ¿Eran los ocho los únicos? Iluminó con su móvil, pero la caverna era demasiado oscura y se perdía en unas aberturas en forma de entradas con arco. Donde la tarde dejaba escapar sus últimos rayos en el lugar, iluminaba y se distinguían las lomas que se erguían como nidos de hormigas. Pero no veía ninguna, unas dos o tres caminando parsimoniosas y desorientadas como ella. No eran nidos.

—¿Todo bien amor?

—Sí, examinaba el sitio desde mi asiento natural.

—Ya vienen los bomberos, pondrán la escalera.

—No estoy segura si pueda subir, tendrán que inmovilizarme el pie primero, espero que traigan alguna bota de recuperación de enyesados.

—¿Tanto te duele?

—Intenté pararme y caí ante el dolor, pero no es luxación, es un esguince, pero espero que sea leve.

—Espera a que te examinen, entiendo que al sacarte te llevarán al hospital. Tu mamá y tu amiga vienen también para acá.

Sentimientos encontrados, eso sentía por Quita. No la culpaba, el hecho de estar con su madre antes de encontrarla en el café le daba la absolución de cualquier culpabilidad. ¿Pero así era? Repasaba en su mente los tiempos, como tratando de discernir si fue

aquello real o una alucinación prevaleciente. Se quedó sentada, no deseaba pensar más, estaba cansada, adolorida y dando gracias por caer en un amortiguador. De lo contrario, las lesiones podrían ser hasta de gravedad. Se decía a sí misma que dejara de cavilar, de atormentarse con posibilidades. Se lo decía mientras lloraba como lluvia leve, no deseaba ser escuchada por Daniel, lo preocuparía más de lo que ya se encontraba. Podría cometer la locura de saltar y posible a él no le fuera tan bien en la caída. Su situación le permitió examinar su mente, la cual comenzaba a darse cuenta de que los recuerdos estaban siendo mezquinos y egoístas, pero que la vida le estaba dando todas las armas para una vida sin complicaciones. Entonces, ¿por qué insistir en encontrar su vida anterior? Doblegada por el dolor, por la angustia, por el miedo, se pregonaba a todo su ser que aquello no valía la pena. Consideraba la posibilidad de internarse, hablar con Paula, su diagnóstico determinaría aquello. Suspiró hasta llenar sus pulmones de aquel aire polvoso y terroso, estuvo a un paso de toser. Era suficiente, su actual vida no la sacrificaría por buscar una cruzada de sus años anteriores. Sus cavilaciones eran tan profundas que no miró la escalera metálica de aluminio que se posaba en el suelo, ni descender a los bomberos. Uno se le acercó hasta su rostro.

—¿Se encuentra bien señora? ¿Puede levantarse?

Se lo decía al viento, ella contemplaba su rostro viendo sus labios que se movían, pero no escuchaba.

—Creo que se encuentra en trance, señora, por favor debe escucharme.

—Le escucho, gracias.

Lo abrazó, el rescatador hizo lo mismo y la miró de nuevo.

—Le voy a examinar el pie, se lo voy a tocar suave y me indica su grado de dolor.

Fue poco a poco, para su fortuna, el malestar era menor, consideraba que podría ponerse de pie.

—Con ayuda creo que puedo caminar, no me duele tanto como hace unos momentos o peor cuando fue la caída.

—Muy bien, lo haremos con mi compañero, pondrá sus manos sobre nuestros hombros, la llevaremos hasta la escalera y estaré

atrás de usted en el ascenso. Si en estos pasos cree que no lo puede lograr, se sentará de nuevo y esperaremos que nos tiren la camilla para alzarla. Usted decide.

—Caminar, hagamos el intento.

La sujetaron, pudo sobrellevar el dolor, ahora el mayor reto sería subir la escalera peldaño a peldaño, no sin antes ser amarrada con un arnés que le tiraban desde la superficie. Paso a paso fue logrando su cometido y el dolor se disipaba con cada peldaño recorrido. El movimiento del pie lo estaba ayudando, pero el inquieto malestar persistía.

—Vamos bien, no suelte la escalera, casi llegamos, espere a que ambos compañeros la sujeten de los brazos para soltarse.

—Claro.

—¿Cómo va ese pie?

—Con dolor, pero resistible.

—Póngalo despacio, no deseamos que sea tan molesto que sufra un desmayo, quiero verla salir por sus propios medios.

—Yo también lo espero, no quiero despertar en un hospital sin saber qué sucedió.

—Llegamos, espere a que la sujeten y déjese llevar.

En efecto, la tomaron por los brazos, lento, pero con fuerza, apoyando las manos en los hombros de sus dos rescatadores. Una camilla la esperaba, pero les indicó que deseaba solo sentarse. Uno de ellos sin previo aviso la alzó entre sus brazos y la llevó a la parte trasera del camión de bomberos.

—La ambulancia vendrá en un momento, en ella la llevaremos al hospital más cercano, mientras, descanse en esta parte del camión, le traeré una frazada.

Vio correr hacia ella a Daniel, a Josefina y a Quita, a quien por alguna razón no deseaba verla. La abrazaron, el primero en hablar fue su esposo.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo lo del pie amor, pero ya no me duele mucho.

—Tendrás que ir al hospital hija, deben examinarte.

—No te preocupes Josefina, no me pondré testaruda.

—Hola amiga.

—Hola Quita. ¿Segura que no fuiste tú?

Más tardó en pronunciar las palabras que recibir un enorme abrazo en llanto de su amiga. Se resignó, la balanza se inclinó por la alucinación. Pero la duda persistía.

—¿Cómo llegaste aquí Quita?

—Yo tengo la culpa amor, le llamé.

No tuvo tiempo de quejarse, vio correr de un lado a otro a los bomberos, se llamaban por radio, era un barullo constante, todo enfocado en los hombres que todavía se encontraban en el agujero infernal, escuchó gritos. Pero lo más alarmante era que vio acercarse patrullas, pudo divisar el rostro del teniente Ramos, que también la penetraba con un dejo de aflicción.

Capítulo 13- Los montículos

Las luces intermitentes de los vehículos en caleidoscopio creaban ilusiones reflejantes de fuegos artificiales entre los árboles del bosque, sobre el camino principal e iluminando el sendero del río, el cual como ajeno a todo el torbellino se deslizaba inquieto y serpenteante.

Ya no se escuchaban las sirenas, pero las luces eran intimidantes para saber que algo más que una simple caída se respiraba en el ambiente. Algo había sucedido, de mayores proporciones que rescatar a una famosa escritora de talla mundial. ¿O era eso? No quedar mal ante todas las personas que la conocían y lanzar un ataque brutal de noticias negativas, de las actuaciones desdeñosas, de la entidad de seguridad del pueblo.

No la inquietaba, al ser rescatada, era suficiente, Alma bajó las revoluciones de su mente, ya tenía un propósito, una nueva oportunidad, buscaba sus recuerdos y casi le costaban la vida, debía parar, vivir con lo que contaba. No valía la pena seguir luchando contra un destino que negaba acceso a sus recuerdos.

El aire frío golpeó su rostro, hizo que los nervios adormecidos por el golpe se despertaran. Se abrazó a su madre y a Daniel, le tendió la mano a Quita, quien en su lugar se unió aquella unión fraternal, ambas lloraron con suavidad. Se mezclaban sentimientos de alivio y preocupación, sentía que estaba protegida.

—Te he echado de menos Lili —le susurró luchando contra las lágrimas.

Antes de responder, de nuevo el movimiento alrededor la sacó de sus palabras, se quedó balbuceando ante los sonidos de los bomberos que eran más claros desde abajo.

—Ya tenemos tres —escuchó.

Ramos pasó a su lado, haciendo un gesto de ya regreso con usted y se dirigió corriendo hacia el agujero, donde los reflectores iluminaban como una escena de película, la tarde a dormir el cielo, pero abajo era una oscuridad asfixiante.

Alma intentó seguirles el paso, pero sintió un leve dolor, no era capaz de caminar de manera normal todavía, se movió despacio, su esposo trató de detenerla al sostenerla firmemente.

—Debes ir al hospital ahora Lidia.

—Vamos hija, es muy cierto, lo que sea ya no tiene nada que ver contigo, deben atenderte.

No les hizo caso, pero tampoco se movió, por el contrario, aceptó el asiento que Quita le ponía, sin dejar de mirar el hoyo del que le acababan de rescatar y a los hombres que corrían hacia ella.

El teniente Ramos fue el primero en bajar hasta llegar a cuatro hombres que apenas se divisaban en la penumbra.

—¿Qué tenemos muchachos? —su voz sonaba jadeante pero firme.

—No te va a gustar Ramos —le dijo el capitán de la patrulla de bomberos.

—Manuel, ¿conqué nos topamos?

—Pensamos que sólo era rescatarla a la escritora y mira lo que tenemos atrás de nosotros. Encontramos algo y creo que sólo es el comienzo.

Ramos inquieto ajustó su linterna sacándola de un delgado cinturón, un aire denso y polvo sofocante se fueron mezclando con un olor conocido: el hedor de la muerte. Le tembló la mano disparando un haz de luz, para un hombre curtido en años de servicio no le sirvió, le heló la sangre. En la tierra removida por los bomberos, en lo que todavía se apreciaban los montículos algo sobresalía. Se fue acercando, la luz iluminó lo que semejaba una tela desgarrada, tras ella un cuerpo, los restos de una persona cubierta parcialmente por la arenilla. Se volteó de inmediato hacia los bomberos.

—Por ahora son tres.

—¿Hay más?

—Alumbra a tu alrededor Ramos.

Como si de una orden se tratara acribilló en destellos de manera pausada en un giro de trescientos sesenta grados. Eran muchos más como esos montículos.

—Hazme el favor de contarlos, ¿tienen puestos los guantes?

—Siempre, por seguridad, no sabíamos conque nos encontraríamos con esto.

—Mira Manuel, gracias, ya hicieron mucho, sólo te pido que sigas alrededor por la seguridad de cualquiera de mi equipo, ahora le toca a la policía.

—Comprendo. Muchachos, Elías, te quedas acá, en media hora que Gustavo te sustituya, hay que turnarnos, no sabemos los aires que tenemos acá abajo, montemos un equipo arriba listo a cualquier emergencia. ¿Quieres algo más?

—Ya me comunico por radio, gracias, Manuel, necesito agentes acá abajo, en especial a los forenses.

—¿Quiénes crees que sean?

—Hasta identificarlos no puedo darte una respuesta, requiero tu ayuda para sacarlos en camilla, me ayudas preparando un equipo de sacada de lo que encontremos.

—Claro, enseguida.

Lo vio alejarse mientras se comunicaba por radio pidiendo la ayuda, sólo tenía un forense a la mano, por suerte se encontraba en la patrulla, junto con su ayudante. Fue precavido, ante el aviso de que requerían a la policía, Ramos sintió lo raro de la llamada de su amigo Manuel, sin preguntarle se preparó con todo. Pidió que bajaran listos para desentrañar lo que estaba arrojando aquel tétrico lugar.

Con el rostro sombrío Ramos ascendió, luego de darles las indicaciones a los forenses, deseaba aire fresco antes de zambullirse de nuevo. Pidió que contaran los montículos de arena. Aunque el aire era fresco no le trajo alivio, sintiendo una pesadez cerró los ojos, cuando los abrió descubrió que Alma lo miraba expectante desde un asiento improvisado. Se le acercó.

—Debería estar en el hospital.

—Eso le hemos dicho pero mi hija no quiere hacer caso Ramos.

—¿Qué encontraron?

—Vaya a que le revisen el tobillo.

—No es sólo arena lo que han encontrado, hay algo más, no lo oculte.

—Señora, me temo que necesitaré que venga a la comisaría cuando se recupere y me diga todo lo que le pasó, paso a paso. Hay

mucho que debo aclarar y usted está en el ojo de estos acontecimientos, de manera indirecta claro.

—¿Qué han encontrado le vuelvo a preguntar?

Ramos suspiró mirando al suelo, frotándose el mentón, tratando de encontrar la respuesta a algo que era obvio y que pronto llenaría los titulares no sólo del pueblo, sino del mundo entero.

—Unas fosas con personas, parecen recientes.

—¿Cuántos?

—Por el momento tres.

Hubo exclamaciones de todos mientras a Alma el suelo se le movía, todos sus sueños se estaban convirtiendo en realidad, aquello ya no era fruto de su imaginación o alucinaciones. Eran cuerpos reales, sepultados en el silencio de la tierra y en el fin del mundo para nunca ser encontrados. Y ahora, esos secretos oscuros estaban saliendo a la luz.

Capítulo 14- Tristeza

La tarde se dormía con rapidez, dando paso a un lienzo sombrío y oscuro, sólo iluminado por los vehículos y las lámparas que seguían colocando y trayendo los ingenieros de electricidad de la planta del pueblo. Parecía un espectáculo que le costaba contener a la policía, la gente se agolpaba pegada a las barreras de madera que eran insuficientes. La noticia explotó en todo el pueblo, los primeros que llegaron fueron los familiares de las personas perdidas, aunaban una férrea esperanza de no reconocer a ninguna de las personas que encontraron. Algunos de ellos, por el contrario, deseaban poder darle sepultura a un cuerpo tangible y no a una incertidumbre, a un fantasma.

Los bomberos esperaban la orden, mientras cuatro policías improvisados de forense les colaboraban a los titulares en quitar el peso de la arena y sacar sin problemas a las personas. Las botas se ocultaban bajo los cubre zapatos sanitarios celestes y sus manos bajo unos guantes de látex, todo para no contaminar la escena o contaminarse con algo que contuvieran los cadáveres. Completaban los trajes blancos con capucha y las mascarillas que recordaban los recién pasados acontecimientos de la pandemia. Algunos todavía los usaban de manera eventual en zonas con demasiadas personas.

Ramos se encontraba dirigiendo los puntos de excavación, casi sin pronunciar palabras, sus manos se movían y señalaban. De repente pararon y todos se miraron, los cerca de ocho personas que se encontraban abajo. El primer cuerpo estaba listo y les achicó el corazón, era una jovencita no mayor de quince años, semejaba una princesa dormida. Deseaban quitarse el casco en señal de respeto, pero sólo los forenses tiraron a sus espaldas las cubiertas en su cabeza de los trajes. Se miraron, algunos tuvieron que ponerse de espaldas para enjugarse las lágrimas al quitarse los lentes plásticos de protección. Era la hija de alguien, de una familia que pronto se quebraría con la noticia al reconocerla.

Bajaron la camilla, despacio, ceremonial, como si la tardanza la pudiera revivir, si acaso aquello era posible. Le tomaron fotos, tuvieron que voltearla, lo hicieron despacio, la examinaron con todo el respeto posible, aunque nadie civil del pueblo los viera. Si todo estaba en lo cierto, los montículos sumaban veinticinco cerros de muerte. Tres apenas y ya no resistían. Ramos se preguntaba si eran las personas desaparecidas, el número coincidía, pero no deseaba adelantar criterios. Se encontraba molesto con él mismo, porque un civil descubriera a las personas y no las autoridades, sabía que eso hablaría mal de su institución. Cavilaba en la forma de hablar con los medios cuando vio que uno de los agentes asignados al cargo de auxiliar de forense se le acercó. Ambos se miraron en un silencio raro, como si cada uno tratara de entender al otro sin palabras.

—Ya dime Luis, ¿qué pasa?

—Tiene que verlo teniente, esto cambia todo y nos da muchas respuestas, o por lo menos nos conduce en el camino de afirmar ciertas conjeturas que parecen ser las adecuadas al caso.

—Déjate de palabras y dime.

—Tiene que acompañarme para saber de lo que le estoy hablando.

—Camina entonces, qué esperas.

Lo siguió unos cuantos metros donde otras luces recién instaladas iluminaban un montículo abierto, le recordó un capullo de una película extraterrestre que vio muchos años atrás y de la cual seguían dando nuevas versiones.

Se quedó congelado, el frío del interior de la cueva no era nada comparado a lo que sentía por dentro, a menos de un metro yacía el Comisario Rojas con su pijama, como si estuviera dormido.

—Que rayos.

—Al parecer teniente Ramos, son las personas perdidas.

—Quiero cinta amarilla en un radio de veinte metros afuera.

—No puedo asegurar nada, pero sacaremos cadáveres toda la noche.

—Llama a los bomberos, hey, Manuel, que necesito más de tus hombres para abrir las tumbas.

—Están por venir, he llamado por radio y en unos quince minutos tendremos otras cuatro personas excavando.

—Gracias. Luis, que nadie entre al lugar, ni la escritora famosa de arriba.

—A poco teniente, si dio gracias de salir de este infierno y se tomará los atributos de bajar de nuevo.

—No estoy pidiendo tu opinión, sino que obedezcas una orden.

—Claro, tranquilo mi teniente, voy enseguida.

Se lamentó, debía calmarse, en especial por una investigación que estaba por iniciar y cómo era que una simple escritora descubriera lo que nunca su departamento había logrado. Eso lo frustraba, ya temía por las elecciones para el puesto de comisario. Aunque eso era una nimiedad comparada a este monstruo que despertaba y se lo quería comer vivo. Deseaba fumar, pero era el lugar menos indicado, así que decidió salir y ver cómo se estaba comportando el mundo afuera ante la noticia. Además, ya no era mucho lo que tenía que hacer en ese hoyo.

Al salir pudo ver el cielo que se oscurecía de manera muy rápida, pintando un lienzo sombrío y lúgubre, sintió un pequeño escalofrío recorrer su cuerpo, miró hacia todos lados, tres de sus subalternos peleaban con los reporteros, los cuales hacían lo imposible por penetrar esa barrera azul. Se detuvo en una mirada que deseaba evitar por ahora, pero los de ella no podía evadirlos. Alma lo penetraba. No lo quedó otra que acercarse de nuevo.

—Hola teniente, ¿noticias?

—Me temo que empezarán a subir a las personas, cuando tengamos tres se los llevarán en ambulancia al hospital cercano, se le harán las autopsias y se les pedirá a las familias del pueblo que vayan a reconocerlas.

—¿Con ello asegura teniente que son gente de acá?

—Encontramos al comisario Rojas entre ellos.

—Entonces es un crimen, hay asesinos en Andalucía de Castella.

—No se adelante señora, hay que ser precavidos con cualquier conjetura.

—Uno más uno es dos, teniente, si me disculpa, que los han venido a enterrar a este lugar, no lo hicieron solos y por la cantidad no parece el trabajo de una sola persona.

—Como le digo señora, le ruego no dar su opinión externa sobre el asunto, necesito análisis, tenerlos a todos y ver si no hay diferentes manos que pudieran estar relacionadas. Recopilar información, todo lo demás son conjeturas. Mientras, le pido discreción sobre el caso.

—Es terrible teniente, inconcebible y que nadie se haya enterado. ¿Cómo no descubrieron el agujero antes? Si anduvieron buscando por estos lados.

—¿Se fijó en las ramas que tapaban el enorme agujero?

—Pude ver que se quebraron con mi peso.

—Eran gruesos, troncos grandes, pero ya secos. En el momento en que pasamos estaban recién cortados, fuertes para sostener nuestro paso. Pero bueno, eso es lo único que se me ocurre señora, siguen siendo suposiciones hasta que tenga un informe en mis manos. Le sugiero que pase consulta sobre el pie, no se le vaya a complicar.

—Iré al hospital en esta ambulancia improvisada.

—Como guste, irá mejor escoltada que en mi auto.

—¿Va para allá teniente?

—Debo de instruir al equipo forense y regresarme, tendré que estar viajando de un lado a otro.

—Lo veo allá teniente Ramos.

—Espero que no, debe revisarse o yo ver cadáveres, pero necesitaré un reporte de todo lo que le pasó y sobre todo ¿qué diablos se encontraba haciendo sola en este bosque?

—No me lo creería.

—Le pediré que me convierta en creyente señora, porque suenan muchas casualidades y no soy persona de coincidencias, o por lo menos en mi profesión debo ver todos los puntos de vista y tener una super visión para detectar anormalidades.

—¿Soy ahora sospechosa?

—Como dijo usted, uno más uno es dos y suena muy raro todo esto, pero despreocúpese, simplemente lo suyo será un

interrogatorio para mejorar cualquier detalle que sume al caso.

—Entiendo, le agradezco, nos vemos en el hospital.

Lo vio alejarse mientras todos a su alrededor veían aquella charla como un partido de tenis, moviendo la cabeza de un lado a otro. Alma trataba de mantener la cordura, demasiadas cosas por su cabeza ante tantos acontecimientos, colectivos y personales. Se volteó al perderse el oficial Ramos en su patrulla y los miró seria.

—Iremos al hospital Lidia, en esta ambulancia.

—No amor.

—¿De qué hablas? No me digas que estás pensando desertar de que te revisen.

—No, para nada, deseo que te quedes con Josefina, me la cuides en lo que me voy. ¿Quita? ¿Quieres acompañarme?

—Claro que sí amiga, no te dejo sola.

Daniel Alonzo se le acercó y le estampó un enorme beso, le acarició el cabello y trató de sonreír, pero le salió una rara mueca.

—¿Me hablarás en cuanto llegues?

—Será lo primero que haga.

—Esa es mi chica, cuídala Quita.

—No se preocupe por ello, no le quitaré el ojo de encima.

—Ten cuidado mi hija, nos llamas en cuanto llegues al hospital y nos mantienes al tanto de todo lo que digan los médicos sobre tu estado.

—Claro Josefina, nos vemos luego.

Cuatro enfermeros, entre ellos el conductor, llegaron en ese momento con una de las personas fallecidas.

—¿No les importa ir acompañados verdad? —pronunció uno de ellos.

—No se preocupen, deseo llegar lo más pronto posible para pasar por esta revisión, gracias.

Se acomodaron en la ambulancia, en los asientos de bandeja que tienen en los costados. Al centro, una bolsa mortuoria les mostraba una ínfima parte del dolor que estaba ocurriendo bajo los pies de Andalucía de Castella. El vehículo se puso en marcha sonando las sirenas y apartando a todos, muchos reporteros se agolpaban en las ventanillas para tomar fotos. La tristeza en Alma

era demasiado profunda para pensar en que saldría en primera plana al día siguiente mientras acompañaba a una víctima mortal. Quita la sacó de sus pensamientos.

—Horrible todo esto que está pasando, lo mismo que acabas de vivir amiga. ¿Te encuentras bien?

—En realidad no, no puedo decirte cómo me siento, pero está muy lejos de ser bueno.

Quita trató de abrazarla, pero de una manera educada, Alma se lo impidió, adelantando la mano y girándola de manera negativa, mientras con la otra se tapaba la boca mientras sollozaba.

—Perdón —dijo luego de unos kilómetros. —No estoy habituada a llorar, siempre he sido, o por lo menos estos seis años que me recuerdo, fría e insensible a los sentimientos.

—Pero es bueno externarlos, sacarlos fuera, no ha sido algo trivial, esto sobrepasa cualquier entendimiento. Los acontecimientos en el pueblo, tu memoria, amiga, no sé cómo te sostienes.

—No lo hago, sólo lo dejo pasar y lo tomo literal como se viene, pero.

—¿Pero amiga?

—Es fuera de lo normal, por lo menos de una persona que vive de una manera cotidiana. Es como una pesadilla sobre otra pesadilla. Si supieras Quita.

—Más de lo que te imaginas, por eso estoy aquí, para apoyarte en todo lo que se encuentre entre mis manos.

—Mira que voy a matar a Daniel cuando regresemos.

—¿Por llamarme?

—Por molestarte Quita, este es mi problema y de mi familia, no tuyo.

—Para eso somos los amigos, sino entonces, para salir a fiestas, viajes, eso es fácil, pero cuando hay problemas se vuelven nuestros, no tuyos.

—Te lo agradezco y me disculpo por actuar tan a la defensiva.

—Comprensible.

Ambas callaron un momento y se quedaron contemplando el cadáver, lo mismo hacían los dos paramédicos, una pareja de jóvenes que las miraban y escuchaban con mucha curiosidad, en

especial de tener a una celebridad en su ambulancia, la habían reconocido. Una hora después llegaron a lo que parecía una entrada a un concierto, curiosos, reporteros y policías, la esperaban.

Un reportero se coló mientras bajaban, casi se la lleva de encuentro a la escritora, pero Quita la sujetó de ambos hombros para evitar una caída.

—¿Sabía dónde estaban todos esos cadáveres? ¿Le avisó a la policía mientras fingía un desplome?

—Son personas, idiota, no cadáveres.

Mientras pronunciaba las palabras, Alma lo golpeó en medio de las piernas, ambos se retorcieron de dolor, al pegarle con el pie lesionado. Todo quedó grabado por los presentes. Lograron zafarse y correr hacia ellas. Entre enfermeras y policías, ayudados por el teniente Ramos, fueron pasando despacio entre una multitud de preguntas. Alma guardaba silencio mientras se retorcía por el dolor, esperaba no haberse fracturado. Agarrada entre dos médicos era conducida a una silla de ruedas en la entrada, mientras Quita iba respondiendo atrás de ellos “sin comentarios”.

Capítulo 15- Los flotantes

La noche aparecía como un lienzo sombrío y oscuro, sólo iluminado por los vehículos de emergencia que disparaban colores y las luminarias exteriores. Parecía un espectáculo que le costaba

contener a la policía, la gente se agolpaba pegada a las barreras de madera que eran insuficientes. Todos querían saber, todos menos Alma, estaba cansada, angustiada y tratando de prepararse para unos acontecimientos que pronto tendría que afrontar, en especial el interrogatorio de la policía. ¿Cómo decirles que una alucinación la condujo hacia el lugar? En realidad, en parte, el tiempo y la naturaleza hicieron el resto.

—Tuvo mucha suerte, señora Flor Vega —expresó el doctor luego de examinarle el pie.

—¿A qué se refiere doctor?

El salón se llenó de un suave silencio mientras el galeno se clavaba en su mirada, mientras sostenía su pierna. Era un pequeño espacio para exámenes, separado por una cortina médica. Afuera, una enfermera y Quita aguardaban sonriéndose ambas en posturas incómodas, por el nervosismo de la espera.

—No hay lastimadura de huesos, en la radiografía no presenta ninguna fisura, me atrevo a decir que es un esguince leve. Una noche acá, descanso y se sentirá mejor por la mañana. Déjelo reposar, cada hora trate de caminar un poco para acostumbrarlo. Le daré unas pastillas para el dolor, unos desinflamantes y su libro para que lo autografíe, mi hija es una gran fan suya.

—Me reconoció.

—En el momento que me dijeron a quién tenía que examinar, mis dudas surgieron, pero al verla todo se disipó. La reconocí por uno de los libros del cuarto de mi princesa.

—No hay problema, ya se lo firmo. Lástima que usted no los lea doctor.

—Creo que empezaré esta noche, se ha ganado un nuevo lector. Un último favor.

—No tiene que decirlo, quien me está haciendo un favor es usted al examinarme.

—Una *selfie* con una pequeña grabación saludando a mi hija.

—Claro, será un enorme placer para una de mis lectoras.

Tardaron unos minutos en los cuales el médico agradeció, se despidió saliendo con una enorme sonrisa. Luego fue el turno de la enfermera siguiendo los mismos pasos y que ella estaría en ronda,

cualquier necesidad que no dudara en apretar el botón para llamarla.

—Muy popular mi amiga.

—Pronto lo seré más pero no por mis novelas, Quita.

—Te refieres a la policía y esos reporteros de afuera.

—En cierto modo.

—¿Cómo te sientes?

—Fuera del pie, bien, me examinó todo el cuerpo y no encontró problemas. De todas maneras, me dejó preparado todo para una radiografía de tórax, como rutina y evitar sorpresas, esas fueron sus exactas palabras.

—Me alegra saberlo, ahora a descansar, nos vamos a tu cuarto, te recuestas, duermes y nos vamos mañana.

—Tú irás a descansar, yo voy directo a la morgue.

—¿Qué harás?

—Tengo que ver los rostros de esas personas.

—¿Te volviste loca amiga?

—¿Por qué no debería?

—Primero, tu tobillo, sigue lastimado, el andar como errante en todo el hospital no ayudará en nada a tu recuperación, lo segundo, no creo que nos dejen llegar siquiera a diez metros del sitio sin que nos paren en seco. Te imaginas lo custodiado que estará.

—No importa, igual voy y tendrás que acompañarme.

—Bueno, negarme sería inútil, vamos, apóyate en mi hombro, no me hago responsable de tu recuperación, vas bajo tu propio riesgo.

—Pues desde mi punto de vista ya eres mi cómplice y eres culpable.

—Si deseabas hacerme sentir mejor, te equivocaste de palabras.

—Nada, olvida eso. Gracias Quita, en verdad, gracias. Sólo deseo salir de una duda y te prometo que me voy a descansar a mi cuarto. Vámonos antes que regrese la enfermera o el doctor.

—Por cierto, muy atractivo, hoy los hacen como muñecos perfectos a estos doctores, lo motivan a uno a estar enfermo y

regresar.

—Graciosa, recuerda en primer lugar que estoy casada con mi Danielito y no tengo ojos para nadie más, pero no te contradigo su atractivo.

—Ves, lo notaste. Agárrame fuerte con ese cuerpo puritano.

Caminaban por los pasillos del hospital, mientras respiraban ese olor a desinfectante, batas y medicina. Afuera, la noche despertaba abrazando las montañas que bordeaban el pueblo, mientras un viento áspero les provocaba risas a los árboles.

Trastabillaba, un pequeño dolor punzante se originaba en el tobillo, subiendo por toda la columna, a pesar de la venda, era como ver una momia deslizándose apoyada de un humano. Quita no le decía nada, ¿cómo responder ante tanta testarudez?

—¿Te duele mucho? Si quieres te llevo a tu cuarto.

—Gracias Quita, sé que lo haces por mi bien, pero deseo, como te dije, salir de una duda.

—Si encontramos a cualquier enfermera, a ti te llevarán al cuarto y a mí me echarán de patitas a la calle.

—Que melodramática, no me podía ese lado tuyo, bueno, en realidad ninguno, pero tú ya sabes a lo que me refiero.

—Me sigues tirando lodo, pero no importa, me alegra en verdad que hayas salido sin mayores problemas de ese agujero.

Por suerte no llevaba una bata encima, ropa casual, su cambio debía realizarse en un dormitorio que la esperaba con ansias. Unos doctores pasaron a su lado, sin denotar lo fingido del caminado para ocultar su dolor, por mirar su rostro, la reconocieron de inmediato a la famosa escritora, le pidieron su autógrafo. Se los firmó mientras Quita la sostenía por la espalda. Cuando se alejaron, Alma frunció el ceño y levantó el pie por un instante.

—No te conocía ese lado terco amiga, si sigues así en verdad te lastimarás y no quiero ver la cara de tu madre cuando le diga que te lesionaste en mi presencia.

—No te preocupes, ya casi llegamos, mira, al fondo dice morgue.

—Sí, pero dice también área restringida y ya viste a los dos gendarmes que se encuentran apostados. No daremos ni un paso

más frente a ellos.

—Eso déjamelo a mí.

—Será mejor que intervenga señora.

La voz proveniente de atrás era indiscutible, reconocible y mal esperada. Se voltearon despacio, estaban agarradas sin escapatoria.

—¿A qué se debe el honor de que una escritora famosa visite muertos en un lugar, además, muy restringido? Ya colaboró con encontrarlos, tengo suficientes problemas para lidiar con otro.

—Se lo dije oficial, pero no me hizo caso. Me la llevo a su cuarto.

—Quiero verlos teniente Ramos, si me lo permite.

—¿Por qué? ¿Debo preocuparme por la pregunta?

—Es algo muy personal.

—Disculpe, pero desde el momento en que los encontró ya esto no es personal, cualquier información es de vital importancia conocerla, sirva o no para dar con el culpable o culpables de este atroz hecho. Ahora, ¿por qué?

—No me creerá si se lo cuento, a lo mejor me deja internada y no en un sano pabellón.

—Hagamos algo, usted me promete que luego de salir de sus dudas, me contará todo sin omitir nada. ¿Tengo su palabra?

—Tiene mi palabra oficial, sólo pido otro favor.

—A ver, últimamente estoy dando muchos favores.

—No le cuente a nadie lo que conversemos.

—Claro, además, si forma parte de la investigación, mucho menos que saldrá de mi boca, también espero una reunión en la comisaría para que me cuente, o les cuente a los oficiales que la entrevisten, todos los pormenores que se dieron del incidente. Ahora, si me permiten, acompáñenme por favor. Denme paso, oficiales.

—Claro teniente, adelante —Le dijo un oficial regordete mientras ambos le abrían camino, dejando entrar a las tres personas, una de ellas arrastrando la pierna.

—Cuando terminemos de conversar, le pediré que se vaya a descansar, ese pie necesita reposo. No, no me diga una sola palabra en contra, por cierto, que la charla la tendremos en su habitación.

El uniforme lucía arrugado, desgastado, atemporal, mitad de la solapa de la camisa de fuera, no era habitual en él, pero las circunstancias tampoco lo eran. Aun así, conservaba una expresión firme, serena, analítica. Alma lo detectó, le tuvo un poco de lástima y admiración, pensaba que era el mayor caso dado en toda la región desde Madrid. Lo más sorprendente era estar involucrada accidentalmente desde aquel ataque hacía seis años.

Entraron, las lámparas como enormes luciérnagas, parpadeaban en aquel recinto de baldosas de cerámica blanca. Seis camillas, seis cuerpos de diferente estatura. No pensaron en niños, no estaban en la lista de desaparecidos, menores de edad. Pero el teniente Ramos no descartaba cualquier extraviado ajeno a su ciudad. Al fondo, un sujeto delgado, envuelto como para realizar una operación, les daba la espalda mientras examinaba el interior de uno de ellos.

—Samuel.

Al escuchar su nombre se giró, observando a las dos chicas.

—teniente Ramos, ¿pero a quién tenemos aquí? La escritora Flor Vega, es un honor, aunque lúgubre y me disculpo por ello. Siento ser descortés, pero debo preguntar ¿Qué hacen acá?

—Son mis invitadas Samuel, plena confianza al respecto.

—Son tu responsabilidad, pero bueno.

—¿Qué has encontrado?

—¿Puedo hablar con toda libertad?

—Claro, hazlo.

—No hay ningún signo de violencia, ni golpes, nada, muerte repentina.

—¿A qué te refieres?

—El examen post mortem revela signos compatibles con un infarto agudo en el miocardio. Se observa obstrucción significativa en la arteria coronaria descendente anterior, lo cual indica una interrupción crítica del flujo sanguíneo al corazón. El mismo presenta áreas de necrosis miocárdica.

—Paro al corazón —interrumpió Alma.

Ambos la miraron de manera inexpresiva, con unos segundos incómodos.

—Es correcto señora, nuestros exámenes han determinado en palabras simples lo que usted expresa.

—¿Entonces por qué examinarlas? Preguntó de nuevo la escritora.

—Fue mi petición, no quiero que se pase nada por alto, ya mandé a realizar los exámenes toxicológicos que espero estén pronto, descartar cualquier sustancia que les haya provocado el ataque.

—Entiendo, ¿puedo ver los rostros de ellos? ¿Y los demás, hablaron de veinticinco?

—En otra de mis salas señora. Además, no han llegado todos. En estos momentos he solicitado un colaborador, pedí dos, pero como podrá apreciar, el hospital no está preparado para un acontecimiento de estas magnitudes, hago lo que puedo con lo que tengo y es una lástima, el tiempo es mi peor enemigo porque debo de ir de uno en uno. ¿Lo sabe verdad?

—Claro. ¿Pero todo esto es asesinato?

—No haga conjeturas premeditadas, es obvio que tuvieron que ser depositadas en el lugar, involucrado o no en los ataques, además, ¿por qué le estoy diciendo esto señora? Usted no forma parte de la investigación, así que como oficial a cargo, le pido que haga lo que vino hacer y luego tendremos una charla en su dormitorio. Si le he dado pase a este sitio es únicamente por el privilegio de que es un eslabón dentro del caso. Usted los encontró. Antes de que se me olvide, Samuel, los cuerpos tienen mucho tiempo de desaparecidos y no creo que el paro haya sido hoy. ¿O me equivoco? Los veo saludables. ¿Algún método para conservarlos?

—No Ramos, hasta el momento he revisado tres personas, ninguna contiene algo anormal, inflamaciones que denoten aplicación de sistemas de preservación. Espero como tú, el examen toxicológico para terminar de descartar. Si me preguntas, fuera de muerte por paro del miocardio, el por qué se conservan como si acabaran de fallecer, es todo un misterio, debemos investigar al respecto y eso llevará más tiempo.

—Bueno, estaré acá estos días, me informas de primera mano. Señoras, a lo que vinieron. Samuel, destapa el rostro de los seis.

—Como digas, pero no toquen nada.

El forense fue destapando los rostros de cada uno, con respeto, los miraba un momento, mientras movía la cabeza de manera negativa. Si no tenía el cuidado necesario, aquello se le desbordaría hasta el fondo, con todas las consecuencias de ello. No le preocupaba su reputación, se la ganó con pulso y experiencia. Era su conciencia, un crimen de esta magnitud, en especial lo raro de las muertes le acosaría siempre.

Alma miró al primero, era el comisario Rojas, pasaba de los sesenta años, un pequeño bigote recortado blanco, al igual que el color de su cabello. Las cejas contrastaban con esa analogía clara. Por un momento, sólo por un momento, creyó ver que habría los ojos, contemplando su mirada. Quita la tocó en el hombro y la sacó de esa ensoñación.

—¿Pasa algo amiga?

—Nada Quita, sigo con mis problemas visuales nada más. Creí ver algo.

Cuando regresó la vista, Rojas estaba sentado. Lidia retrocedió hasta chocar con la otra camilla donde una joven de no más de veinticinco años se encontraba sentada también. Las seis personas estaban mirándola, el salón se tornó oscuro, dejando sólo las luces de las lámparas intermitentes como fuentes lumínicas. No estaba Quita, ni Ramos, ni el forense Samuel. Pensó en otra alucinación. Agarrando fuerzas, dio unos pasos hacia el comisario.

—¿Qué les pasó?

—¿Quién es usted? Me parece reconocerla en el río.

—¿Usted es de los flotantes?

—No recuerdo eso, pero sí de encontrarme en el caudal, la veía desde un punto alto, le pedí ayuda y vi como unas sombras la perseguían. Luego vi que me examinaban, al menos ya no estaba en ese lugar oscuro. ¿Estoy muerto, creo?

—Eso parece, aunque no sé cómo es que me encuentro hablando con usted.

—Una forma de despedida, le doy las gracias, le damos las gracias, ahora huya.

—¿Por qué?

No tuvo que repetirlo, del salón de refrigeración salieron las sombras que se encontraba siempre en el río. Se agitó, se dirigieron hacia ella, se giró y salió corriendo hacia el pasillo. Los policías no estaban, nadie, ni enfermeras, ni pacientes, ni doctores, ni familiares, el lugar estaba abandonado, sucio, oscuro. Tropezó con unos cables, cayendo de espaldas y observando a los seres que casi la alcanzaban. Un grito agudo se escapó de su boca, mientras cerraba los ojos y colocaba las manos en modo de defensa.

Silencio, unas voces conocidas se acrecentaban, como si vinieran corriendo desde lejos, gritando su nombre, abrió los ojos encontrando la mirada de Quita.

—¿Qué pasó?

—En un momento te quedaste quieta Lili, como de esas películas, como una estatua, no respondías a nuestro llamado. Acá todos nos asustamos. ¿Eso te pasa en estos días?

La abrazó, no dijo nada, estaba contenta de encontrarse a salvo por el momento. Volteó hacia todas las camillas, todos acostados, sólo descubiertos de los rostros.

—¿Qué fue todo eso?

—Luego le explico teniente, pero quiero salir de aquí, no quiero que se repita el episodio.

—Te dejo un rato Samuel, acompaño a la señora a su habitación, dadas las circunstancias, creo que la entrevista pasará hacia la estación cuando esté listo.

—Claro Ramos, te informo de cualquier detalle.

—Vamos señoras.

Alma Lidia miró atrás hacia el salón que dejaba, esta vez todos se encontraban parados y con ropa, movían los labios y en su cabeza escuchaba la palabra gracias. Ninguna sombra cercana, esto se estaba desbordando. ¿Se estaría volviendo loca? Pensó.

Capítulo 16- Bajo sospecha

El ascensor con espacio para una camilla chirriaba a medida subía hasta el tercer nivel, la puerta se abrió ante un mar de galenos, enfermeras y familiares. La luz era opaca, pero lo suficiente para ayudar a otras lámparas tenues en el pasillo. Los pasos silbaban en el piso de vinyl que se mezclaba con los pitidos de los aparatos de los cuartos. Las tres figuras danzaron esquivando, pero no dijeron nada. Venían de la morgue, de ver planchas metálicas, cadáveres y bolsas con números. Alma confirmó con espanto, lo que le decía su pensamiento, que esas personas que encontró en la cueva eran los mismos seres luminosos flotantes que le pedían ayuda. Reconoció cada uno de sus rostros, esos que varias noches se aparecían en sus alucinaciones, susurrando su nombre y pidiendo ayuda.

Llegaron a la habitación 12-E, una habitación funcional en lo básico, una cama ortopédica, una silla para acompañante, un televisor colgado en la pared, una lámpara de mesa sobre el mueble de madera pegado a la litera. Una pequeña ventana rectangular de vidrio deslizante dejaba entrar los rayos de una luna llena que se asomaba en el horizonte. La cortina beige estaba corrida. La luz cenital que se deslizaba hacía brillar el pequeño crucifijo que se colgaba en la parte superior del respaldo. Terminaban de enmarcar el ambiente, una jarra con agua y dos vasos de vidrio.

Quita empujó con suavidad la puerta, dejando pasar primero a Alma, quien entró cojeando con cierto esfuerzo. Ramos entró de último, cerrando el pestillo con un clic seco.

—Acuéstate —murmuró Quita.

—Estoy bien —respondió Alma mientras se apoyaba en el lateral de la cama.

El teniente, sin esperar cortesía alguna, se quitó el abrigo y lo puso en el respaldo de la silla, pero se quedó de pie mientras con un gesto de manos le ofreció a Quita el asiento, quien no dudó en tomarle su buen gesto.

—Ha sido una noche larga, señoras —pronunció,

Alma asintió, sus dedos jugaban con la pulsera del suero que colgaba aún de su muñeca.

—¿Cómo siente su tobillo?

—Por lo menos no roto, según me dijeron, sólo es una torcedura fuerte, con el tiempo se irá desinflamando y volveré a la normalidad.

Ramos se inclinó hacia adelante y luego repitió hacia atrás varias veces mientras tenía los brazos cruzados.

—Lo que vimos en la morgue, me imagino que fue impactante para ustedes señoras, pero en especial ese trance suyo, señora Flor Vega, eso me descolocó. Nunca he visto a una persona en circunstancias como la suya.

—¿Estaban todos los desaparecidos? —respondió Alma para evadir el suceso.

—Casi todos, el comisario Rojas, la joven Cárdenas, la señora del vivero, tres estudiantes de último año. Todos en la misma fosa. Enterrados como si fueran basura. Y lo más raro, intactos, como si se hubieran muerto y sepultados este día. Pero seguimos buscando más personas, no me extrañaría que encontremos a quienes ni siquiera sabíamos que estaban perdidos.

—¿Eso qué significa? —preguntó Quita, cruzando los brazos.

—Significa que alguien ha estado jugando bajo nuestras narices con todos, en especial con mi departamento y lo digo de manera lastimera, viendo el cuerpo del comandante allá abajo. Y esto no es obra de un asesino común. Aquí hay algo mucho más grande, más organizado y enfermizo.

Se quedó callado unos segundos contemplando el suelo, como si las palabras fueran el último aliento de su vida, como si se quedara sin nada. Luego alzó la vista hacia Alma, intensos, suplicantes, pero por encontrar la verdad. Ya no eran los del policía protector, semejaban a los de acucioso investigador, un cazador tratando de despellejar la piel de la verdad tras Lidia.

—Escritora, no me malinterprete. No estoy aquí para arrestarla, pero tampoco puedo obviar los hechos. Todos los acontecimientos, los horribles sucesos que se están descubriendo tienen un elemento común: usted. Gravitando como sol en la

constelación de los crímenes. Cuando alguien desaparecía, estaba usted. Cuando alguien reaparecía también. Y ahora encuentra a todos en una fosa común, justo usted.

Alma lo miró tratando de contener el temblor en sus labios, sólo alcanzó a pronunciar un desahogo.

—Se equivoca, estos desaparecidos, estos mis hermanos de Andalucía de Castella, lo hicieron sin estar presente.

—Pero dice que reconoce los rostros de todos, ¿cómo puede ser eso posible? ¿Acaso es vidente? ¿Una bruja moderna?

—¿Me hace culpable, cree que tengo que ver con sus muertes, cuando soy la única persona que los ha encontrado?

—No lo sé —respondió Ramos con franqueza —. Y eso es lo que me molesta.

Quita se incorporó de inmediato con el rostro fruncido.

—¡No puede acusarla! ¡Está demente oficial!

—No la estoy acusando, estoy haciendo mi trabajo. Y tienen que entender, en especial usted señora, que, si no está sentada en una sala de interrogatorios en este momento, es porque su rostro ha salido en todos los medios como la víctima, la heroína, la escritora famosa que ha descubierto la tumba de los desaparecidos. Póngase en mi lugar, otro oficial que no la conociera la pondría tras las rejas o por lo menos en un cuarto por horas, tratando de sacar una verdad que ni yo comprendo.

Alma sentó todo su cuerpo en la cama, deseaba acostarse y dejarse llevar. El teniente tenía razón, ni ella misma comprendía todo lo que estaba pasando, si era parte de todo o alguien ajena a las cosas. La única verdad en su mente era que esas personas eran las mismas de sus sueños, los rostros, las palabras. Sin entender por qué. Estaba a punto de revelarle sus pesadillas, pero ahora que el oficial se sinceró, lo sepultaría en su corazón. Trató de encontrar una salida, no era adivina, pero sabía la pregunta que estaba por hacer el oficial.

—¿Qué estaba haciendo en el bosque?

No dudó, respondió de inmediato ante la pregunta inminente que podría colocarla en apuros.

—Fue un simple accidente, una casualidad —dijo con frialdad.

—¿A qué se refiere?

—Quería mostrarle a Quita un sitio del bosque que siempre me pareció muy bonito, un lugar de mi infancia, el único recuerdo recurrente en mi mente de mis memorias. ¿Sabe de ello, de mi condición?

—Todos lo saben señora, recuerde que fue parte de que la investigara. Su ataque, convulsiones, coma, el olvido y todo ligado a las muertes en Madrid. Sé de todo eso.

—Entonces me adelanté y algo que usted ha corroborado, las ramas estaban secas, quebradizas, me caí, fui la desafortunada. Pero tuve suerte en la caída.

—¿Y fue suerte que encontrara veinticinco cuerpos enterrados?

—Sí, pero en realidad fueron ustedes y los bomberos quienes los encontraron, no yo.

—Pero usted descubrió el lugar, quien sabe cuánto tiempo pasaría, a lo mejor dos generaciones mías, antes de ser encontrados.

Ramos se recostó sobre la pared, era demasiada verdad, dolor, impotencia. Pero sobre todo la frustración de que nadie de la agencia los descubriera, eso sopesaba. Su orgullo estaba pisoteado por una escritora. ¿Sería eso nada más al acusarla? No tenía pruebas, sólo conjeturas y casualidades.

—En cuanto se recupere de su tobillo la espero en la comisaría para una declaración, mire que no dije interrogatorio, algo de rigor. No olvide omitir nada, pueda revertirle en su cara si me miente o a los oficiales que le tomen nota.

—Allí estaré, lo más pronto que pueda.

—Te acompañaré —dijo Quita.

Ramos se levantó, caminó hacia la puerta y antes de salir se escuchó una voz.

—Investigue a Margarita, oficial —dijo Alma a sus espaldas.

El teniente se quedó petrificado, con un giro parsimonioso se volvió hacia ellas.

—Está muerta, antes de la Morgue, me enviaron el mensaje, misma muerte, paro al miocardio, tan joven y querida en el pueblo.

No sé cómo se le pudo ocurrir a usted escritora tal barbaridad de culpar a esa criatura.

Alma se quedó de piedra, pero no estaba dispuesta a que el impacto la dejara vulnerable.

—Así como usted Ramos, que me acusa.

—Le diré algo a su favor señora, no han encontrado, ni herramientas, ni indicios de excavación, como si los que crearon las pirámides regresaran a cavar esas grutas y dejar un misterio que no creo que sea resuelto en miles de años. Además, alguien con conocimientos de anatomía y preservación tuvo que ser parte de todo. Los cuerpos parecen como si murieron hace horas y fueron enterrados de inmediato.

—¿No han analizado el lugar, algún componente en el ambiente, algo natural o dentro de los cuerpos?

—Lo están verificando. ¿Me entiende la magnitud de esto?

—No completamente —mintió Alma.

—Yo tampoco, buenas noches, descanse, hasta pronto. Ah, una cosa más, encontraron huellas en las paredes de las cavernas. Por su bien señora, espero que no haya tocado nada adicional.

—No oficial, sólo donde caí y la pared de ascenso.

—Las llevaron analizar, así que esperemos, descansen y usted cuide su pie.

Cerró la puerta sin hacer ruido, para que el silencio volviera como un ente perseverante que se desliza bajo la puerta y las penetra. Quita se dejó caer en la silla junto a la cama, hundiendo los dedos en el cabello y mirando el cielo.

—¿Vas a contarle lo que viste, Lili?

—No, eso sería una locura dentro de lo poco sano que tengo.

—¿Y qué harás?

—Esperar y rezar para que mis sueños y alucinaciones paren de una vez por todas —lo decía mientras pensaba en Margarita, con la certeza en esta ocasión, que no fue ella culpable de su muerte. ¿O sí?

Antes de acostarse, tomó el móvil y se comunicó con Daniel Alonzo.

—Hola amor, gracias por llamar, ¿cómo te encuentras? ¿Deseas que vaya al hospital?

—Hola Daniel, no, cuida a Josefina, me encuentro bien, aunque el tobillo todavía se encuentra lastimado.

—¿Has descansado?

—En realidad no, vas a regañarme, pero fui a la morgue a comprobar que los muertos fueran las personas de mis sueños.

—Vamos mi amor, ya tranquila, mira por todo lo que has pasado y sigues de testaruda.

—Quería saber, Daniel, amor, lo corroboré, son los mismos, hasta tuve otro episodio que le metí miedo acá a Quita y al teniente Ramos.

—Espero que ese oficial se lo haya tomado a la ligera.

—Pues te diré que ahora soy hasta sospechosa.

—¿Qué?

—Como lo escuchas, ahora piensa que de alguna manera estoy relacionada, directa o indirectamente con los casos, está tratando de encontrar algo para lo primero y poder encerrarme. Por el momento me ha pedido que en cuanto me recupere del tobillo, pase a la delegación a declarar y que no me arresta por tanto circo mediático que han hecho los reporteros sobre mi descubrimiento.

—En eso tiene razón amor, hasta yo me rascaría la cabeza de pensar en tantas coincidencias.

—¿O sea que ahora lo defiendes?

—No es eso amor, pero debemos de aclarar nuestras mentes y estar preparados ante cualquier ataque, no darle oportunidad de que pueda acusarte. ¿Te veo por la mañana?

—Sí, claro, una cosa más, ¿sabías que Margarita murió esta tarde, luego de mi encuentro con ella?

—¿Qué? Vamos, que esto se está complicando.

—Ni que lo digas, te imaginas, ahora tiene otro punto a favor el oficial, fui de las últimas personas junto a Jimena en verla con vida. Por cierto, ¿has sabido algo de ella?

—Vino a platicar con tu madre, pero sólo estuvo de paso.

—Bueno, te veo por la mañana, te amo Daniel, me haces mucha falta.

—Tú te lo perdiste, me dijiste que me quedara y sabes que tu madre se cuida sola.

—Lo sé, pero presentía algo, con tanto barullo, de todas maneras, Quita ha sido una gran ayuda.

—Que bien, me la saludas y las gracias, claro. Buenas noches, amor, cuídate mucho, en especial descansa ese tobillo. Te amo.

—Buenas noches, amor. Te amo también.

Se quedó contemplando la luz que se desvanecía de su móvil, tantas cosas en tan poco tiempo. Miró hacia Quita quien le levantó la mano y el pulgar hacia arriba, eso le dio un respiro de pensamiento curvando su boca en un engaño de sonrisa, pero sincera.

Afuera, las sombras creadas por la Luna, que seguía suspendida en el manto nocturno de luciérnagas, formaban matices amenazantes y silenciosos. Dentro de Alma, el eco de las voces se había apagado, sólo el sonido de unas gracias silbantes, que se desvanecían como lo hacía ella al recostarse y tumbar su cabeza sobre la almohada.

Capítulo 17- Regreso a casa

Se despertó de un sobresalto en plena madrugada, la noche ya no era un abrigo que le permitiera descansar. Una lámpara encendida en el pasillo proyectaba sombras inquietantes por debajo de la puerta del cuarto doce-E. Podía escuchar el zumbido del transformador eléctrico del cuarto contiguo como el único sonido en

el ambiente, interrumpido de manera constante por el pitido del monitor cardíaco de la habitación al fondo del túnel.

Alma Lidia miraba el cielo y los claroscuros que se dibujaban proveniente de la luz del exterior. Trató de cerrar los ojos, pero el sueño le rehuía. Repasaba lo dicho por Ramos y lo que no dijo, sino que lo expresó en aquella mirada, donde no encontró el patrón como hasta ese momento esperaba la tuviera: una víctima, una testigo, sino como la de un hombre que teme estar frente a un fenómeno, una cómplice o por qué no, ante la culpable de todo. Y eso era lo que más le inquietaba, porque no entendía tampoco lo que le estaba pasando. Suficiente con haber perdido la memoria de su vida. Consideró imprudente sugerirle al teniente que interrogara a Margarita, pero en realidad desconocía todo lo acontecido y las palabras de que ella estaba muerta; le generaba una ansiedad tremenda, un mazazo en el estómago. Sólo pudo reprocharle a su manera. Sólo quedaba Jimena, su gran amiga de infancia, como la única persona que veía entre todos unos deseos de hacerle daño. ¿Pero por qué? ¿Quién era ella? ¿Era por su fama? De todas las posibles sombras danzantes que la perseguían en sueños en el borde su cordura, una desapareció del tablero, de manera abrupta y menos con una explicación, sino con más interrogantes al caso. El aire le comenzó a pesar, como una carga en sus pulmones, Alma lo notaba al respirar, de pronto, cerró los ojos, cayendo en un sueño profundo.

Se encontraba de nuevo en la caverna, todo olía a humedad y tierra, a muerte y sangre, con un hedor dulzón que se impregnaba en todas las paredes. Caminó despacio, por suerte para ella, los espacios se auto iluminaban por alguna razón, entró en un recinto más grande y retrocedió del susto. Encontró a todos de pie, mirándola, eran veinticinco. Todos la rodeaban y se movían alrededor de ella, en unos momentos le hacían reverencia, le sonreían, pero no se denotaba ninguna maldad en ellos, estaban alegres. La única que no generaba ningún movimiento era Margarita, la reconoció al instante entre todos ellos. Y le habló.

—Reina madre, ¿por qué nos dejaste allí?

Alma quiso retroceder, pero sus piernas estaban clavadas en el suelo. No podía moverse.

—¿De qué hablas? ¿A quién le dices reina madre?

—Tenías el poder para regresarnos, pero ya es tarde ¿o no, reina madre? Ten cuidado, ya vienen por ti.

Un zumbido en su cabeza, un grito desgarrador, lo escuchaba mientras los cuerpos caían al suelo, siempre vestidos como cada uno lo hacía en el pueblo, fue un desplome de dominó, uno a uno, como si les hubieran cortado con un hilo, simples marionetas. Y al tocar el suelo se volvían humo y desaparecían. Alma gritó y se vio sola, con la piel erizada, agitada en la oscuridad total. Sintió una respiración atrás de ella y gritó de nuevo, exhalando por su boca una luz increíble.

Despertó con un jadeo seco, bañada en sudor. Tardó unos segundos en reconocer el cuarto, las paredes desgastadas de blanco, el cielo de tabla blanca y la lámpara opaca que creaba sombras amenazantes, estaba de nuevo en el hospital. Su tobillo lo sentía mejor, menos dolor, era más la opresión en su pecho.

—¿Todo bien Lili?

Desde la silla, Quita dejó su forma gatuna incómoda y se sentó, esperando la respuesta.

—Otra pesadilla, diferente, rara.

—¿Estaba en ella?

—No Quita, estaban todos los de la morgue y Margarita.

Agarró el control del televisor y puso la imagen sin sonido, en una película de hospitales. Sus ojos brillaban con la luz parpadeante de la pantalla

—Si quieres nos vamos esta noche Lili, ya el tobillo se encuentra mucho mejor, creo, así estamos temprano en tu casa. Dudo que regrese otra enfermera de turno.

Más tardó en hablar cuando dos enfermeras encendieron las luces.

—Hora de examinar, suministrar analgésicos y desinflamantes…Y de autógrafos, ¿nos regala un par?

—No hay problema señoritas, pero condicionado a que dejen nada más encendida la lámpara de mesa. Esa luz molesta, la del

cielo.

Chequearon, se tomó sus pastillas y una de ellas ajustó otra lámpara de noche para un cálido ambiente. Les firmó y salieron felices armando un escándalo de un par de gritos de euforia, pidiendo perdón y dando las gracias.

—Ya no me respondiste, ¿nos vamos?

—No Quita, llegaré a molestar a mi familia en la madrugada, ya es tarde, eso de la morgue y con la plática con la policía, se escapó el tiempo. Pasaremos mejor la noche aquí.

—Dilo por ti, esta gatita enroscada no está muy cómoda que digamos.

—Duerme conmigo, la cama no es muy ancha, pero hay espacio, ¿qué opinas?

—No quiero ser tu conciencia, pero nos encuentran de esa manera y la foto saldrá en cualquier revista de escándalo, estoy bien así. ¿Qué pasó en tu sueño? ¿Algo más para contarme?

—En realidad no, fue aterrador e ilustrativo a la vez. ¿Debo averiguar a qué se referían con reina madre?

Quita tosió al escuchar esas dos palabras.

—¿Te pasa algo?

—No Lili, debe ser el aire, algo en el ambiente, pero ya pasó, no te preocupes.

—¿Debo de hacerlo?

—Por cómo están las cosas, ser precavida nada más. Mira todo lo acontecido a tu alrededor.

—Lo tomaré en cuenta. ¿Una pregunta Quita?

—Dime.

—¿Qué hacíamos antes? ¿Al cine, bar, buscar chicos? ¿Cómo conocí a Daniel?

—Todo aprobado menos lo último, Daniel fue luego de tu ausencia y digo eso porque nunca volviste, ni una llamada, una palabra. Cuando te desmayaste, eso fue horrible, por cierto, ya nunca supe de ti y tu esposo, forman parte de tu nueva vida.

—Entiendo. ¿Puedes describirme esa escena?

—¿Cuándo caíste al suelo?

—Sí, ese mismo, en mi cabeza o mis recuerdos, no lo veo.

—Nada, ningún indicio, era una tarde como muchas. Tú siempre alegre, risueña. Por cierto, ¿qué hiciste con Alma?

—¿A qué te refieres?

—Esa seriedad me asesina, amiga. Bueno, el restaurante estaba hasta el tope, era una tarde con un fuerte viento, te menciono el clima, porque este se acrecentó de manera bestial, entró como un torbellino al salón y te dio de lleno, como si algo te hubiera golpeado. Por suerte unas manos sostuvieron tu caída. Resguardaron tu cabeza, pero sí, te fuiste de bruces y te recostaron sobre el piso. La ambulancia y los paramédicos tardaron como veinte minutos en llegar. Nunca despertaste, cuando lo hiciste, me enteré al indagar en el hospital que desapareciste. Unos meses más tarde te vimos por televisión y las noticias, tu novela despegaba.

—¿Cómo supieron lo que me pasó?

—Diste una entrevista, contabas de tus recuerdos olvidados, fue un duro golpe para todos. No fue la pandemia que se llevó a doña Elvira y Raúl, fue la tristeza de tu partida. Esto era una familia alegre.

Quita se llevó las manos al rostro y no dijo nada, las dos guardaron silencio, el brillo en los ojos, aún en la oscuridad, era evidente en Quita, le costaba escarbar en los viejos recuerdos.

—Hay que dormir, Quita. Gracias, en verdad de corazón, gracias, amiga, sé que ha sido duro. Daría tanto por recordar un tan solo momento de todo lo que me cuentan. Pero mi cerebro es un vacío monumental de esos tiempos.

—Tienes razón, gracias a ti por considerarme aún sin recordarme, por darme la confianza sobre tu esposo.

—Preferí que me asesinaras antes, que, a Josefina, jaja.

Ambas rieron en bajo y no se dijeron nada más. El resto de la noche fue una tensa quietud, las luces del pasillo seguían titilando, creando sombras que se movían inquietas, como si esa parte del mundo se detuviera y luchara entre la luz y la oscuridad. Pero el amanecer llegó, como siempre, sin pedir permiso, atropellando, sin saber lo acontecido unas horas antes.

Capítulo 18- Paula

Paula se encontraba pegada a las noticias de la televisión y al móvil, a la espera de cualquier informe. No sabía nada de Alma, sólo el video risible en que le da un puntapié al reportero. Pensaba que se lo merecía. La noche guardaba un silencio raro, como si todos los vehículos de Madrid se hubieran ocultado, un claxon a lo lejos, un traqueteo, faros iluminando en la jungla de asfalto. Se estaba quedando dormida cuando escuchó el timbre repetido de la puerta.

—¿Quién rayos? Son casi las once de la noche.

Miró por el ojo de pescado, casi no la reconocía, pero por las descripciones de Lidia, se trataba de Laura, la editora. Entreabrió la puerta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Déjate de bobadas, Paula, sabes que soy Laura, la editora de Alma.

—Entra, pero sabes que nunca te había visto, sólo hablamos por teléfono.

—Yo a ti, igual, jamás. Pero me tuviste que ver con mi protegida por televisión —lo decía mientras avanzaba rápido hacia la sala.

—¿Qué haces aquí?

Tardó en pronunciarse, miraba hacia todos lados, reconociendo el campo de batalla donde la doctora Frankenstein trataba a su amiga. Cruzó los brazos y tensó los labios.

—No puedes seguir manipulándola, mira en el lío en que la has metido.

—¿Qué yo qué?

—Las noticias, rescatada de un hoyo, rodeada de cadáveres, ¿me la quieres traumar?

—No tengo nada que ver con todo ello.

—¿Y tus medicamentos? Apuesto que todo se debió a sus alucinaciones.

—¿Quieres que la interne?

—No me salgas con eso, no la puedes controlar de esa manera, ahora se encuentra en un enorme lío.

—Tú no sabes nada, ella es mi paciente, Laura, no es tu propiedad, no es tu alcancía, aunque para ti lo parezca.

—No juegues conmigo —lo decía mientras la señalaba—. Sin ella se me cae todo mi mundo. ¿Sabes lo que significa Alma Lidia en mi editorial? Es nuestra piedra angular, nuestro vellocino de oro. Y tú, patética bruja de psicología barata, has hecho de su mente un campo de pruebas.

—Psiquiatría. Tú tienes miedo de perder a tu escritora insignia, yo tengo miedo de perder a una amiga.

—En eso te equivocas, es cierto, es nuestra deidad, pero también es mi amiga, le advertí de ti, tantas veces que comencé a odiarte sin conocerte, luego de aquello, hablamos y fue distinto.

Se sentó de un solo golpe en el primer sillón que encontró, como si hubiera sacado todo y no tuviera más nada.

Ayudó el gorgoteo de la cafetera indicando que estaba listo. Sin decir una palabra, Paula fue a la cocina y preparó dos tazas con café caliente y humeante. Regresó y le entregó una a Laura.

—Traje azúcar y cremora, para que lo hagas a tu gusto.

—Gracias, lo necesito —tomó un sorbo y se quedó mirando a la nada —. Lo que está pasando con Alma, todo esto, es un enorme terremoto. Sabes a lo que me refiero. Esperamos demasiado a que recuperara la memoria, que la dejamos vagar por la vida. Debe saber la verdad, las tres lo sabemos, Alma no es la única que escucha, al menos ella mira a quienes le hablan, nosotras escuchamos las voces en nuestro interior. Si tú estuvieras fuera de la ecuación, nos hubieras encerrado a las tres.

—Quita fue para protegerla.

—Gran ayuda, mira el menudo lío en que se encuentra, y esas cosas andan tras ella, la están rodeando. Tú la tenías en tus manos, la dejaste ir como si nada.

—¿Vas a culparme tú, ahora? Después de todo lo que sabes, de lo que hemos callado durante años por su bienestar, para darle tiempo, obedeciendo a las voces. Tú, la que más se ha beneficiado de su olvido. ¿Te atreves?

Laura volvió a cruzar los brazos y a suspirar, como si tuviera algo atragantado.

—No me atrevo, lo afirmo. Nunca debiste dejar que volviera a su casa sin un acompañamiento psiquiátrico diario, no sé, sesiones de hipnosis, tú sabes de eso. Nunca debiste ocultar el alcance de sus visiones. Lo sabía, Paula, lo sabíamos las dos. Quita fue más humilde, se apartó hasta que Lidia se comunicó. Sólo estuvo detrás, como un guardián silencioso. ¿Y ahora qué? ¿Cuerpos en una cueva? ¿Lesiones? ¿Sueños con muertos? ¿Pesadillas, alucinaciones?

Paula apretó su cuerpo y su mandíbula. Laura prosiguió.

—No te confundas con decirme que es mi gallina de los huevos de oro. La cuidé desde que era una novata insegura con una novela sucia y sin estructura, pero genial, una maravilla de la escritura. Pero sabíamos de dónde era ese don. No era de Alma, sino de ese ser que se hace llamar Alma Lidia Flor Vega. Juntas construimos una obra de arte, aprendió a escuchar su voz narrativa, mientras las voces nos indicaban la manera de mantenerla a salvo. No me digas que soy una explotadora, lo que construimos fue juntas…tú lo sabes.

—¿Y por eso ahora sientes que tienes derecho sobre su vida? Sabes quién es, lo que representa y si no recuerda, quedará atrapada dentro de alguien que no le pertenece. Mira, ya estoy hablando como una loca, como si todo lo que conocemos de ellas fuera real y no una histeria colectiva. Nunca pudimos hablar en persona, sólo por teléfono.

—Por el bien de ella, sonaba raro que la editora fuera gran amiga de Paula, la psiquiatra y de su camarera amiga Quita.

—¿Qué piensas de todo esto?

—Que estamos más locas que Alma, por aceptar esas voces como reales y hacerles caso. Creo que terminaremos las tres internadas y nuestra amiga sin recordar nada.

—Si pasa eso la humanidad estará en peligro.

—Ni que lo digas. Por eso me iré en este momento a esperarla en su casa, a su pueblo.

—¿Qué harás, decirle así sin aspavientos?, mira, eres una reina de otro lado, tienes que recordar para hacer lo que mejor sabes hacer.

—Muy graciosa, pero tiene que abrir los ojos, si sólo se sale, consciente o inconsciente, entonces perderemos a Alma para siempre.

—Si lo haces ahora puedes provocarle un desequilibrado estado emocional y forzarla a realizar lo que no queremos que haga.

—Habla la profesional, me largo, si quieres acompañarme, tengo lugar en el carro.

—Iré más tarde, pero te aconsejo que lo medites con la almohada.

—La muy profana apoya cabezas me rehúye, así que no tengo que pensarlo, cuídate, es mejor que estés cuando suelte la lengua, querida doctora, ve preparada con algún sedante o medicamento de los que conoces.

Lo decía mientras abandonaba el apartamento, dejando la puerta abierta y perdiéndose en el pasillo como parte de las sombras de la oscuridad. Paula no la acompañó porque esperaba a que se desapareciera de su vista y correr al auto, adelantarse y enfriar las cosas, hablar con Quita, una aliada, mientras volvieran las voces para saber qué hacer con su reina. Lo pensaba y cada vez se declaraba más loca que su amiga. Agarró su cartera, metió sus documentos, dinero, el móvil y salió aturdida, hasta casi olvidar cerrar la puerta de su apartamento. Cuando puso llave, se quedó petrificada, pensativa, estaba por desmoronarse, su mundo era irreal, ahora vivía bajo algo sobrenatural. Una profesional como ella, eso le sonaba ridículo, descabellado. Se giró y puso todo su enfoque en llegar primero, lo demás era secundario por ahora. La verdad estaba más cerca, y era más peligrosa de lo que jamás imaginó.

La niebla se colaba por las faldas de los pinares, mientras Paula descendía por la carretera secundaria que conectaba al hospital donde se encontraba Alma. Las luces de su auto cortaban apenas unos metros de espesa oscuridad. Los latidos eran más constantes y rítmicos con su respiración. Antes que Laura, esa era la meta, si alcanzaba a Lidia en el nosocomio lo lograría. El auto aumentaba la velocidad en una escasa visual, pero Laura ya no pensaba. Se guiaba por la línea blanca en el asfalto, el volante se resistía ante la fuerza

que ejercían las manos sudorosas de Paula. De repente tomó una curva demasiado deprisa, pero la sorteó ante el chirrido de las llantas y entonces vio algo que se acercaba. Una sombra en medio de la carretera, como esperándola, alta, vagamente humana, pero distorsionada, no parecía alguien real, pero estaba ahí. Giró el volante con brusquedad para evitarla, el coche gimió en un aullido lastimero, forzado, de repente el arcén se convirtió en un nuevo trayecto, un abismo y el metal gritó mientras se alzaba en el aire, terminando en una pequeña barranca mientras daba tumbos hasta detenerse en un árbol. Paula ya no llegaría a tiempo.

Capítulo 19- Remordimientos

El chirrido del viento en el metal era el único sonido de la noche, el golpe fue en su cabeza contra la bolsa de aire. Agradeció al escuchar

el parabrisas romperse en mil piezas y no tocarla. Paula se dobló sobre el volante. Sentía el dolor del golpe en su pecho, fue brutal. No podía moverse, sabía que se estaba desmayando, sentía el hilo rojizo, lento, que bajaba por el lado de su rostro y la oscuridad se estaba tragando su realidad. Creía escuchar el sonido de sirenas, pero a lo mejor era el eco de su propia respiración. Entonces recordó que estaba sola y un pasado que vino a cobrar su deuda.

Las imágenes regresaron como un torrente desbordado, una secuencia desordenada de rostros y luces. Quita al volante, las manos temblando, el cuerpo del hombre lanzado por el aire; los faros haciéndose añicos y escuchar el sonido seco del impacto del cuerpo tras ellas.

—No pares Quita, no pares—gritaba Paula ese día —No pienses, recuerda que es un asesino, mataría a nuestra amiga, no hemos hecho nada malo.

Laura miró hacia atrás mientras se alejaban, Alma intacta, el cuerpo retorcido cerca de la cuneta.

Media hora más tarde se encontraban en la vieja finca de doña Elvira, escondieron el auto bajo zarzas y hiedras bajo el cobertizo. Un auto que le prometió su jefa, sin saber que incluía la finca, un regalo que agradecía en demasía.

—Será nuestro secreto Quita, recuerda, no hicimos nada malo, sólo salvar a nuestra amiga.

—Lo dices fácil, Paula, no eras tú la que conducía. Pero no te preocupes, así nos lo dijeron, se tenía que hacer o perdíamos a Alma.

Las sirenas sonaban a la distancia, pensaban que de un momento a otro las acordonaran y encerraran. Pero nada. A Quita no se le borraba de su mente el golpe del hombre en el auto, tuvieron suerte que no se elevara hacia el parabrisas, sino hacia adelante.

Paula regresó de sus recuerdos, seguía sin moverse y se desmayaba. La rueda del destino siempre vuelve al mismo punto, pensó. Quiso decir el nombre de Quita, pero la voz no le salía, era más bien un quejido tenue, luego volvió el silencio.

No escuchó cuando los paramédicos se acercaban, sólo terminó de recordar que, al mirar atrás, entre los árboles cercanos a Lidia, alguien más la veía con furia, una silueta alta, monstruosa y oscura. Y sus ojos, los recordaba ahora, brillaban como los de una bestia.

Capítulo 20- La Reina sin recuerdos

Laura entró a empujones, esquivando a la prensa, esa compañera de su propaganda, de las novelas de la escritora, ahora parecían distanciados, enemigos irresolutos ante un evento inexplicable para esos cuerpos que se pegaban en la entrada, pero un evento más allá de su comprensión. Se abrazó a Alma como deseando sacarle el aire, cerraba los ojos y balbuceaba.

—Hola Almita, ¿cómo te encuentras?

—Mal amiga, pero antes de contarte déjame presentarte. Josefina, mi madre.

—Al fin tengo el honor de conocerla señora, es un placer.

—Lo mismo digo, aunque no muy contenta en la forma en que la explotan a mi hija.

—Josefina, vamos, no es manera de darle la bienvenida a mi jefa.

—No le haga caso señora, no soy su jefa, su socia de negocios en esta aventura de la pasión de su hija, de la cual no me dejará mentir que es todo un talento nato.

—Olvida, contigo no se gana, acá te presento a una gran amiga, Quita.

—¿La camarera?

—La misma que viste y calza. Mucho gusto.

Se dieron las manos y la invitaron a pasar.

—¿Qué tal el viaje?

—Largo Almita, realmente me ha llevado todo el día llegar hasta acá.

—¿Algo de tomar?

—Un café me vendría bien, si no hay problema.

—Claro, Josefina ya tiene lista la cafetera con agua.

—Sé que no es el momento, pero ya tienes mucho material para una novela, Almita, pero olvídate de eso por ahora. Lo más importante eres tú, que te encuentres bien.

—Muchas gracias, Laura. Te dejo en buena compañía, estaba a punto de darme un duchazo. Mi esposo regresará más tarde y te lo presento.

—Sin problemas, acá te espero. ¿Por cierto? Luego tengo que hablar contigo a solas, Almita.

—Claro, ya bajo.

Subió despacio, intentando que el tobillo no le molestara, en realidad consideró que hicieron un buen trabajo en el hospital. Cerró la puerta y Josefina se disculpó, que regresaría en unos momentos de la tienda, instante que aprovechó Laura para girarse hacia Quita.

—¿Qué demonios haces aquí, Quita? Se supone que esperarías hasta que ella se recuperara y que no intervendrías.

—La voz en mi interior me dijo lo contrario, que el tiempo se estaba agotando y que Alma se encontraba en peligro mortal, por lo que debería estar cerca, para ayudarla y vigilarla. ¿Tú, qué haces aquí?

—Vengo a contarle la verdad, Almita debe recordar lo más pronto posible, quién es. Vengo a decirle todo. Quién es en realidad.

El agua caliente resbalaba por el cuerpo de Alma Lidia como una caricia suave, pero eso no la relajaba. El vapor empañaba el espejo,

borrando cualquier reflejo y creando una especie de adormecimiento de su mente. Eran tantas cosas en su cabeza, antes eran gritos desesperados, pero ahora el silencio la ahogaba. ¿Y si todo era un engaño de su cerebro? ¿Le hacía preguntarse cuánto de lo que estaba viviendo a diario era real o todo era una mentira? Cerró los ojos por un momento, apretando, como si ese gesto bastara para que sus recuerdos aparecieran como puntos blancos luego de un golpe. Apoyó la cabeza en la cerámica lisa de la pared de la ducha, las piezas blancas la sostenían. No cabían las palabras para expresar lo que sentía, trataba de relajar su espíritu.

No era tristeza, ni miedo lo que la desbalanceaba, era más profundo, una especie de frustración, impotencia, ante algo que crecía en su interior y no sabía su procedencia. De pronto la temperatura cambió sin ella percibirlo de manera directa, sin esperarlo, toda su realidad se trastocó. Ya no estaba en la ducha de pie, sino en medio del río con el agua hasta la cintura y apoyando sus pies en el fondo.

El agua, aunque transparente, reflejaba una oscuridad de terror, como un enorme abismo. A su alrededor, las veinticinco personas del pueblo flotaron sobre su cabeza, rodeándola, los mismos de la morgue, pero esta vez sin súplica, sin quebranto, sin llanto. Sus labios se movían y siseaban hasta que las palabras fueron ascendiendo de tono, siendo audibles, como una especie de reverencia incomprensible.

—Reina Xana —escuchaba en su cabeza.

—Gracias reina Xana.

Y se iban desvaneciendo a medida hablaban, disueltos en una luz que emanaba del cielo, del río, de todos lados, hasta de su interior. Hacía viento, era raro, como un murmullo que se acrecentaba. Y de pronto, silencio.

Alma parpadeó, se encontraba de nuevo en su casa, el agua de la ducha mojando su cuerpo. Se aferró a las baldosas con ambas manos y se obligó a respirar, sus piernas temblaban.

Salió rápido, luego de secarse y aún en toalla, agarró su móvil y buscó respuestas. La palabra fue clara, Xanas. Lo que encontró la dejó con más dudas que respuestas: "las Xanas, son hadas

benéficas de la mitología asturiana y del norte de Castilla. Son espíritus de la naturaleza, hadas o ninfas de agua que viven en las fuentes, cuevas y en las riberas de los cursos de agua, su aspecto es de una mujer humana, aunque de tamaño reducido, destacan por su belleza, su voz melodiosa y su larga cabellera rubia y lisa, sujeta por una cinta de perlas o de flores. Su ropaje es dispar, unos dicen que se visten con túnicas blancas o plateadas, otros dicen el traje tradicional asturiano".

Se quedó pensativa mientras cerraba su *laptop*, dejando de ver algunas imágenes que resaltaban a la vista. Quedó sin leer un espacio adelante que decía: Ojáncanas, hadas malignas y enemigas de las Xanas.

La asustó el sonido del fijo en la cocina, tres timbres y alguien contestó. Escuchó los pasos en la escalera, un poco apresurados, luego recorrer el pasillo hasta pararse frente a su puerta. El toque rápido la asustó de nuevo, hasta que escuchó la voz de Josefina.

—Hija, han llamado del hospital, Paula tu psiquiatra sufrió un accidente.

Abrió rápido.

—¿Qué pasó Josefina? ¿Se encuentra bien?

—No lo saben, pero dicen que el carro se encuentra destrozado. Las chicas ya te esperan afuera, claro, si quieres ir al hospital.

—Diles que enseguida bajo, sólo me cambio. Gracias por avisarme, espero que no sea grave.

La toalla tembló en su cuerpo mientras caía y se ponía unos pantalones crema, en una blusa blanca, zapatillas tenis y salió volando mientras agarraba como pudo su cartera. Casi se pasa llevando a Josefina y Daniel Alonzo que regresaba del mercado. La puerta trasera del vehículo de Laura se encontraba abierta y se dejó absorber por el carro en movimiento, atrás quedaban los reporteros que también armaron su propia caravana para seguirlas. No sin antes estamparle un enorme beso a su incrédulo marido y decirle que regresaría pronto.

—Laura, Quita, ¿saben algo de Paula?

—Hola Almita, estamos igual que tú, lo sabremos al llegar al hospital. Eso sí, tardaremos unos diez minutos.

—Espero que sólo sea un pequeño golpe.

—Es mi deseo, Lili.

—¿Puedo preguntarles algo?

—Claro Almita, sólo que te adelanto que nos siguen esos reporteros, buenos para nada. Pero no te preocupes, pronto los iremos alejando.

—Sin correr Laura, suficiente tengo que mi psiquiatra haya tenido un accidente de tránsito como para obtener un puesto en la lista. Y por favor, ya no me respondieron.

—Perdón, Almita, ¿qué decías?

—¿Han escuchado sobre las Xanas?

Quita y Laura se miraron con una expresión de haber visto un crimen.

—Almita, te puedo recomendar unos buenos libros para esas leyendas urbanas, folclore popular de nuestro pueblo. ¿A qué el interés en esos seres?

—Les hablé de los muertos de la morgue, los que miraban suspendidos en el aire sobre el río y brillaban.

—Claro, recuerda que te acompañé en todo el hospital.

—Quita sabrá sobre ello, pero de mi parte, ni idea de qué estás hablando. Fingió.

—Les cuento, hoy que subí a ducharme, de nuevo tuve otra alucinación, o lo que fueran. Diantres, se miran tan reales.

—Tranquila, Lili, vamos suelta, que te escuchamos.

—Pues que los veo, me rodean y me dicen reina Xana.

Laura casi pierde el control de la sorpresa, todas se asustan y dejan escapar un par de gritos.

—¿Qué fue eso, Laura? Casi pierdes el control.

—Perdón Almita, me causó gracia lo que nos acabas de decir, que de la sorpresa y risa he movido el timón. No volverá a pasar.

—¿Y ese silencio, Quita? ¿Piensas en lo dicho? Por lo general eres la hablantina, la que me cuesta callar.

—Lo siento Lili, pensaba en lo que dijiste, tú una reina, buena pasada. Como broma está bien. Si lo dices en serio, me haces preocuparme por tu salud, comprensible, pero angustiante.

—Investigué, son hadas de otro reino, la mayor parte mencionan que son hadas buenas. ¿Lo son?

—Almita, las malas tienen otro nombre y no deseas mencionarlas.

—¿Entonces has leído al respecto, Laura?

—Lo que se dice una gran investigación, para nada, pero he tenido que buscar los conceptos, por un par de novelas que entraron con esa temática. Por un momento, Almita, pensé que, de novela Negra y policíaca, deseabas pasarte a la Fantasía.

—No, para nada y, ¿qué nombre reciben las hadas malas, Laura?

—Ojáncanas.

Por asociación, Alma conjuntó esa palabra, ese nombre, con Jimena.

Capítulo 21- La Reina sin corona

La palabra fue como un eco dentro del auto, redundante, molesto. Por unos minutos sólo contemplaban el asfalto que se movía de adelante hacia atrás, como un agujero de gusano oscuro y serpenteante. Eso la descolocó de su pensamiento.

—¿Qué son esas que mencionaste?

—¿Las Ojáncanas, Almita?

—Esas mismas, ¿a pesar de su naturaleza, son amigas de las Xanas?

—Para nada Almita, ¿tú las conoces Quita?

—Ni en las historias del colegio.

—Son hadas malignas, Almita. Son enemigas de las Xanas. Recuerda que todo lo que te cuento son leyendas urbanas y folclore de nuestro pueblo.

—¿Habrá algo de verdad en ello? Para que las personas de la morgue me dijeran que soy la reina de esas cosas.

—Lo primero es lo primero, Almita. Las Ojáncanas son criaturas monstruosas, hijas de la oscuridad. Por lo general se les representa de un solo ojo.

—¿Cómo un cíclope?

—Algo parecido Quita, de colmillos largos y pechos enormes, claro, esto último en la forma femenina de ellas. Son enemigas naturales de las Xanas, les gusta la carne cruda, en especial la de los niños que secuestran.

Mientras lo decía, Alma Lidia pasaba en su móvil imágenes grotescas de ellas. Salió de inmediato de las fotos. ¿Y si todo era verdad? ¿Pero ella era humana, cómo podía ser la reina de unos seres fantásticos provenientes de la imaginación y tradición española? Sintió la piel que vibraba, como un cosquilleo cargado de electricidad. Se veía como una reina sin corona, un producto imaginario de unas personas, una esquizofrenia incipiente, eso podría explicarlo todo. Sólo ella alucinaba, sólo ella escuchaba voces en su cabeza, pero estaba muy alejada de la verdad. Su mente

fracturada se negaba a admitirlo. Aquello era demasiado grande, peligroso y sobrenatural.

—¿Sabes por qué vine, Almita?

—Por el progreso de mi nueva novela, claro, aunque apenas tengo unos días en mi pueblo natal. Desde ese punto, me confundes Laura.

—No vine por eso, es para contarte algo. Y, también ver cómo te encuentras con todo lo acontecido.

Quita se desencajó en la mirada, ojos saltones y su boca parecía tragarse a la editora, no se dio cuenta de su expresión, ni de los pequeños movimientos sincronizados de su cuello, girando la cabeza hacia los lados. Parecía indicarle que ni se le ocurriera contarle.

—¿Pero sabes qué, Almita?

—Dime Laura, escucho.

—Te lo contaré cuando recuperes la memoria, urge que recuerdes.

—¿Por qué, Laura?

—Por tu bien, por el de todos. Pero por ahora cambiemos de tema, hablemos de tu loquera y ese tu bello esposo, calladita con el galán, al fin lo conocí.

Recorrieron los cinco minutos restantes riendo del aprecio que Laura le tenía, pero que no le deseaba que su malestar llegara a un punto de estar feliz por lo ocurrido, sino todo lo contrario. En especial porque valoraba a las personas que deseaban el bienestar de Alma Lidia y así se lo manifestó, luego hablaron sin parar de Daniel Alonzo y el gran amor entre ambos.

Esa mañana, quince minutos después de salir de Andalucía de Castella, la escritora entró al hospital por segunda vez, en menos de veinticuatro horas. Se asombraron al verla, tapándole el paso, lejos de disminuir, los reporteros de diferentes cadenas y periódicos aumentaron como hormigas, tanto que a los de azul les costaba contenerlos cuando se agolpaban. Ahora era uno de esos momentos, como abejas en una colmena lineal, seguían a las tres chicas que se movían en aquel río de preguntas y cámaras. Pero al querer ingresar, los cuatro policías de la entrada la detuvieron. No les importaba si era la mujer que encontró la caverna, los cadáveres, ni que era la

escritora convertida en leyenda viva para su país. Alguien tuvo que avisar que no entrara. Por el pasillo vio una delegación, un grupo que se acercaba, reconoció el rostro del que se movía delante de todo el grupo, era Ramos. Entraba a la boca del lobo por voluntad propia. Se quedó parado en la recepción e hizo señales para que les permitieran entrar.

—Hola teniente, a Quita ya la conoce, ella es mi editora, Laura, quien me publica mis libros.

—No diré que es un gusto tenerla de nuevo, aunque no se preocupe, ya me contaron, su loquera tuvo un accidente y se encuentra acá.

—¿Cómo está? ¿Puedo verla? ¿Y por qué todos dicen "loquera" ?, ¿me autodenominan loca?

—Sabe a lo que me refiero, es un apodo sin inferir como extensión a sus pacientes. Su amiga se encuentra en la habitación cuarenta y cuatro. Según el reporte, conducía sola, un par de costillas golpeadas, un brazo magullado, cortes menores. La bolsa de aire le ayudó mucho, pero ante lo aparatoso del choque, es un milagro.

—¿Sabe qué pasó?

—Creo que por lo visto en su velocímetro y la curva donde se accidentó, la rapidez, imprudencia y la oscuridad jugaron en su contra. La dejo, voy para la comisaría, veo que ese tobillo se encuentra mejor, no olvide que tenemos una charla pendiente, regreso más tarde.

—Estaré allí en cuanto salga de todo esto.

Le hizo un gesto con la mano de despedida y se alejó con su grupo hacia la salida, menos de un día y cada vez se notaba avejentado, le daba lástima, estar a cargo de un caso que hasta para cualquier oficial o institución mundial, estaba fuera de un alcance creíble. Pero su empatía no la eximía de la acusación, la consideraba cómplice de alguna manera de todo aquello que pasaba. Lo importante era ir eliminando toda posibilidad de culpabilidad.

—¿Y ese quién era, Almita?

—El teniente Ramos, el jefe de la delegación de mi pueblo, ante la muerte ya confirmada del comisario Rojas.

—Que lamentable, Almita.

Entraron a la habitación cuarenta y cuatro en silencio. La luz tenue acariciaba el rostro maltratado de su psiquiatra. Paula dormía con una respiración acompasada. El brazo izquierdo pegado a su pecho con un cabestrillo. Alma se paró a su lado, se puso sentimental mientras le sujetaba la mano libre.

—Quiero que me digas que estoy loca, porque todo lo que me está pasando, parece una afirmación rotunda. Ya no importa si lo estoy, antes deseaba saber quién soy, mi pasado. Me desgarraba no saber, pero ahora, te repito Paula, no importa, sólo que te mejores.

Quita salió al pasillo, su mirada se perdía en el cielo raso, metió las manos en los bolsillos mientras deslizaba sus zapatillas sobre el suelo vinílico, seguida en su movimiento por su blusa blanca de algodón; las ojeras eran evidentes, sus hombros pesaban. En su interior crecía el enorme deseo que todo terminara, el compromiso de la vigilancia le estaba pasando factura. ¿Cuántas noches sin dormir? Ya no las contaba. ¿Cómo hacerla recordar y acabar con esta pesadilla? También se cuestionaba si todo era verdad. Si la voz en su cabeza que le pedía su ayuda era real o como dijo una vez Paula: <<Lidia nos ha contagiado, esto parece histeria colectiva>>. Aquello no era su amiga, por más que se mentalizara a creerlo. El cuerpo sí, era el de ella, pero lo que se encontraba adentro no lo era. ¿Dónde estaba la verdadera Alma Lidia Flor Vega? ¿Ya no existía? ¿Tendría que conformarse con ese falso clon? La voz le indicó que al recordar la reina quién era, por sus poderes y estatus, podría devolver a su amiga. Por eso le apremiaba el que recordara. Quería a su amiga en este plano terrenal, sana y salva. Adentro, en el cuarto cuarenta y cuatro, Alma miraba a su doctora que reposaba en la cama, inconsciente, un sueño que esperaba terminara pronto, esa noche, entre paredes blancas y luces intermitentes, la grieta del abismo permanecía como un velo flotante en el viento, tapando sus pensamientos, y Alma, aunque todavía no recordaba, sentía que sabía.

Capítulo 22- El despertar de Margarita

El hospital, por la tarde, olía a lejía vieja, antibióticos y ungüentos. Ramos caminaba por el pasillo, tuvo que regresar para firmar unas actas de entrega para los familiares. Alma se le pegó como una rémora humana, le pidió el favor de ver a Margarita. Lo seguía a paso lento, hasta molestarlo y hacer que cediera para entrar. A medida caminaban, encendían las luces y el brillo fluorescente aumentaba la palidez de sus rostros. Quita y Laura se quedaron con Paula.

—¿Está segura de esto, señora Flor Vega? —preguntó Ramos, sin girarse.

—No lo estoy para nada, teniente, pero necesito verla.

—Debo preguntar, ¿cuál es el motivo? Recuerde que la tengo en la mira y si le estoy concediendo ciertos privilegios es por la fama que tiene y porque sus pies han dejado huellas en todo este asunto, unas para bien y quiero encontrar las del mal.

—¿Sigo siendo sospechosa para usted?

—Si me pregunta, ya pasó esa categoría, huelo que algo tiene en este asunto y no le creo que sea de una manera inconsciente.

—¿Entonces por qué permitirme entrar como si fuera una investigadora?

—Conoce el dicho: a tus amigos tenlos cerca, pero a tus enemigos…

—Comprendo, no soy de su agrado.

—Todo lo contrario, mi querida escritora, estoy luchando entre mi admiración por sus logros, por el orgullo de nuestro pueblo y la cruel verdad de tenerla encima de todo. Como alguien inocente que conoce por años, el cual ha sido descubierto en una tienda de abarrotes, llevando todo el dinero de la caja. El dependiente muerto, nadie más alrededor, una sola persona. Sin importar todas las

explicaciones, que diga y pueda ser cierto, que sea inocente. Pero la evidencia parece contundente y en su frente puedo leer la palabra de culpabilidad. ¿En mi lugar, usted qué haría?

—Lo arrestaría —lo dijo, mirando hacia el suelo, casi como un susurro.

—Ahora me entiende, señora Vega y ve que mi postura por ahora es de empatía. Quiero que piense lo mismo y sea recíproco al ser condescendiente. Pero no se confíe, encuentro algo para acusarla y estará contando historias en la celda del pueblo. ¿Entramos?

Como si atravesaran un agujero de gusano, el tiempo desde la entrada al pasillo fue en un suspiro, contrario a la prolongada charla. Ambos comenzaron a temblar, la temperatura jugaba para castañear sus dientes. A pesar de ello, Alma Lidia tuvo brotes líquidos de agitación, como si acabara de correr. Le resbalaban por la espalda y temía que se le congelaran, todo al ver a la chica a unos cuantos metros de ella. Su cabeza estaba descubierta.

—El forense no tarda en venir e investigar las causas de la muerte, aunque como dicen los testigos, fue un aparente ataque al corazón. La escucharon quejarse de un dolor en el pecho y luego caer. ¿Se imagina a una muchacha con la lozanía de Margarita, morir de esa manera, a su edad?

La escritora sólo escuchaba, se acercaba de una manera precavida al principio, luego pasó a un miedo raro. A lo mejor los sucesos de la cafetería la angustiaban. No se dio cuenta en qué momento le sujetó la mano blanquecina, apretando un poco. El rostro mostraba un aspecto lívido, sin señales de violencia, un rostro hermoso, blanco, semejaba una princesa dormida.

—Repito, aparente paro cardíaco, ya lo confirmará el médico forense. Según los familiares, no tenía predisposición o indicios de una persona con problemas del corazón. Cero drogas, enemigos, traumas, menos señales de ahogo. Como si la vida decidió contra todos los pronósticos terminar con ella.

Mientras la sostenía con su mano, puso la otra en el rostro de la joven y la sala entera se desvaneció de su vista.

El río era distinto, menos caudaloso, como un brote de agua, brillaba con una luz tenue, como dorada. Alma se encontraba en la orilla, Margarita también, de pie, con un vestido blanco y su cuerpo flotaba, en un instante fue descendiendo hasta la escritora.

—No era mi deseo morir, fue repentino, sentí que una cosa se metía conmigo, adentro de mi cuerpo y me sacaba. Sentí su miedo.

—¿Miedo a qué?

—De que recordaras, de que los mandaras de vuelta de donde vinieron. Que descubrieras de nuevo tus poderes. Me siento abandonada, ni siquiera estoy con los otros, los escucho llamándote.

Alma la abrazó.

—Ya no estarás sola, ahora eres libre, vuelve.

El cuerpo bajo la sábana se estremeció, al principio fueron los dedos de las manos, moviéndose en agitaciones, luego el cuerpo, los párpados. Alma se alejó, regresó a la morgue, su alucinación terminó, ahora era una realidad fuera de lo natural.

—Dios —exclamó el forense, soltando la tabla de notas.

—Santo cielo —gritó Ramos, quien se tambaleó hacia atrás, cayendo sentado y golpeándose contra el suelo. Trató de levantarse de prisa.

Margarita abrió los ojos de golpe, con un gesto de terror, angustia y agitación. Devoró con la vista a Lidia. Y se abrazó a ella, como deseando absorberla, soltando todo de su interior.

El forense activó el botón de emergencia, en menos de un minuto, un par de médicos y varias enfermeras, junto a personal de seguridad irrumpieron en la morgue. Se la arrebataron a Alma y Margarita se dejó seducir de la calma para ser evaluada. La trasladaron en camilla. La escritora la vio alejarse, pero entre ellas no se perdió la unión de sus miradas hasta que traspasó la puerta.

—¿Qué rayos fue eso, señora Flor Vega? ¿Puede explicarlo? —preguntó Ramos.

—Se despertó.

—Ya sabemos que se despertó. ¿Pero cómo? ¿Por qué está viva?

—No lo sé, milagro inesperado.

—No me salga con eso, al tocarla, algo pasó, vi esa energía entre ambas, como un rayo. ¿Cuál es tu diagnóstico Samuel de todo esto?

Se giró hacia el forense a quien pilló desprevenido con la pregunta. Sólo pudo girar su cabeza de manera negativa ante la incertidumbre de lo visto. No tenía una explicación racional al respecto y trató en su mente de auscultar conocimientos antiguos de un hecho similar.

—¿Samuel?

—Remisión celular, es mi única respuesta.

—Explícate —le repitió Ramos.

Pero antes de responder, vieron desplomarse a Lidia. Por suerte el teniente se encontraba cerca y logró sostenerla junto el forense antes de que se lastimara la cabeza. Pidieron una camilla y la llevaron a un cuarto para que reposara.

—Le vamos a asignar este cuarto de manera permanente, señora Vega, parece ya su refugio —dijo el teniente Ramos al momento de despertarse Lidia.

—¿Qué me pasó?

—Explíqueme usted, su amiga acá se encuentra tan confundida como usted.

—El teniente me contó todo, es increíble.

—¿Y Margarita?

—Se encuentra estable, no se preocupe señora. Estará en observación unos días y trataremos, por el amor de Dios, de descubrir lo que pasó.

—No se martirice teniente, como dijo su forense, regeneración espontánea de células.

—Lo que usted diga, pero sé lo que vi.

—Coincidencia inmensa teniente —dijo Quita, tratando de mitigar la situación.

—Puede ser o no. Esto no la redime ante mis ojos, señora Vega. Estaré vigilando. Hay una patrulla que va para el pueblo, por si desea que la llevemos.

—Le agradezco teniente, pero Laura, mi editora nos trajo, nos iremos con ella.

— Me voy entonces antes que también me internen.

—Gracias teniente.

No le respondió, sólo lo vio alejarse, <<ese hombre está al borde del colapso>>, pensó. <<El peso que lleva es escalofriante>>. Se volvió hacia Quita.

—Estoy recordando un poco, pero son como un televisor que cambia de canal de manera rápida sin parar, imágenes que pasan y antes que pueda analizarla, se le unen diez. ¿Te ha dicho algo esa voz, que me contaron, les habla?

—Pero eso es bueno Lili, que tu memoria vuelva hacia atrás en tu vida. En lo que te encontrabas desmayada regresó por unos momentos. Me dijo que sintieron el poder que emanó de ti. Pero que tardarás en recuperarlo, es un desgaste energético.

—Sigo sin creer, más pienso que ustedes tres son las locas y no yo.

—¿Cómo explicas lo de Margarita?

—Ni idea Quita, ni idea. Pero algo pasó, que estoy reiniciando mis recuerdos.

Llegaron donde Paula, se encontraba acostada, se emocionó al ver a las dos. Laura no estaba, sólo su cartera, imaginaron que fue por un café.

—Hola Paula.

—Hola Alma, siento mucho verte de nuevo en estas circunstancias, no como paciente.

—Tranquila, lo importante es que te encuentres bien y sin condiciones críticas en tu cuerpo, dado lo aparatoso que fue el accidente.

—Vi algo, luego de la curva.

—¿Cómo que algo? —dijo Quita.

—Una sombra, algo de forma humana, pero oscura, en medio de la carretera, me hice a un lado para no colisionar con ella.

—Tenemos tiempo para que nos cuentes sobre la Ojáncana que viste —dijo Alma, ante la mirada incrédula de las tres, incluyendo a su editora que entraba en ese momento.

Capítulo 23- La verdad os hará libres

La cena apenas fue tocada, el comedor se unía al silencio quebradizo de rostros que se miraban, como cristales a punto de romper una verdad ineludible. Se escuchaba el movimiento del péndulo del reloj marcando las ocho en un tañido apagado. Laura se había marchado, con la excusa de tener su trabajo atrasado, pero era el ahogamiento de sostener por dentro lo que sabía, que hizo correr su alma y se fue con el pensamiento de estar volviéndose loca de una voz que la torturaba con ideas de fantasía sobre otro mundo.

Lidia dejó el tenedor sobre el plato con un leve chasquido metálico mientras su mirada se detenía en Quita, quien miraba hacia el ventanal, abstraída. La última afirmación de su amiga le confirmaba el regreso de su memoria, pero sobre la peor pesadilla de todas, los seres que la perseguían por las noches. No era bueno que su cerebro calibrara seres malignos detrás de esta irrealidad, no era el punto inicial conque deseaba que se recuperara.

—¿Eres una Xana?

La voz de la escritora la sacó de su aspaviento. Dejó caer su tenedor sobre el plato, atrayendo todas las miradas. Daniel Alonzo las miró incrédulo ante las palabras de su amada.

—¿Una qué, Lidia?

—Una Xana, un hada de río —dijo la escritora.

Quita suspiró, sin apartar la vista de la ventana, contemplando la vida que se movía en la calle.

—No Lili, pero estoy en contacto con una, o simplemente me estoy volviendo loca.

—Dios mío —murmuró Josefina, santiguándose de inmediato—. Esas son cosas malignas. Hija, mira lo que dice, con todo lo que está pasando y salir con estas cosas, ya viste lo que pasó con Margarita y ahora esta niña hablando de hadas y seres mitológicos como si fueran verdad.

—¿Qué es todo esto? ¿Hadas, reinas, qué les pasa? ¿Es un tipo de juego amor? Porque no me gusta para nada.

Quita prosiguió sin prestar atención a las palabras de Alonzo y Josefina, como si en el salón solo existieran su amiga y ella.

—Esa voz me reunió con Paula, luego con Laura, nos dijo de protegerte, seguirte. Ellas se negaron, pero te seguí a todas partes y les informaba.

—¿Quién era esa voz?

—Una Xana, Lili. Paula estaba a punto de encerrarte en una clínica mental, pero la disuadió.

—¿Quién soy yo?

—¿Estás loca amor? ¿Cómo le preguntas eso? Eres Alma Lidia, mi esposa.

—Hija, ¿qué te pasa? ¿Y esas preguntas? Me asustas.

—Eres alguien sin recuerdos, fuera de este mundo, la reina de las Xanas. No es una broma, ni metáfora.

Aquellas palabras fueron una explosión de silencio, como si todo se hubiera detenido, dejando paso al susurro del viento que se mecía en las plantas de la casa y deslizaba como tentáculos de brillo, los mechones del cabello de Alma.

—Escapaste de su mundo, huyendo ante la invasión de las Ojáncanas. Creíste que esa acción las alejaría de tu reino, en una búsqueda frenética por ti. Sucedió a medias. Por lo menos eso me ha dicho la voz en mi cabeza.

—¿Por qué no recuerdo nada de todo eso?

—Porque entrar en un cuerpo requiere tiempo, con tu huida y rapidez, intentabas entrar en alguien, pero no todos te soportaron.

—¿A qué te refieres con no todos me soportaron?

—¿Recuerdas lo dicho por el teniente Ramos? ¿Sobre los casos o extraños sucesos de las personas que han muerto por un paro? Incluyendo a Margarita.

—¿Estás diciendo que mató personas? —interrumpió Daniel.

—Sí —respondió Quita, los cuerpos no resistieron la entrada, hasta que entraste a Lili y por algún motivo, funcionó.

—¿Y qué ha pasado con mi hija? ¿La mató? —carraspeó Josefina afligida.

—No, se encuentra en una especie de limbo, esperando ser liberada. Por eso debes recordar, si sales de su cuerpo sin traerla,

ella morirá y necesitas encontrar dentro de ti, los poderes necesarios para ese intercambio. Por eso es mi afán, quiero a mi mejor amiga devuelta.

—¿Los de la cueva son míos?

—No, son de las Ojáncanas, que, al buscarte, han penetrado en los cuerpos de personas, pero descubrieron que, si no son malos, duran poco dentro de ellos y se fuerzan a salir, contrario a ti, el espíritu de estas personas desaparece y mueren.

—¿Jimena es una Ojáncana? —preguntó Alma.

Daniel Alonzo se puso de pie, su cara reflejaba incertidumbre, indignación, repudio, incredulidad, al igual que Josefina.

—Ya basta, no pienso seguir escuchando más. Esto es desquiciado. ¿Esto es lo que las psiquiatras enseñan, fábulas medievales?

—No estoy loca amor, o eso creo —dijo Alma casi en un susurro —Y tú lo sabes, lo has sentido cada noche en que despierto gritando, has visto los cuerpos en el bosque, ¿cómo defines eso?

—Coincidencias, traumas, efectos secundarios de esos medicamentos. ¿Por qué se iría Laura? Por estas tonterías, no deseaba seguir escuchando, como ya no lo deseo tampoco.

—No sé lo que sea —dijo Quita. —Tampoco comprendo nada de esto y para nada es de mi agrado. Estoy aquí para recuperar a mi amiga, ayudarle a recordar.

—Me voy a dormir Lidia, no quiero seguir este teatro infantil y tú deberías pensarlo dos veces antes de seguir metida en esto. Quiero ayudarte amor, pero no de esta manera.

—Escucha lo que dice Danielito, hija, ¿tú te crees todo esto?

Alma cristalizó sus ojos, su encrucijada dentro de su interior era devastadora, se llevó las manos a la boca para no gritar todo lo que estaba reteniendo.

—Buenas noches a todos, hija, descansa, mañana será otro día y pensamos esto con calma y más raciocinio, sólo quiero tu bien. Quita, no le sigas metiendo tonterías, te lo suplica una madre que ha

visto la lucha de una hija. No, no digas nada, estoy más que molesta, triste, no quiero perder de nuevo a mi hija.

—Te espero arriba amor, no tardes, lleva a Quita al cuarto de huéspedes.

Le estampó un beso y con un movimiento de mano, se despidió de la amiga. Salieron sin mirar atrás. Los pasos sonaron como ecos resonantes en sus cabezas. Quedaron a solas, la escritora respiró hondo, pero no se desahogó, sólo se llevó la mano al pecho, como si con ello sostuviera todo el peso de su dolor, tratando de opacar el fuego que ardía por dentro.

—Margarita era una de ellas, una Ojáncana. Gracias a Dios se encuentra libre y lo mejor de todo, en mi cordura sin concebir tal suceso, viva. ¿Sabes quién es Jimena, te ha dicho algo sobre ella?

—No lo sabe y menos de mi parte —le replicó Quita—. Pero suena muy raro que siempre que las Ojáncanas aparecen, está ella. Siento dejarte amiga, iré a descansar también, no te preocupes, sé el camino al cuarto, ve a tranquilizar a tu esposo, se necesitan mucho en estos momentos, al igual que tu madre.

—Buenas noches, Quita, descansa, nos vemos por la mañana.

La vio alejarse, cerró los ojos y escuchó su respiración profunda, pesada. No era miedo, sino el peso enorme de los recuerdos que regresaban y que estaban al alcance de su mano, lo percibía y debía tomar decisiones, buenas o malas, una de ellas, regresar a la dueña del cuerpo, si acaso todo era real. Deseaba que fuera una alucinación prolongada y pronto despertara en su apartamento de Madrid, siendo Alma Lidia Flor Vega.

Capítulo 24- El Ojáncano

Daniel Alonzo no pudo dormir, contempló a su esposa quien le daba la espalda, pensó que descansaba en los brazos de Morfeo, sin ver las gotas que salían de su verde mirada. Bajó a la cocina, se preparó un café con leche y conectó la televisión, casi sin sonido, no deseaba despertar a nadie. Afuera, la calma, la quietud le inundaron, al menos por las noches los reporteros también dormían, algunos. Por precaución, todas las cortinas se encontraban corridas, cerrando las ventanas y evitando las cámaras. Se relajaba cuando escuchó unos pasos y una voz conocida.

—¿Daniel, amor? —susurró Alma—. ¿Estás bien?

—En realidad no, quería estar un momento a solas, reflexionar sobre todo lo que está pasando. Tratar de creer en lo que no creo. Es de locos amor.

—Siento mucho todo esto, créeme que bajo ningún aspecto deseo hacerles daño. Te amo y lo sabes, a Josefina, la amo, a mi manera, sea lo que sea yo.

—Ven.

Ambos se abrazaron y unieron sus labios en una pasión desbordada, como un deseo de pertenecerse, de olvidar el mundo, los recuerdos. Sus manos se deslizaban en el cuerpo del otro, tocaban la suavidad de la piel joven, escudriñando cada centímetro de un amor recíproco, volviéndose uno, sintiendo sus seres chocar con furia, sin despegar sus labios. Al final, sus miradas se cruzaron y sonrieron, sintiendo una paz como hacía tanto tiempo no tenían.

—¿Nos vamos a la cama, Daniel?

—Quiero descansar un rato acá, ¿me acompañas?

—Claro, sólo déjame prepararme una bebida.

Caminó hacia la cocina, sin percibir la sombra que se ocultaba tras la puerta. El Ojáncano se ocuparía primero del varón, luego la chica sería presa fácil.

Agarró por atrás a Daniel con una cuerda acerada en su cuello, comenzó la lucha ante la oscuridad del ser, sus manos se agitaban tratando de encontrar un punto vulnerable de su atacante, pataleaba, sus fuerzas se desvanecían, se estaba ahogando y en un último momento golpeó con potencia la mesa mientras se desmayaba. Mientras apretaba con mayor fuerza, ante las últimas estocadas de vida de Daniel, sintió que alguien gritaba por atrás y se colgaba por la espalda, ambos rodaron. Alma trataba de buscar un objeto para golpearlo, sabía que pronto su ventaja estaría en su contra, el golpe en su rostro la desniveló cayendo de bruces. El sicario aprovechó para poner sus manos en el cuello de ella. Por un momento, la reina Xana se estaba dando por vencida, dejándose llevar por el momento y pensando que al final era lo mejor. Pero recordó a Alma, no podría ser tan egoísta de dejarla morir, le arrebató su cuerpo, no podía dejarla sin su espíritu. Puso sus manos en el pecho de aquel hombre de negro, sin mirar su rostro porque un pasamontaña lo ocultaba. Se iba, sentía un pequeño desprendimiento. La luz de la estancia se encendió de forma repentina, Jimena apretaba el interruptor de la luz. Eso distrajo al atacante y Alma aprovechó, aún sin entender por qué su enemiga le ayudaba. Una descarga de energía iluminó toda la habitación, saliendo disparado contra la pared, en el mismo instante en que la monstruosidad del Ojáncano, entre gruñidos y lamentos, salía del cuerpo inerte y se perdía en la oscuridad hacia el otro mundo. Desesperada se levantó corriendo hacia el cuerpo de su esposo. Colocó sus manos en el pecho de Alonzo, sin respuesta, la energía gastada en el ser la dejó sin fuerzas. Trató de darle resucitación boca a boca, mientras intentaba reanimación cardiopulmonar sin resultado alguno.

—Vamos Daniel, amor, no me dejes, no por favor.

Jimena a su lado la abrazó apartándose.

—Siempre seré tu amiga, nunca me olvides.

—¿Quién eres? —le gritó.

—Siempre fui una extensión de ti y ahora tengo que descansar.

La vio desvanecerse poco a poco, mientras sostenía entre sus brazos a Daniel Alonzo. Entendió entonces que Jimena siempre fue una energía, un ángel guardián creado por ella de manera inconsciente y todo de repente tuvo sentido, sus recuerdos volvieron entre aquel dolor, en la locura, en la muerte.

Luego todo fue un circo, Josefina llamó a los paramédicos y a la policía. Ramos fue el primero en llegar y acordonar la zona, mientras los de salud luchaban por quitarle el cuerpo a Alma Lidia. Ambos estaban muertos y la escritora se quedó en un rincón, sentada, agarrando sus piernas, su alma fracturada, destruida, mientras Quita bajaba corriendo abrazarla, ambas se desahogaron.

En la caverna, unos policías iluminaban un último montículo destapado, la última víctima, el cuerpo de Jimena yacía recostado, como dormida en un recuerdo.

Capítulo 25- La reina despierta

Un aire helado sumergía el ambiente de la morgue, calaba en los huesos, pero Alma no lo sentía, contemplaba el cuerpo de su esposo que yacía frente a ella. La dejaron sola, Ramos le indicó que llegaría pronto, con unas noticias, que no se fuera sin hablar con él, poco le importaba. aún si era para arrestarla. Comprendió a las malas que no podía usar todo su poder en todos. Le agarró la mano.

—Lo siento —. Mientras unas gotas brotaban de sus ojos, despacio, como abrazando su blanquecino rostro. —Lo siento tanto.

Su respiración era como un eco resonando en la estancia, como un quejido tenue que le devoraba el espíritu. Entonces, un hormigueo en su cuello, una vibración en el aire y sabía lo que era. El entorno se volvió denso, las luces iban desapareciendo y ella se adentraba en un túnel de oscuridad hasta llegar a un espacio irreconocible, no era el río. Era un bosque apenas perceptible donde una pequeña luz se acercaba, se llevó las manos a la boca y no pudo contenerse. Daniel Alonzo llegó hasta ella, con esa sonrisa que la derretía.

—Hola Lidia, hola, amor.

—¿Eres tú? ¿De verdad?

Asintió y se le acercó con los ojos más lastimeros que alguna vez le vio.

—No sé por cuánto tiempo estaré aquí contigo, pero necesitaba despedirme, ahora comprendo, me enamoré de una reina.

—Daniel, no fue mi intención, traté de ayudarte, intenté salvarte como a Margarita, pero gasté mi energía en el Ojáncano y no pude… no pude.

—Lo sé—le dijo con dulzura—. Lo sentí, sentí como peleaste por mí, por ello me encuentro acá, no lograste revivirme, pero me estoy yendo despacio para decirte adiós. Hay cosas que no podemos

controlar, aunque seamos una reina con poderes. Hay designios más allá de nuestras vidas y deseos.

—No me dejes, te lo suplico, quédate a mi lado, puedo llevarte a mi reino donde viviremos felices.

Trató de abrazarlo, pero entendía que era energía, el último vestigio de su vida, una entidad consciente que se desvanecía y se despedía. Daniel hizo lo mismo, pero ella sí sintió su caricia en el rostro, mientras la miraba con amor, con paz y resignación.

—Siempre te amaré y guárdame en tu corazón, donde estaré por siempre hasta el final de tus días. Hasta pronto amor.

Daniel Alonzo se fue desvaneciendo mientras ella caía de rodillas en un suelo de grama oscura. Gritó su nombre, un lamento que resonó y la devolvió a la morgue, un grito que se escuchó en todo el edificio y puso tristeza en los corazones de todas las personas en el hospital.

Salió del salón, tambaleante, sin energía, tuvo que ser sostenida y sentada por Samuel el forense y una asistente. Al levantar la vista, el teniente Ramos se encontraba frente a ella, le daba un vaso con agua que aceptó con ansiedad.

—Siento mucho lo que pasó señora Vega, lo lamento en verdad.

—¿Gracias, le agradezco Ramos, pero creo que su motivo es otro al insistir que lo esperara?

—En parte, primero darle mi pésame y sí, hay algo.

—¿Viene arrestarme?

—Jaja, no señora, con razón es escritora. Vengo a liberarla de toda culpa.

—¿Cómo?, ¿qué ha dicho?

—Descubrimos que las huellas de la caverna son de los dos sicarios, el de Madrid y el de anoche. Este último nació acá en la ciudad, pero se fue para Madrid. No podemos probar los casos del infarto, pero sí que se encuentran involucrados en los descubrimientos de la cueva, incluyendo la muerte de Jimena. Estamos tratando de encontrar el método que utilizaron para preservarlos en tan buen estado. Al parecer, supieron que usted era

de Andalucía de Castella y muy famosa. Una tentación enorme para estos sádicos asesinos, la siguieron, dejando un reguero de muerte hasta la casa de su madre. Queda la interrogante de cómo se pudo librar del asesino, o fue suerte, destino o algo más y no quiero indagar en este último, ya que murió de un infarto. Quiero dejarlo allí, todos felices, los reporteros, la investigación, usted.

—¿Todavía me considera culpable?

—De ninguna manera, pero no me dirá que circunstancias extrañas han sucedido a su alrededor, sin dejar atrás su falta de memoria.

—Claro, eso, sólo diré que, si usted considera todo extraño, ¿se imagina lo que viví y por lo que estoy pasando?

—Le entiendo, por eso la dejo tranquila, no quería sumarle más pena.

—Es un buen policía, un buen hombre, Ramos. La ciudad estará en buenas manos.

—Gracias, es mi deber y en verdad gracias a usted, todo lo resolvió de manera indirecta como en sus novelas.

—Sólo que esto fue real.

—Muy real. Lo siento de nuevo. ¿Desea que la lleve al pueblo?

—No, gracias, Quita y Josefina me esperan afuera.

Lo vio alejarse y entrar en la morgue, como un fantasma antagónico que al fin hacía las paces, pero eso no reconfortaba su alma.

Al siguiente día enterraron a Jimena, junto a Daniel Alonzo, todo el pueblo asistió a la ceremonia. El cielo se cubría de nubes grises como guardando silencio y respeto por el luto. Ellos representaban la última lucha de un pueblo que se dormía bajo el velo de la incredulidad de tanta tragedia increíble de creer. Los reporteros llegaron de todos los rincones de España y algunos de corte internacional, los cuales murmuraban en silencio, respetando el luto de todo un pueblo.

Alma caminaba entre ellos escuchando preguntas de toda estirpe, pero no los oía, estaba en otra parte. Cada paso, sus recuerdos, su sangre se templaba y su mente que al fin emergía del pozo. Recordaba todo, el exilio, entrar al cuerpo de Alma Lidia como refugio de su cobarde huida de su reino, de las Ojáncanas que la perseguían, su estirpe de nobleza que había pisoteado al creer que abandonarlos, sería perseguida y se olvidarían de tomarse la ciudad. Craso error. Ella era la reina Xana, madre de los siete valles, guardiana de los deseos y los umbrales de la vida.

Se encargó de que ambas tumbas tuvieran más adelante una cripta hermosa. En especial a Jimena, a quien descubrió que vivía sola, sin ningún familiar conocido, sus padres y hermanos fallecidos un par de décadas atrás, apenas le dejaron una choza pequeña en las orillas de la ciudad. Jimena desapareció en el primer año de su llegada, tristemente el pueblo creyó que había regresado unos días luego de su desaparición, sin saber que el poder de la reina la había proyectado como un ángel protector, aunque alejada de ella al encerrarla en el radio periférico del pueblo. Escuchó una voz que la sacó de sus pensamientos.

—Hija, vamos, hace frío.

Alma no respondió de inmediato, bajó la vista hacia la tumba.

—Josefina, pase lo que pase—le susurró —, siempre tendrás a una hija a tu lado, aunque no recuerdes nunca o sepas quién he sido, ni qué fui, mi amor incondicional y gratitud no cambiarán nunca.

Su madre la miró en silencio, no hacía falta decirle más, compartían un dolor enorme, ella por su esposo, su madre en doble, perder un hijo y ver a su única hija consumida por el dolor.

—Y Daniel —agregó Alma con la voz quebrada—siempre fue y será un hijo para ti, ¿verdad?

—Desde que llegó a nuestras vidas, siempre lo será hija, fue el varón que nunca tuve.

Los padres de Daniel Alonzo se acercaron y todos se abrazaron, mientras expresaban el gran amor que su hijo tuvo para ella y lo

cual siempre se los manifestaba. Alma no pudo contener el llanto, pidió perdón, les dijo que intentó todo por salvarlo y no dijo nada más para no quebrarse. Pero no hubo reproches, los padres de Daniel Alonzo dijeron que siempre sería una hija para ellos, que no los olvidara.

Al llegar a casa, dejó a Josefina y Quita en la sala. Paula seguía en el hospital y Laura se marchó del cementerio con la cara fruncida para que no la vieran llorar. Alma subió los escalones y su amiga quiso seguirle el paso.

—No Quita, tengo algo que hacer y debo hacerlo sola, no se preocupen, no es lo que piensan.

Bajó un momento y las abrazó.

—Gracias, en verdad, muchas gracias por todo, su mundo es hermoso, pero debo regresar a defender mi reino. No pongas esa cara Josefina, no digas nada, sólo espera, una nueva Alma bajará y entenderán. Pero antes tengo que escribir algo.

Alma se despertó con una carta en su mano, como saliendo de un sueño profundo y oscuro, comenzó a leerla con ansiedad:

«Alma querida, gracias por sostenerme cuando más lo necesité, perdona mi cobardía de huir de mi reino, encontrando refugio en ti. En su momento creí que era lo mejor para mi pueblo, pero ahora comprendo que fue una villanía de mi parte, me comporté como esos seres de los que huía. Perdona por habitarte sin tu permiso, desdibujar tus recuerdos y como hada de los deseos, te compensaré, aunque ello implique un toque egoísta de mi parte.

Recordarás todo, tu vida y estos seis años en que fui feliz en La Tierra, entre los tuyos, que me acogieron con una calidez enorme. Conservarás el don de la escritura, tu sensibilidad, tu intuición, tu fuerza, todo es tuyo ahora.

Llévale flores a Jimena y Daniel Alonzo, háblale cuando te encuentres allí, sonará tonto, lo sé, pero hazlo por mí, por las palabras que ya no podré pronunciarle. De alguna manera él te

escuchará durante un tiempo, su energía tardará en disiparse. Dile que lo amé como a nadie.

Anda, tu gran amiga Quita y tu madre te esperan abajo. Vive, ama, no te detengas por nada.

Yo voy hacia la lucha que me corresponde como reina, como debí actuar desde la primera vez. Pero regresaré, no te preocupes, no entraré en tu cuerpo, sólo escucharás una voz, a veces en tu mente, otras en tu corazón.

Estaré contigo y siempre agradecida, gracias, Alma Lidia, me despido, hasta pronto. Tu amiga incondicional, la reina de las Xanas.»

Apretó la carta contras su pecho mientras veía que la habitación se iluminaba con un color dorado, la belleza del hada era incomparable, miraba con una enorme sonrisa a un cuerpo que hasta hace poco ocupó. Ambas sonrieron y luego la reina desapareció entre los haces de luz, volviendo a su reino.

Alma bajó las escaleras, de manera parsimoniosa, viendo su mundo en dos pantallas, todo lo que recordaba y observando como si fuera la primera vez que estaba en aquella casa de su vida. Vio a las dos en el comedor, se levantaron y sonrieron al verla.

—Hola Quita, hola, mamá.

Capítulo 26- Un nuevo despertar

La habitación del hospital olía a flores, antibióticos, pastillas y aromatizantes, como si la vida y la muerte compartieran el mismo espacio, es que tan delgada es la línea entre ambas. Quita se enroscaba en el sillón de visitas, mientras Paula, aún con vendas en el brazo y un leve moretón en la frente, sostenía una taza de café. Alma miraba por la ventana, observando al viento mecer las ramas de los árboles, esperando a que el silencio se rompiera de nuevo.

—¿Y entonces, ya lo recuerdas todo? —Preguntó Paula por segunda vez y en voz baja.

Lidia se giró lenta, como robando al tiempo su espacio, disfrutando su renacer de vida.

—Todo, pero no sólo de acá, hay cosas que tengo en mi cabeza que son del otro lado.

—Lo importante es que eres una sobreviviente y ella cumplió su promesa.

—Las cuatro sobrevivimos, incluyendo a Laura, la gran ausente, aunque cada una a su manera— corrigió Alma.

El silencio se instaló de nuevo, pero de una manera cómoda, como una manta sobre heridas sensibles, hasta que Paula sonrió y externó una inquietud.

—¿Escribirás sobre esto?

—No, lo viviré, no lo escribiré.

Las tres se abrazaron y rieron brevemente, habían regresado de una pesadilla sin nombre, una cueva de muerte.

La cripta era hermosa, sobria, discreta, minimalista, color blanco en azulejos beis. En una placa yacía el nombre de Daniel Alonzo Ibáñez Durán. Se agachó la escritora y colocó un pequeño ramo de flores silvestres. No eran las más bonitas, pero a él le encantaban.

—Nunca sabrás cuánto te debo, Daniel, pero sí sé cuánto te amó ella. Me dijo que siempre te hablara, suena a locos sabes, pero de

algún modo mi cordura debe tener una nostalgia de locura para seguir viviendo. Te estaré visitando mientras pueda, mira que tuve que dar vueltas y esconderme en el carro, afuera me esperan, me iré antes que esto se vuelva un circo de los medios, siempre querré tu privacidad. Ya saludé a Jimena, la extraño, pasamos tanto con ella, sabes. La vida se va tan rápido y cuando somos adultos nos alejamos. Cuídate, Daniel Alonzo, cuida a mi amiga, te la encomiendo.

Se giró y se perdió en los hierros del portón del camposanto, donde el mundo real la esperaba con su propio ritmo.

En casa, luego de una cena sin mayores palabras, Alma miró a su madre, quien la contemplaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me quedaré aquí, mamá. Al menos unos meses, si me lo permites claro.

—Tu cuarto te espera desde hace seis años, esta, siempre será tu casa.

Lidia sonrió con ternura.

—En un tiempo viajaré, iré con frecuencia al apartamento, firmaré algunos papeles, por cierto, ese lugar se los cederé a los padres de Daniel, para visitarlos más a menudo y tengo que llevar un manuscrito.

—¿Una nueva historia?

—Una vieja…reescrita.

Josefina no dijo nada más, abrazó a su hija mientras le acariciaba el cabello como cuando era niña. Ninguna de las dos lloró, ya lo habían hecho demasiado esos días.

Laura, la editora, hojeó las primeras páginas del manuscrito con la emoción de un niño abriendo un regalo. Su oficina destilaba olores a libros, café y melancolía. Rodeadas de premios y fotos de su autora favorita.

—¿La oscuridad bajo la tierra? —leyó Laura en voz alta.

—Es provisional.

—Me gusta, aunque esperaba algo más…personal.

—No es personal. Es ficción, ya sabes, coincidencias, casualidades, pueden ser verdades ocultas.

Laura alzó una ceja.

—Mientras salga el policía Filomeno, puedes escribir sobre marcianos, igual será un éxito garantizado.

—Detective.

—Eso, bienvenida querida amiga.

Rieron, se abrazaron, se tomaron una selfi frente a la estantería repleta con los libros de su última novela, la cual era de nuevo virulenta con las noticias que rondaron. Muchos pensaron, los más alejados de España y el mundo, que todo fue propaganda comercial bien elaborada para ponerla en la palestra de nuevo.

Volvió abrazarla con una sinceridad inusitada y lágrimas mojando su blusa de marca.

—Me alegra tanto de verte de nuevo y que todo haya terminado. Por un momento pensé que la nueva Alma no me recordaría.

—Gracias, Laura, por todo. Recuerdo y mucho. Esta vez…me quedo.

De nuevo la rodearon, firmó una interminable fila de autógrafos, se despidió de Laura quien le sonreía desde el umbral de la puerta de su oficina. Alma salió con paso tranquilo del edificio. Quita la esperaba afuera, apoyada en un poste con gafas oscuras, ropa moderna en pantalones de tela clara y una sonrisa burlona.

—¿Y ahora? —preguntó Alma.

Quita se encogió de hombros, soltando un largo suspiro como intentando tragarse el mundo.

—Ahora a vivir, Lili.

Ambas caminaron calle abajo, entre el bullicio de la ciudad que no se detiene por ningún milagro, ni fantasía sobrenatural, ni hadas, ni siquiera por todo aquello que es cierto y real para todos.

AGRADECIMIENTOS

De manera indirecta, por el legado que me han dejado en una fabulosa experiencia. A Revenga Ediciones y su gran equipo, en verdad son grandiosas, chicas, gracias: Blanca, Lucía, Victoria, Nerea y Vivian.

De manera directa a Editorial Tormenta de Fuego, por estar allí con su increíble apoyo, en especial a mi agente literaria Valeria Ambroggio, quien a creído en las posibilidades de mis historias.

También a todas aquellas personas, que, de alguna manera, se han tomado la molestia de detenerse un momento ocupado de sus vidas y acoger esta obra, mostrando su apoyo y creyendo en ella.

A todos ustedes, muchas gracias.

SOBRE EL AUTOR

Julio César Jeorge es un escritor apasionado por las letras. Sal- vadoreño de nacimiento, de cincuenta y ocho años, siempre se ha deleitado con la lectura, los cómics y sobre todo las películas.

Tienes en tus manos su cuarto título publicado, En su última novela publicada el autor combinó la novela negra con la ciencia ficción. *El inspector del Infierno-Skull y la muerte del ángel* nos regaló una historia de fantasía en un ambiente sobrenatural con matices de crimen y romance. En esta novela, es un tópico de género de Novela Negra y Fantasía, manteniendo su estilo.Ya tiene planificadas otras entregas para estos años venideros, según el tiempo se lo permita, de otras historias plasmadas en novelas de ficción.

Entre sus publicaciones anteriores se encuentran:

El inspector del Infierno, Skull y la muerte del ángel, su tercera obra, es una historia del género de novela Negra y Fantasía.

- *Giro mortal*, su primera obra, es una historia del género policíaco.
- *El misterio de Celeste*, una novela corta de fantasía.

Además de varios libros de relatos con temática sobrenatural, autobiografía, ficción y un libro de no ficción.